CULPABLE
Daphne Ars

CULPABLE
DAPHNE ARS

Título original: CULPABLE.

Fotografía: © Anneka - Shutterstock, Inc.
Diseño y maquetación: © Daphne Ars

Esta historia es pura ficción. Sus personajes no existen y las situaciones
vividas son producto de la imaginación.
Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad en ellos.

© Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN-13: 978-1502775276.
ISBN-10: 1502775271.
1ª Edición, 06 de noviembre 2014.

Hay que amar lo que es digno de ser amado y odiar lo que es odioso, mas hace falta buen criterio para distinguir entre lo uno y lo otro.
-Robert Frost-

Siempre *a **ti**,*
porque tu talento me ha llevado
a traspasar mis propios límites.

A mi Triada-Culpable: Moni, Rosalba y Mauxi,
porque me ayudaron a escribir la palabra FIN.
¡Las quiero!

A todos los abogados y psicólogos del Universo*,*
porque seguramente dirán:
"Perdónala Señor, porque no sabe lo que hace"
Y es así, no lo sé.

AGRADECIMIENTOS

"El agradecimiento es la memoria del corazón"
Lao Tse

A mi familia de sangre y de elección, porque siempre están, sin importar nada más.

A Soly Contreras, no habría logrado esto sin ti. ¡Gracias, Solyta! Aquí quedo, a la espera de que sorprendas al mundo con tus historias… ¡La pelota está en tu cancha!

A la Triada de Culpable: Sepan que gracias a ustedes esta historia al fin vio la luz.

Mónica Flores: por el apoyo, el aliento, los consejos y esas maravillosas charlas de *Skype* que valen oro.

Rosalba Hernández: por las palabras justas en el momento justo, ***siempre***.

María Auxiliadora Soto: por sacar tiempo para leerme y darme su siempre honesta y valiosa opinión (¡Amenazas incluidas!).

A mis lectoras, por su paciencia esperando algo nuevo de mi trabajo y por su incondicional e invaluable apoyo.

A Barb Capisce, empujones más, empujones menos, una patada en el culo para continuar escribiendo de vez en cuando no hace daño ¡Gracias por hacerlo!

A Carla Molteni, la mejor entre las mejores, siempre, porque no miras, ¡tú ves!

A todo el personal del canal *Investigation Discovery*, sepan que su programación me aterra pero me sirvió de mucho para la documentación.

A Google y Wikipedia, sin ellos no pudiera salir de las cuatro paredes de mi habitación y darle sentido a estas historias.

A *ti*, por supuesto, mi *extraño amado de mi musa extraña,* me inspiras más allá de lo creíble hasta llevarme a mundos increíbles… Te sigo amando poco a cambio de todo lo que me das ¿Cuán loco suena eso, HDP?

Playlist

Hot and cold – Katy Perry
Madness – Muse
Smooth Criminal – Michael Jackson
Fury – Muse
High way to hell – AC/DC
Apocalypse please – Muse
Bad Romance – Lady Gaga
Unnatural selection – Muse
Criminal – Britney Spears

Algunas historias no necesitan
ser ubicadas en algún espacio o tiempo específico.
Algunas historias tal vez sólo
ocurren donde y cuando nuestras mentes quieran…

-Daphne Ars-

Contenido

Prefacio. 10
Capítulo 1. 12
Capítulo 2. 16
Capítulo 3. 20
Capítulo 4. 25
Capítulo 5. 28
Capítulo 6. 35
Capítulo 7. 41
Capítulo 8. 48
Capítulo 9. 55
Capítulo 10. 59
Capítulo 11. 63
Capítulo 12. 69
Capítulo 13. 74
Capítulo 14. 78
Capítulo 15. 81
Capítulo 16. 86
Capítulo 17. 91
Capítulo 18. 100
Capítulo 19. 103
Capítulo 20. 108
Capítulo 21. 114
Capítulo 22. 118
Capítulo 23. 120
Capítulo 24. 126
Capítulo 25. 130
Capítulo 26. 134
Capítulo 27. 138
Capítulo 28. 141
Capítulo 29. 145
Capítulo 30. 150
Capítulo 31. 153
Capítulo 32. 156
Capítulo 33. 161
Capítulo 34. 163
Capítulo 35. 167
Epílogo. 170

Prefacio

Vivir en *Blue Hills*, implicaba eso: vivir en colinas azules.

Evidentemente el azul era el toque del hombre, las colinas las daba la naturaleza. Jenny vivía en la parte baja de las colinas, justo donde empezaba la más alta y empinada de ellas. El azul del nombre, se debía a que todas las casas estaban pintadas de azul, no había quien se atreviera a romper la armonía de la zona, ellos no serían los primeros, aunque Clare, su hija y su más grande tesoro, siempre decía que su casa se vería muy bonita pintada de rosado.

Jenny tenía dos hijos, el mayor era Will, lo llamaban así porque físicamente era igual a su padre, que se llamaba de la misma forma. Ella no estaba de acuerdo en eso, sobre todo porque su esposo era un hombre absurdamente dulce, amable y sociable, y el pequeño no lo era, podía pasar por tímido, pero ella no estaba muy segura. Igualmente, como cualquier otra madre, amaba a su hijo, incluso cuando no encontraba la forma de hacer una conexión real con él. El pequeño Will era especial, aunque aún no sabía en qué aspecto; él lo era.

Clare tenía 6 años, y desde que había nacido, todo había cambiado para Jenny, siempre quiso tener una niña y la pequeña Clare era una muñequita, había heredado los rasgos europeos de su abuela, Mathilda, quien había muerto hacía 10 años, coincidiendo con el nacimiento de Will. En todo caso, Clare era todo lo que Will no: dulce, activa, sociable, alegre, cariñosa y además, tenía una inteligencia prodigiosa, que a Will no le faltaba, pero era evidente que Clare le llevaba algo de ventaja.

Esa era la clase de cosas que Jenny tenía para pensar por las tardes, preparando la cena en el mesón de la cocina, en su casa tan de los suburbios. Desde allí, podía ver a través de la ventana hacia la colina más alta, donde jugaban los niños de la zona: bicicletas, estaban en la época de las bicicletas, pronto vendrían los juegos con pelota. Ya había enviado al taller mecánico los balones de fútbol, voleibol y básquet, para inflarlos.

Chequeó el asado en el horno, sólo le faltaba 5 minutos cuando mucho, tendría que dejarlo reposar una media hora y estaría en su punto en cuanto llegara Will, su esposo. Los niños ya debían saber

que les tocaba entrar a casa, nunca la habían hecho subir a buscarlos.

Ese día no sería la excepción, se asomó por la ventana y reconoció las dos cabecitas rubias apareciendo en lo más alto. Sonrió. Estaba agradecida por todo lo que tenía: una hermosa familia, un esposo amoroso y una casa, que en secreto, la veía como su palacio personal. Desplazó la mano por la mesa de superficie de granito y derramó un frasco de salsa de soya que había olvidado devolver al gabinete. Agarró el primer paño que encontró a la mano, no llegó a arrodillarse, aquel grito espeluznante la hizo ponerse de pie muy rápido y asomarse por la ventana. Sólo atinó a ver a Clare sobre su bicicleta descender de la colina, fuera de control. No tuvo tiempo de gritar, sólo empujó la puerta trasera y corrió como nunca.

El mundo se detuvo cuando una camioneta que venía a toda marcha, simplemente pasó sin poder frenar, el sonido de aplastamiento fue letal y nunca más la abandonaría.

—¡Clare! —Gritó desgarrándose la garganta. Luego de eso, se desmayó en el medio de la calle.

Capítulo

1

Siendo tan neurótica como era con la simetría, no era de extrañar que Melanie hubiese llevado una cinta métrica en su caja de títulos y reconocimientos de psicología que había puesto sobre el escritorio de madera lisa que le habían asignado en su nueva oficina, de su nuevo trabajo; estaba tan emocionada.

Afuera, Melanie pudo ver al vigilante del área, pasear frente a la ventana fija que daba al pasillo, hizo un sonido gutural de negación desde la garganta, más que una ventana era sólo un pedazo enorme de vidrio incrustado en la pared, y las ventanas proyectantes con las que habían coronado la parte alta de la pared detrás del escritorio no *proyectaban* precisamente muy buena luz.

Sacó su cinta métrica y le llevó una hora colgar su título y sus 16 credenciales de talleres, convenciones y cursos afines.

—Dios mío, soy una nerd —Dijo mirando la pared desde el otro extremo de la oficina. En sí, el espacio necesitaba más de su toque simétrico. Tal vez cuando cobrase su primer pago compraría algunas cosas más para decorar a su gusto, ese iba a ser su espacio y tenía que hacerlo propio.

Volvió al escritorio, le echó una última mirada a los reconocimientos de la pared y se sentó en la silla ejecutiva dispuesta para ella. Miró en derredor; el vigilante pasó de nuevo y esta vez inclinó la cabeza cuando ambos se miraron, Melanie le sonrió tímidamente, tendría que hacer buenas migas con sus compañeros; se desabotonó el blazer gris que se había puesto. Cuando la habían entrevistado le reforzaron un montón de veces el tema del vestuario, no tenía un uniforme asignado, como la mayoría, pero debía ser siempre pantalones, preferiblemente holgados, lo que ella hubiese supuesto sin las incontables veces que se lo habían dicho.

Llamaron a la puerta con suavidad y ella entró en pánico, se puso de pie de un brinco y se abrochó el blazer de nuevo, carraspeó aclarándose la garganta.

—Adelante —Dijo intentado sonar casual.

—Buenos días —Saludó una mujer ataviada en pantalones azul marino y una camisa blanca que llevaba un perfume sumamente fuerte que impregnó de inmediato la oficina, haciendo que Melanie tosiera un par de veces.

—Soy Rose, del departamento de archivos —Comentó en tanto dejaba caer en el escritorio una torrecita de carpetas amarillas—. Trabajo en el edificio administrativo —Prosiguió—, y estos son los referenciales de sus pacientes. Si necesita algo, o tiene alguna duda marque #86 —Señaló con los labios pintados de rojo el teléfono en la esquina del escritorio— y gustosamente la ayudarán en recepción.

Le recuerdo que la hora de almuerzo del personal es de 12:30 a 1:30, ni un minuto más, y que si decide traer su propia comida deberá comer en su oficina. Aquí tiene —Dijo extendiéndole un sobre—: su credencial de identificación y acceso, si la pierde se la entregará una nueva siendo descontada de su salario. Entre tanto, mañana temprano dispondrá de un recorrido por las instalaciones, además deberá hacerme entrega de su horario de citas con los pacientes, para de esa forma agregarlo al sistema de control de actividades —Melanie no sabía si debía decir algo, pero eso sí, agradecía tener una memoria prodigiosa que le permitiría recordar el sermón que le estaban proporcionando—. Hay cambio de seguridad a las 9 de la mañana, a la 1:45 después del almuerzo, y a las 6 de la tarde, por lo que se le pide esperar en torno a 15 minutos después de esa hora para entrar o salir de su oficina y ahora, si no tiene ninguna duda, me retiro —Sin darle tiempo a formular alguna pregunta Rose cerró la puerta tras de sí.

Melanie entendía que tal vez el ambiente no se prestase para ser el más armónico y cómodo de los empleos, pero para ella la labor humanística era incomparable, por eso había elegido estudiar psicología, escuchar era su mayor virtud y poder ayudar en la medida de sus posibilidades era un gran aliciente, había tenido una oferta de trabajo para ser la psicólogo de una gran empresa en la ciudad, pero no sentía que ese fuese su lugar, además, ningún gran empresario admitiría nunca que necesitaba ayuda psiquiátrica, estaba contenta con su decisión. Miró nuevamente la oficina, lo único que le habría gustado era una ventana panorámica, pero sabía que no se podía tener todo en la vida.

Apenas y tuvo chance de leer dos referenciales cuando sonó un timbre como el de la secundaria, se sobresaltó, por descontado. Estaba tan nerviosa por ser el primer día de trabajo que le costó

decidirse si bajar a almorzar o no, así que optó por comerse la galleta que tenía en el bolso que era la merienda y tomarla como almuerzo, al día siguiente, cuando se sintiera más cómoda, bajaría a almorzar a como dé lugar.

La tarde se escurrió entre sus dedos como el agua, bajó por la escalera de emergencia, que era la que usaba el personal, unos cuantos la llegaron a ver con curiosidad pero ninguno dio el paso de saludar aunque más no fuera por mera cortesía. Nota mental: — se dijo — Mañana tienes que socializar.

Metió la carpeta con las referencias y el horario que había armado en el asiento trasero, junto a su bolsa y abrigo. Entró en el Ford Zephyr de color vinotinto, regalo de sus padres por su titulación, sabía el esfuerzo que les había costado comprarle un auto, no es que tuviesen una situación económica precaria pero tampoco eran los millonarios de la pradera, la librería daba lo suficiente para tener una vida tranquila, pero el auto fue un lujo, y aunque ella habría preferido que no se gastaran el dinero en él, también sabía lo útil que le sería para ir de la ciudad a las afueras para su trabajo.

Fue una hora exactamente en carretera para llegar a la entrada de la pequeña pero creciente ciudad, estacionó frente a su casa de dos pisos, heredada de su única tía: Marcia, quién había muerto cuatro años antes y que adoraba a Melanie, al no haber tenido hijos había depositado todo su amor maternal en ella. Se bajó del auto cargando sus cosas personales entre los brazos, volteó a tiempo que veía pasar la patrulla de policías en su guardia vespertina, el oficial McDouglas la saludó con la mano justo antes de que ella entrara en casa.

Sí, Melanie vivía en el típico lugar en vías de crecimiento, donde, sin embargo, al menos conocías a la mitad de las personas. Dejó la cartera sobre el sofá y la carpeta sobre la mesa de centro y mientras se quitaba los zapatos agarró el teléfono y marcó el número de destino, no se molestó cuando tuvo que esperar al quinto repique para que le contestaran.

—*Aló* —Contestó la voz al otro lado.

—Hola, mami —Saludó Melanie sonriendo.

—*¡Hija!*— Reaccionó Rossie, su madre, al otro lado de la línea— *¡Qué alegría que llamaras!*—

Melanie sonrió.

—Lo dices como si llevásemos años sin hablar, te llamé esta mañana ¿lo olvidaste?

—*¿Esta mañana?*— Preguntó Rossie—*¿Estás segura*?

—Sí, antes de irme a trabajar —Le recordó Melanie, aunque estaba segura que su mamá no lo iba a recordar, sus problemas de memoria eran algo penosos, pero ella ya estaba acostumbrada.

—*Sí, ya me acordé* —Dijo intentado convencerla—. *¿Cómo te fue en el trabajo?*

—Bien —Contestó ella de inmediato—. Me sentí un poco intimidada, pero ya pasará.

—*Eso seguro, cariño. Espérame un momento* —Pidió Rossie—. *¡Bob, apaga la comida, por favor!* —Escuchó Melanie el grito amortiguado.

—¿Qué preparaste?

Rossie tardó unos segundos en contestar.

—*Espaguetis con albóndigas.*

—Suena delicioso.

—*¿Qué vas a comer tú?*

—Mmm… no lo sé aún, supongo que improvisaré.

—*Puedes venir*.

Melanie suspiró audiblemente, la casa de sus padres quedaba al otro extremo de la ciudad.

—Estoy agotada, mami, pero veré si puedo ir el fin de semana.

—*Eso me encantaría*.

—Bien, tengo que ir a bañarme, pórtate bien, ¿vale?

Rossie rió.

—*Siempre lo hago, cariño. Que descanses*.

—Besos a papá. Adiós.

—*Adiós, cariño*.

Cuando cortó la llamada observó por breves segundos las fotografías de la repisa que abarcaba una pared completa, sus padres y ella en las diferentes etapas de su vida, sonrió y se fue directamente a bañar, cenó macarrones con queso tras lo cual cayó como un plomo sobre la cama.

A la mañana siguiente salió con el tiempo justo, se llevó el café al auto y tomó la vía que la haría salir de la ciudad.

Enseñó su credencial en la caseta de vigilancia y mientras esperaba a que le dieran el acceso, observó una larga fila de personas esperando.

—Día de visitas —Contestó el vigilante a su muda pregunta, devolviéndole su credencial. Ella asintió amablemente mientras seguía adelante, volvió a mirar a la gente de las filas por el retrovisor, en tanto esperaban en mitad del patio el acceso a las instalaciones de la Prisión de máxima seguridad San Severo de Rávena.

Capítulo

2

Melanie estacionó frente al edificio administrativo, en el puesto que le habían asignado que daba justo al patio de los reclusos, en ese momento vacío, ya que probablemente estuviesen desayunando, y aún con el nivel de seguridad del lugar en el que estaba no pudo evitar pasarle la alarma a su auto y verificar la puerta.

Por supuesto no entró por la puerta principal, sino por la asignada para el personal, que quedaba en la parte lateral de aquella enorme fortaleza de cinco pisos rodeada de muros aparentemente impenetrables, enseñó su credencial al cuidador de la puerta y se dispuso a subir los pisos que la aislaban del bullicio de los reclusos, piso a piso se iba quedando sin aliento, en el tercer piso se apoyó en la baranda, notó que en el piso cuatro la puerta estaba clausurada y finalmente, ya casi sin aliento, llegó al último piso, no estaba segura si era el mismo vigilante del día anterior pero estaba al final de aquel larguísimo pasillo de puertas, leyendo el periódico local.

—Buenos días —Casi gritó Melanie, el vigilante dio un bote sobre la silla y estuvo de pie en un micro segundo. No, no era el mismo.

—Buenos días, doctora —Dijo cerrando el periódico y levantándose la gorra en forma de saludo—. No esperaba al personal tan temprano —Comentó caminando hacia ella, con aire decidido.

—Me imagino —Aclaró abriendo la puerta de su oficina—, creí que encontraría más tráfico.

—Estamos casi en el fin del mundo, doctora.

—Tiene razón.

—Maldonado. José Maldonado —Melanie le extendió la mano, la cual José estrechó con firmeza, dejando ver su sonrisa blanca y pulcra, que hacía juego con el color de su piel de color café con leche, llevaba el cabello peinado hacia atrás con mucho gel y era cuanto menos veinte centímetros más alto que Melanie—. Que

tenga un feliz día, doctora.

—Igualmente, José —Dijo ella sonriéndole.

Melanie entró en su oficina, guardó unas cuantas cosas en las gavetas de su escritorio y cuando se disponía a releer los referenciales, llamaron a la puerta.

—Pase, por favor —Dijo poniéndose de pie. El Señor Andrews entró en la oficina, como sólo lo había visto una vez volvió a sorprenderse con la altura del hombre, casi dos metros pero seguramente menos de 60 Kg y la leve curvatura de su espalda lo hacía ver un tanto siniestro.

—Buen día, Doctora Rice.

—Buenos días, Señor Andrews. ¿Cómo se encuentra?

Sin una sonrisa él contestó:

—Más que listo para su recorrido.

Melanie lo acompañó a la puerta y antes de siquiera cerrarla, el Señor Andrews comenzó a hablar con voz monótona.

—San Severo es una construcción con una antigüedad de 135 años aproximadamente, ha pasado por 3 grandes reformas arquitectónicas desde su construcción original: Un convento —durante 30 años—, posteriormente sirvió como sanatorio durante 10 años, por un período de 5 años intentaron darle uso como reformatorio juvenil hasta que finalmente se le dio un uso correcto como prisión de máxima seguridad.

>>En San Severo contamos con un circuito cerrado de vigilancia impenetrable y envidiable.

Avanzaron un par de pasos.

—Pero más allá de eso, ofrecemos a los reclusos actividades de formación: como alfabetización y educación religiosa.

—¿Les dan religión?

El señor Andrews entendió la sorpresa de la pregunta y sólo se encogió de hombros, luego señaló una puerta contigua a la oficina, Melanie miró por la ventana de pared, un círculo de 5 reclusos y un hombre de civil, todos leían la biblia —Ella no pudo dejar de notar que había dos hombres apostados en la puerta del salón y tres dentro.

—Hay para todos —Comentó el Señor Andrews y soltó, lo que supuso Melanie fue una risa —apretada—. Y estos 3 salones son para alfabetización —aunque esta vez ella no se acercó a la ventana del salón vio que éstos estaban más concurridos, y como no, más vigilados.

Melanie caminó junto a Andrews y miró las puertas que seguían a los salones de alfabetización.

—¿Y que imparten en estos salones? —Preguntó, mientras se acercaban a las escaleras de emergencia.

—Nada. No todos los reclusos están interesados en alfabetizarse o estudiar religión.

—Pero, Señor Andrews se les pueden enseñar otros oficios: carpintería, electricidad incluso mecánica.

Ya estaban en las escaleras cuando Andrews la miró con una sonrisa burlona en el rostro.

—Doctora Rice, aquí no queremos ideas revoltosas, los reclusos de esta prisión son altamente peligrosos y las actividades impartidas van de acuerdo a sus condiciones —Sin darle oportunidad a replicar, se detuvo frente a la puerta del piso 4, aquí no sólo se entraba con la credencial sino que además tuvo que introducir un código que no le dijo a Melanie—. Este es el piso de máxima seguridad, estos reclusos nunca salen de las celdas —Andrews cerró de nuevo la puerta dejándolos de cierta forma adentro del piso y Melanie se sintió terriblemente desprotegida.

El piso 4 eran extensiones rectas de pasillos con puertas de un lado y de otro, estos reclusos no estaban en celdas convencionales, parecían más bien habitaciones de pacientes psiquiátricos. La vigilancia parecía escasa en este piso.

—Las puertas sólo pueden abrirse con captadores de huellas del personal autorizado —Comenzó a decir Andrews. Melanie lo escuchaba a medias porque estas puertas tenían un cuadro de vidrio por donde asomaban las caras de los reclusos.

—¿Cómo… —Melanie no sabía cómo formular su pregunta—… Cómo puede funcionar esto?

—Sígame, por favor —Dijo Andrews hasta llegar a la puerta final de ese pasillo. Melanie lo siguió y su corazón dio un vuelco cuando vio como Andrews ponía el pulgar sobre el picaporte de una de las celdas, la puerta cedió y Melanie retrocedió un paso esperando que saliera de allí un hombre salvaje dispuesto a matar a todo lo que respirara. No obstante nada ocurrió. Andrews entró a la celda sin mirarla siquiera. Melanie lo siguió.

La celda evidentemente estaba vacía: pegada a la pared estaba una cama, o más bien un banco de cemento con una fina colchoneta, un retrete y un lavamanos al lado de la cama. El espacio era de 2x2m. Cualquiera se volvería loco allí, pensó.

—¿Qué es eso? —Preguntó señalando un agujero en el techo, ¿o era…

—Es la ducha —Dijo Andrews, Melanie recorrió la celda, no habría grifos en la pared—. A las 6:00 am se activan las duchas

durante 5 minutos, si no se duchan en ese tiempo es su problema.

Ella abrió la boca para replicar pero recordó las palabras de Andrews “aquí no queremos ideas revoltosas” ella salió de la celda, tras lo cual salió Andrews cerró la puerta.

—Se les trae comida tres veces al día —Dijo él y el vidrio de la puerta se deslizó hacia un lado mientras él dejaba su pulgar pegado a la pared—. Creo que es un sistema excelente —Andrews dijo algo más mientras el panel de vidrio volvía a su sitio, pero Melanie sintió como si la miraran, al ver a su espalda en el vidrio de la puerta había un recluso, cuando ella se fijó en él, éste sacó la lengua y comenzó a lamer el vidrio de forma grotesca.

Todo fue rápido, en un segundo el recluso estaba en el vidrio, al siguiente ella sólo oyó los gritos. El señor Andrews estaba pegado a la puerta y su mano estaba sobre un captador de huellas en la pared.

—Estos bastardos no escarmientan —Dijo mientras con su cuerpo cubría el vidrio de la puerta pero los gritos seguían oyéndose.

—¿Qué está pasando? —Preguntó ella con voz alterada.

—Ellos tienen un dispositivo en su tobillo que les da descargas eléctricas al activarlo, aquí —Dijo haciendo un movimiento con el hombro derecho, su mano no se separaba del captador—. ¿Quiere ver? —Ella negó, pero él no se inmutó, siguió viendo dentro de la celda sin dejar de apretar la mano contra el captador.

—¿Podemos seguir, señor Andrews? —Dijo ella, pero lo tomó del brazo alejándolo de la celda.

—Sí. Tiene razón. Sigamos.

Llegaron al otro extremo del pasillo, bajaron hasta el piso 3.

—¿Quiere entrar?

—No —Dijo de inmediato.

—Bien. Tenemos 3 pisos para las celdas regulares, cuentan con más espacio que las de máxima seguridad, y no hay duchas aquí. Las duchas de estos reclusos están en la planta baja, en un área cerrada.

Melanie asintió, pero no podía concentrarse en las palabras de Andrews, sólo podía verlo pegado a esa puerta impartiendo un castigo extremo.

—Doctora, ¿se encuentra bien?

—Sí.

—Debería irse a casa. Su horario entrará en ejecución la próxima semana.

Melanie asintió y se fue a la oficina a buscar sus cosas.

¿Dónde mierda me metí? Se preguntó durante todo el camino y el fin de semana.

Capítulo

3

A pesar del poco exitoso recorrido de la semana anterior, el día lunes, Melanie llegó a San Severo con ganas renovadas. Al entrar a su oficina vio a José empezar su rutina y varias veces en el transcurso del día pasó por la ventana de Melanie. Pero quince minutos después de haber llegado, Melanie ya no le prestaría atención a las rondas de Maldonado, ella tomó mucho aire antes de releer el referencial de quien sería su primer paciente.

N°: 9 — 1 — 318 — 1212.

NOMBRE: Miguel Antonio Cruz Donaldo.

EDAD: 36 Años.

SENTENCIA: Perpetua. (2).

CRIMEN: Asesinato en primer grado, secuestro y robo (…).

La pequeña nota era un estudio realizado por el psicólogo anterior que apenas duró seis meses trabajando con los reclusos, era de saberse que no muchos llegaban a completar ni siquiera el primer año, ya fuese por el tétrico ambiente o porque encontraban algo mejor, que dado el pago podía ser cualquier cosa, pero Melanie tenía ilusión de ayudar a los reclusos, tenía la ficticia idea de que la gran mayoría encontraba el arrepentimiento tras los barrotes, y aunque así no fuera, ella se sentiría satisfecha si tan sólo pudiera ayudar, o al menos disminuir la pena emocional de algún reo.

Le tomó por sorpresa lo mucho que su resolución flaqueó cuando dos vigilantes entraron en la oficina con un tercer hombre: Miguel Cruz, a sus 36 años tenía un aura de maldad atroz —como si llevase más de una vida alimentándola— lo traían esposado de brazos y piernas.

—Este es el 1212, doctora —Dijo uno de los guardias.

Antes de ponerse de pie Melanie sintió como sus piernas temblaron.

—Buen día, Señor Cruz —Ambos vigías ahogaron risas al escuchar el “Señor”—. Puede tomar asiento —Indicó Melanie señalando una de las sillas frente a ella. Los guardias lo sentaron y

se dieron media vuelta—. Hey —Llamó Melanie dándoles alcance en la puerta antes que pudieran salir de la oficina—. No pueden irse así, ese hombre está esposado.

—¿Y?

—¿Y? —Repitió incrédula—. Yo atiendo personas, no animales, no pueden dejarlo esposado.

El más alto de los vigilantes se le acercó haciéndola doblar el cuello para mirarlo, no se había fijado que tenía las manos en la cintura señal inequívoca de cuan enojada estaba.

—Son las reglas, doctora, y si no le gustan vaya y hable con el director, pero hasta que eso no pase, este y todos sus "pacientes" —Melanie se enfureció con el gesto de comillas— se quedan esposados.

—Pero… —Empezó a decir, sólo que ambos vigilantes ya estaban afuera, la sombra de uno de ellos se veía a través de la delgada ranura de la puerta. Se volvió hacia el recluso, que seguía sentado como lo había dejado, mirando al frente y con las manos sobre el regazo—. Señor Cruz, por favor acompáñeme —Dijo ella señalando el juego de sofás de una plaza que estaba en el consultorio antes que ella fuese contratada. Se le hacía extraño que con tantas medidas de seguridad permitieran a los reclusos usar un sofá y no una silla eléctrica.

Melanie internamente intentó calmarse, el altercado con los guardias no era algo que hubiese querido, además, nadie le había dicho que tendría a sus pacientes esposados, tal vez asumían que era algo obvio, y tal vez lo era, pero esa tonta fijación de ella por creer que todo el mundo era bueno y obediente la había llevado a tener esa clase de desagradables sorpresas. Sin embargo, sabía adaptarse y si ese era el modo en que se trabajaba allí ella se amoldaría y haría lo necesario para que sus pacientes se sintieran lo más cómodos y libres posible en su consulta.

Cuando volvió en sí, se dio cuenta que Cruz seguía sentado.

—¿Señor Cruz? —Insistió.

—Mira, muñeca —Dijo mirándola finalmente, de arriba hacia abajo—. Has tu trabajo, pretende hacer algo y yo no te molestaré, pero ahórrate lo de intentar entrar en mi psique, porque no te lo voy a permitir.

Melanie se irguió lo más que pudo y volvió a su lado tras el escritorio.

—Señor Cruz, no vine a aquí para "pretender hacer algo" —Se sorprendió de la firmeza de su voz, sus piernas seguían temblando —, vine a hacer mi trabajo y le estaría agradecida si deja la postura

que tiene.

Miguel Cruz rió.

—Sigue tratando, muñeca.

—No me diga: muñeca, señor Cruz, yo no lo llamo así.

—Tendríamos un problema si me llamara muñeca.

—Pues veo que entiende mi punto, así que de ahora en más, para usted soy la Doctora Rice —Melanie le sostuvo la mirada hasta que los ojos comenzaron a arderle, pero Cruz fue el primero en romper el contacto junto a una carcajada.

—No más muñeca para usted, doctora Rice, pero no intente entrar en mi cabeza —Dijo Cruz inclinándose sobre el escritorio—… Luego no podrá salir.

Melanie juntó las manos sobre el escritorio y lentamente, para evitar que se viera un gesto brusco, se echó hacia atrás sin dejar de mirar a Cruz. Tenía que ganar ese primer encuentro para establecer su autoridad de allí en más.

—¿Por qué ha matado, Señor Cruz? —Decidió ser directa, no irse por las ramas y hurgar en el pasado, tendría que ser agresiva en esa primera sesión—, en su referencial figuran tres asesinatos, de los cuales se declaró culpable, entre otras acciones menos graves a nivel legal, entonces ¿Por qué los asesinó?

Cruz alzó la mirada y la mantuvo fija en ella. Por como se le tensaron los hombros, Melanie supo que las revelaciones lo habían tomado por sorpresa, como ella esperaba.

—Y entones, señor Cruz. ¿Qué pasó? ¿Por qué cobró la vida de esas tres personas?

—Usted leyó el referencial, debería saberlo.

—Sólo tengo acceso al historial del psicólogo anterior. No tiene mucha información, pero entonces ¿Debo creer que mató a sus padres y su hermano?

—Nunca le habría puesto una mano encima a la señora Rosemary, a los otros dos… Esas basuras no eran nada mío, nada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella tomando de inmediato su block de notas y anotando lo que iba diciendo Cruz.

—Me adoptaron. Tenía cinco o seis años, nunca conocí a mis verdaderos padres, y antes que lo pregunte, no me interesa saber quiénes son. Pero ese bastardo sólo quería un esclavo, y todos los viernes un saco de boxeo, y mi “hermano” ese hijo de puta… —Cruz se quedó callado de repente, la ira se iba manifestando en su forma de hablar y mirar.

Melanie se inclinó un poco sobre el escritorio y habló bajo pero con firmeza.

—¿Qué pasaba con su hermano?

—Me llamaba “mi puta”, saque cuentas…

Ella no dijo nada, había hablado mil veces sobre el tema en sus incontables cursos, un semestre entero hablaron de abusos sexuales, pero que el caso se presentara con su primer paciente fue inesperado.

—¿Es una historia muy sórdida para usted, doctora Rice? —Cruz soltó una risa irónica.

—No. En absoluto —Dijo, pero su voz tembló.

—Déjeme decirle que si se va a alterar cada vez que escuche sobre violaciones, lo mejor es que agarre sus trastos y salga por donde entró, porque aquí de cada diez, cinco han sido violados y de los cinco que quedan, al menos dos son los violadores. ¿Mucho para usted? Váyase.

Melanie se quedó en silencio mirando fijamente a su paciente.

—Dígame, señor Cruz ¿Cuántos años tenía? ¿Cuánto tiempo lo soportó?

—¡Qué diablos importa el tiempo! Nunca será hace mucho, nunca fue poco…

Melanie respiró hondo.

—Necesito que sea honesto conmigo, mi evaluación se puede anexar a su caso y podría disminuir su condena.

—¿Sabe cuántos psicólogos me han “evaluado”? catorce, desde que estoy aquí hace cinco años, y ninguno ha anexado nada a ningún lado.

—¿Y usted le ha dicho alguno lo que acaba de contarme? —Cruz no dijo nada—. Usted debe permitir que le ayude, de lo contrario no podría lograr nada.

—No necesito ayuda. Tengo dos cadenas perpetuas, dos, doctora Rice. ¿Qué puede hacer por mí? ¿Disminuir a una sola? ¡Qué consuelo!

Era verdad, el caso de Cruz era difícil. Ella estaba ahí para estudiar a los reclusos y pasar las evaluaciones a sus abogados, fuesen pagados o los que asignaba el estado, pero un recluso con dos cadenas perpetuas —una sentencia a todas luces absurda—, que se había declarado culpable era, en síntesis, un caso perdido.

—Hágame caso y finja que está haciendo algo, yo no diré una palabra y ambos felices.

—No me diga qué hacer en mi trabajo —Melanie suspiró por lo bajo—. No soy su enemiga, señor Cruz, y si usted tiene razón y no logro que su caso sea evaluado de nuevo, entonces al menos podré ayudarlo en la parte psicológica, estoy aquí para eso. Ayudarlos,

escucharlos, vine aquí a hacer mi trabajo y le agradecería que no esté en mi contra, pues yo no lo estoy en la suya.

Cruz se reacomodó en el sillón y entrecruzó los dedos sobre su regazo.

—¿Cree que sirva de algo hablar del pasado? Ya pasó y por lo tanto, no se puede hacer nada.

—¿Y no es gracias a ese pasado que usted está aquí? Si acepta colaborar conmigo puedo ayudarlo a superar, en la medida de lo posible, lo que pasó, controlar la ira acumulada por todos los años que sufrió abuso, es mi trabajo, permítame hacerlo.

Cruz la miró un par de segundos, estaba inseguro.

—Por favor —Añadió. Cruz parecía estar cediendo y en ese momento sonó la pequeña alarma del reloj de Melanie, anunciando que la hora había concluido—. Piénselo.

Melanie fue hasta la puerta, afuera los perros guardianes estaban listos para llevarse a Cruz. El reo ya se había puesto de pie y ella se tensó cuando le habló muy cerca.

—Hasta la próxima, doctora.

—Hasta entonces, señor Cruz —Dijo regalándole media sonrisa. Los guardias se llevaron a Cruz por las escaleras donde lo esperaba otro séquito—. ¿Y mi siguiente paciente? —Les preguntó con impaciencia.

—Lo están subiendo —Respondió uno de ellos con mala gana.

Melanie se dio media vuelta y volvió a su escritorio. Anexó las hojas de anotación de Cruz a su carpeta referencial. Su corazón aún seguía latiendo desesperado por los momentos de tensión, parecía que su psicología no estaba funcionando con ella, cerró el historial de Cruz y antes de abrir el siguiente casi sufre un infarto.

—Buen día, doctora Rice.

Melanie tardó un poco en pasar el susto, su paciente ya estaba sentado frente a ella, en el escritorio, pero no había escuchado la puerta al entrar, y menos a los guardias.

—Buenos días, señor… —Manoteó el siguiente referencial sin ver al paciente— Richards.

—William, por favor.

—Está bien, señor William. Por favor, vamos hacia allá —Dijo apretando la carpeta del historial contra su pecho y asegurando su block de notas, Richards se puso de pie y caminó delante de ella, llegó al sillón y se dio la vuelta, quedando frente a una paralizada Melanie.

Capítulo

4

Melanie quedó aturdida tras dar de lleno con los ojos de William Richards, azules como el cielo de una tarde despejada, ese azul de tres de la tarde que era poco más claro que el azul celeste, los ojos de William eran casi irreales.

—¿Podemos sentarnos? —Preguntó el hombre con voz aterciopelada.

—Seguro, señor Richards —Aseguró Melanie, tras darse un par de cachetadas imaginarias y volver a la realidad, decidió llamar al reciente episodio: un lapsus. Esos ojos no eran comunes. Tomó asiento, cruzó las piernas, pero de inmediato deshizo la acción. Ojeó el referencial: Asesinato. Había matado a su esposa, el móvil era el seguro adquirido por la víctima, qué cliché, ella no lograba entender cuan ambiciosas podrían ser ciertas personas. Sopesó cómo empezar con Richards y se vio sorprendida, de nuevo, por su paciente.

—No lo hice, doctora Rice.

—¿Perdón?

—El asesinato de mi esposa. No lo hice.

—Oh, bueno, si eso es verdad, entonces, supongo que no tendría problema en contarme lo que pasó.

—No he hablado de esto con nadie.

—¿Y por qué ha decidido hacerlo ahora?

—La culpa ajena es mil veces más difícil de sobrellevar que la propia. Además ninguno de los otros psicólogos ha creído en mí. Sólo estoy siendo optimista —Richards medio sonrió y ella tuvo que desviar la mirada.

Melanie anotó en su libreta.

—Lo escucho, señor Richard…

—¿Le molesta si le cuento todo? Quiero decir, toda mi historia con Kate, fue lo más perfecto que nunca tuve, y creo que es triste que sólo se recuerde un final mal contado.

—Estoy aquí para escucharlo.

El paciente la miró a los ojos directamente, haciéndola sentir casi hechizada, y luego empezó a hablar, logrando con la primera frase transportarla a esa tarde lluviosa…

—La conocí en un café, estaba lloviendo con truenos y demás, yo estaba esperando que parara la lluvia, sentado en la mesa de fondo, el local no necesitaba calefacción, estaba lleno de gente que se resguardaba, todo era un poco caótico, pagué mi último café —o eso creía—, prefería mojarme a seguir allí ya que no soy adepto a las multitudes, pero antes de ponerme de pie entró esa mujer que decía un montón de malas palabras y tiraba a la basura un paraguas roto, estaba empapada y despeinada, goteando a su paso. No fui el único que la miró, ella era como una luz brillante y escandalosa — William soltó una leve sonrisa— Las mesas estaban todas ocupadas, ella miró alrededor y estuve seguro que estaba pensando soltar otra palabrota. Pedí otro café de inmediato, estaba desesperado — Levantó la vista, y Melanie sólo atinó a medio sonreír, estaba absorta en las palabras del paciente.

—Después supe que ella me había visto pagar la cuenta y estaba al asecho de mi mesa, pero yo le cambié los planes para siempre. Le ofrecí mi café y ella me sonrió, en ese momento supe que era verdad eso de “amor a primera vista”. Hablamos, mucho… quiero decir, bastante. Ella era inteligente, divertida… perfecta. Cuando salimos del café, la dejé en la parada de autobuses y cuando nos despedimos y ella subió al bus me di cuenta que no le había pedido su número de teléfono, el chofer arrancó y yo me quedé como un idiota sin reaccionar. Entonces, Kate sacó la cabeza por la ventana y gritó el número, no me dio tiempo de anotarlo, pero se grabó en mi mente de inmediato.

Hubo un par de segundos en silencio.

—¿Cómo podía hacerle daño, doctora Rice? Incluso cuando tuvimos nuestras peleas, no podía ni siquiera gritarle. Nunca podría haberle puesto un dedo encima para lastimarla, la amaba. Tan es así que a los seis meses de conocernos, le pedí matrimonio. Nos casamos de inmediato y éramos felices, verdaderamente felices.

—¿Seis meses? ¿No le pareció rápido?

—Sí, fue una carga de adrenalina, su familia dio el grito en el cielo, pero lo logramos, acepto que fue rápido, era como si corriéramos una carrera contra el tiempo, pero luego de la luna de miel y de haber comprado nuestra casa, vino la calma y fuimos felices, incluso con las cuentas por pagar a fin de mes. A veces no tuvimos qué comer, pero siempre hubo solución, ambos encontramos trabajos estables y éramos una familia.

A Melanie no se le ocurría nada qué decir, por lo que se limitó a seguir escuchando.

—Cumplimos nuestro primer año de casados y tuvimos algunos problemas —Richards bajó la mirada—. Ella tuvo una aventura con un compañero de su trabajo.

Melanie anotó eso, como posible móvil.

—Fue lo más difícil por lo que pasé en mi vida. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué le faltó en casa? ¿Qué quería, que no le di? Sé lo que está pensando, doctora. Es una buena causa para justificar que esté aquí, pero se equivoca —Melanie no contestó pero su expresión fue clara—. Lamento que esté equivocada, pero en su favor, es muy viable que pensara eso en primera instancia. Sin embargo, eso ocurrió seis meses antes de su muerte.

—En su referencial no dice nada de esto.

—No me sorprende. Como le dije, ningún psicólogo ha querido escucharme. Ni siquiera mi abogado. En el juicio no le dieron relevancia. No puedo decir que fue un juicio justo tampoco.

—¿A qué se refiere?

—El juez era muy amigo de los padres de Kate. Los padres de Kate creen que fui yo. Eso de que la justicia es ciega es una mentira como Santa Claus o el Hada de los dientes. Sólo un mito.

—¿Qué ocurrió cuando supo que su esposa tenía una aventura?

—Ella fue la que me lo dijo, yo no podía adivinarlo, supe que algo pasaba, pero me negué de lleno a pensar en que ella tuviera una aventura, ella me pidió que la perdonara, yo estaba herido, dolido… No se trataba de la humillación, era más sobre la mentira, me sentí tan poca cosa… Pero ella me juraba que me amaba, que había sido todo un error y que la perdonara, que salváramos nuestro matrimonio.

No podía decirle que no; ella no pudo cambiar de trabajo, pero el tipo se había ido de la empresa, así que estaba aliviado, pero no me duró mucho el alivio, él comenzó a asecharla, la llamaba a la casa, le enviaba cartas, la esperaba fuera del trabajo. Ella lo evitaba, no contestaba sus mensajes, devolvía sus cartas, pensamos en pedir una caución, pero no lo sé, fue una de esas cosas en la lista de *cosas por hacer* que al final vas dejando pasar… Supongo que allí estuvo el error que me condenó.

—¿Qué quiere decir, señor Richards?

—El tipo no aparece en mi historial porque nunca hubo pruebas de que él existiera, las cartas fueron devueltas, las llamadas no las rastrearon… él simplemente desapareció.

—Probablemente estoy equivocada pero, ¿me está queriendo

decir que este hombre fue quién…

—Joey Meyer fue el asesino de mi esposa, y por muy poco el mío también, bueno, en cierta forma estoy muerto ahora.

Capítulo

5

El sonido de la puerta fue lo que llevó a Melanie de nuevo a la realidad, su paciente se había puesto de pie de inmediato.

—Doctora Rice, es hora de almuerzo, debemos llevarnos a Richards —Dijo uno de los guardias con brusquedad. Melanie aferró los papeles en sus manos y asintió.

—Señor Richards, me gustaría programarle dos citas a la semana ¿Está de acuerdo? — William asintió, y antes de salir le sonrió con timidez. Cuando la puerta se cerró Melanie recostó la cabeza sobre el escritorio, su corazón estaba acelerado, las palmas de las manos le sudaban y sus piernas parecían no poder retenerla por mucho más tiempo. No sabía qué pensar de su último paciente, la vida no podía ser tan injusta, la justicia no podía ser tan ciega…

—¿Doctora Rice? —Melanie se volvió hacia la puerta.

—¿Cómo está, Maldonado?

—Bien, ¿la acompaño a almorzar? —Preguntó el vigilante de piso sonriéndole.

—Sí, estaría encantada —Contestó ella recuperando la calma. Se aseguró la credencial en el bolsillo del blazer y cerró la puerta con seguro.

—¿Se encuentra bien? —Ella asintió—. No lo parece. Imagino que no es fácil su trabajo, de hecho, sé que no es fácil. El doctor Houston, que estuvo antes que usted salió de aquí con diez años más, cuando realmente no llegó a los seis meses completos.

Mientras hablaba, Maldonado iba abriendo las puertas con su identificación, debían ir por el tercer piso.

—Doctora, no deje que la vida de estos hombres la absorba. Estoy seguro que oirá una cosa más turbia que la otra, no deje que eso “se la coma”

—Es horrible lo que puede pasarle a estos hombres, es casi imposible no dejarse afectar por sus historias.

Maldonado sonrió mientras el bullicio iba a ascendiendo, iban en el primer piso.

—Los psicólogos la tienen difícil me supongo.

—Sí, yo también lo creo.

Melanie se quedó en completo silencio cuando entró al comedor, ella fue guiada por Maldonado por un corredor que daba a un espacio separado con paneles transparentes, suponía que cuanto menos era un material a prueba de balas. Al otro lado estaban los reclusos, en mesas de a cuatro y seis, con sus bandejas de plástico comiendo algo que parecía cemento verde. Algunos tenían una expresión de estar a punto de vomitar, otros simplemente mascaban cerrando los ojos, intentando quizás imaginar que estaban comiendo algo suculento. Se estremeció. Reconoció a sus dos primeros pacientes en la fila para entrar, esperando que se despejara alguna mesa para que fuese su turno.

—Maldonado, ¿qué es eso? —Preguntó sin atreverse a señalar alguna bandeja en particular de los presos, el vigilante, sin embargo entendió a lo que se refería.

—Dicen que es un guiso de vegetales, nunca lo he probado, se lo dan cuatro veces a la semana, tienen tres buenas comidas a la semana pero aún así no sé cómo no se han muerto todos de hambre —Dijo Maldonado y Melanie se fijo por primera vez en la fila que hacía con el resto de los empleados, iba directo al mostrador de alimentos, la comida del personal parecía gourmet—. Imagino lo que está pensando. Pero aquí no hay términos medios, doctora. Es blanco o es negro, nadie conoce el gris.

—Esto es tercermundista, Maldonado.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero eso no cambia nada.

Llegó el turno de Melanie, no sólo era comida *pseudo*—gourmet para el personal, sino que además podían escoger.

—¿Qué hacen con la comida que sobra? —Preguntó Melanie sin esperar que le sirvieran—. Esta comida da para más personas que el personal que trabaja aquí ¿no? —Se volvió hacia Maldonado, pero este fingió estar ocupado en los botones de su camisa. Melanie resopló y pidió una ración de arroz con vegetales.

—Doctora —Dijo Maldonado sentándose en su misma mesa.

—¿Qué? —Exclamó molesta—. ¿Me va a decir que ahora debo comer y sobarme la panza viendo a los reclusos?

Maldonado rodó los ojos.

—No, ellos simplemente no miran hacia acá.

—Esto es terrible, Maldonado. ¿Dónde están los derechos humanos?

—Pregúntele a ellos si los vieron cuando mataron a sus víctimas, violaron a las mujeres o niños, o—

—¿Está de acuerdo con esto? —Le interrumpió.

—No, doctora. Esto —Dijo señalando su comida—. Me parece exagerado, pero tampoco creo que ellos merezcan un trato preferencial viendo sus historiales.

Mantuvieron un ligero duelo de miradas.

—¿Y los inocentes a los que encarcelaron injustamente? —No supo de dónde salió esa pregunta, sólo la escupió.

—Casos aislados, justos por pecadores.

Melanie se concentró en su comida, entre ellos sólo se escuchaban los cubiertos contra la cerámica de los platos.

—Para tratarlos como animales, mejor es matarlos —Dijo al terminar, se puso de pie, y sin esperar a Maldonado salió del comedor.

La tarde volvió a sorprenderla, había tenido dos pacientes más, uno demasiado viejo para concordar una idea, estaba ahí por haber robado en una tienda de víveres, pero también había estado involucrado con algunas drogas; le costaba entender al otro paciente, porque sólo usaba el léxico “callejero” y eso la confundía demasiado.

Estaba exhausta, sentía que habían pasado muchas semanas desde que había ido a la entrevista de trabajo, y en realidad había sido sólo diez días antes de empezar a trabajar. Entendía así, lo que le había dicho Maldonado sobre el psicólogo anterior y sus diez años más en sólo seis meses.

Decidió que no llamaría a sus padres esa noche puesto que sus nervios estaban alterados, se duchó y fue a dormir, pero le fue difícil conciliar el sueño, estaba rodeada de injusticia, poca humanidad… Estaba trabajando en un purgatorio disfrazado de prisión, donde se suponía que además de tener a los reclusos castigados por sus crimines, fueran cuales fueran, debían ayudarles a convivir con los demás. Y a aquellos que tenían condenas cortas por crímenes menores a reintegrarse a la sociedad con una nueva visión de las cosas, pero todo era falso, le bastó una semana para darse cuenta de ello. San Severo de Rávena no era más que un pequeño infierno donde todos debían sobrevivir.

Para Melanie aquella noche fue demasiado larga para dormir y demasiado corta para pensar.

Los cinco pisos se le hicieron más molestos por el peso adicional que llevaba, pero la autosatisfacción valía la pena.

—Buenos días, doctora —Maldonado llegó hasta ella, ayudándola de inmediato con la bolsa que llevaba.

—Buenos días, Maldonado —Dijo con seriedad. Haciendo que el

vigilante sonriera.

—¿Está molesta, doctora?

—No —Dijo Melanie abriendo la oficina.

—¿Dónde la quiere? —Preguntó Maldonado refiriéndose a la bolsa.

—Sobre el escritorio, por favor.

Maldonado dejó la bolsa donde ella le había indicado, mientras Melanie intentaba abrir las ventanas proyectantes, pero le faltaban unos 10 centímetros para llegar. Maldonado llegó hasta ella y las abrió con facilidad.

—Puedo preguntar qué trae en la bolsa.

Melanie lo miró a los ojos y le causó gracia el tono que ambos estaban empleando.

—¿Me lo pregunta porque es su trabajo o sólo por curiosidad?

—Un poco de ambas —Contestó Maldonado volviendo frente al escritorio tomando una postura casi militar. Melanie señaló la bolsa, instándolo a que revisara. José se quedó unos segundos observando el contenido y luego negó sonriendo—. Doctora, este no es su ambiente.

—Eso lo decidiré yo, Maldonado —Dijo con firmeza sacando la pequeña fuente para frutas y poniendo sobre ella una variada y gran cantidad de galletas, que había comprado antes de salir de la ciudad —. Y si piensa imponerme el manual de normas, ya sé que traer mi propia comida no es ilegal. No se sorprenda cuando la próxima semana traiga una nevera de oficina, porque lo haré, Maldonado. Y si llega a decir que le estoy dando de comer a los reclusos, diré que es mentira, así tenga que comerme todo lo que tenga en la nevera.

Maldonado la miró fijamente.

—No se preocupe por mí, doctora —Dijo inclinando la cabeza mientras salía de la oficina.

Melanie se sentó un momento, lo siguiente que haría, era ir con su médico de cabecera para pedirle una dieta balanceada. Y justificar que ya no comería en el comedor de la prisión, por lo que eso respaldaría la pequeña nevera que había visto esa mañana antes de ir al trabajo. Si estaba allí para ayudar a sus pacientes, lo haría en todos los aspectos posibles, no sólo en lo psicológico.

Revisó el referencial de su paciente de turno: Albert Jones, edad 38, narcotraficante, asalto a mano armada, intento de secuestro. Condena: 47 años. Ya había cumplido 7.

Albert Jones era un hombre alto y fornido, rubio como el sol, pero silencioso, Melanie no logró que hablara de él, sólo había aceptado los cargos y su condena, no explicó nada, no refutó nada,

de hecho, cuando Jones salió de la oficina, luego de lo que le pareció la hora más larga en la que había estado allí, tuvo la sensación de que todos los involucrados en narcotráfico serían difíciles, pues parecían haber sido sometidos a un entrenamiento casi militar para no responder a nada.

Estudiaría sobre el caso, se frustraba demasiado cuando sus pacientes no hablaban. Esta primera experiencia estaba siendo multifuncional.

El viernes la llamaron del departamento administrativo para informarle que podía retirarse, ya que había llegado una comisión de supervisión y que los reclusos debían estar todos en sus celdas.

Melanie supuso que dicha inspección, al parecer espontánea, no sería más que una farsa.

Tomó sus cosas, esperaba que las galletas empaquetadas se conservaran bien hasta el lunes.

—¿De salida, doctora? —Preguntó Maldonado llegando hasta ella.

—Sí. Aparentemente hay una inspección.

—Eso es correcto.

—¿Sirven para algo?

Maldonado caminó con ella hasta la puerta de salida que daban a las escaleras.

—No que yo sepa. No que se vea…

—Lo supuse. Hasta el lunes —Dijo Melanie.

—Yo acabo de entregar la guardia —Dijo Maldonado, señalando hacia el final del pasillo, donde estaba un nuevo vigilante—. La acompaño hasta abajo si no le molesta.

—Lamento haberlo tratado así, pero en realidad estoy furiosa con este sistema.

—Y no ha visto nada, doctora. Este no es un lugar para gente como usted.

—¿Cómo yo? —Preguntó Melanie bajando por las escaleras junto a José.

—Sí, como usted. Con ideales altruistas. Sin estómago para aguantar las “injusticias” que ocurren dentro de estas paredes.

Melanie se estremeció.

—Que tenga un gramo de consciencia no quiere decir que sea altruista, y que no tenga estómago para esto.

—Desde que estoy trabajando aquí nunca, ningún psicólogo hizo lo que usted en su segunda semana de trabajo. ¿Comida para los reclusos? ¿Qué sigue? ¿Llevarlos de paseo a un día de playa?

—No. Pero no son animales lo que custodian aquí, son personas.

—Personas que mataron, doctora. Que violaron, que robaron, secuestraron, que dañaron a una comunidad entera vendiendo drogas.

—Pero personas.

—Los presos que están aquí no fueron traídos arbitrariamente. San Severo de Rávena es una prisión de máxima seguridad, porque no custodia angelitos.

Ambos hicieron el poco camino de salida en silencio. Llegaron hasta el edificio administrativo donde Maldonado se despidió. Melanie montó en su auto, pero no arrancó de inmediato. No podía entender cómo la gente podía ser indiferente al sufrimiento, quizá se debía a que ella, sí, era idealista, creía en que todos merecían una segunda oportunidad y que la reivindicación era un instinto natural del hombre.

Pasaron quizá cinco minutos antes que pudiera salir de allí, Maldonado iba por la acera, ella tocó la bocina y se orilló.

—¿Lo llevo?

Maldonado sonrió.

—Muchas gracias, doctora.

El camino en principio fue silencioso, pero luego ella comenzó a preguntarle a Maldonado sobre la prisión, las guardias que eran su especialidad, las actividades para los reclusos, ella tuvo que reír cuando José le habló sobre ellos.

—Alfabetización y religión. Nada práctico.

—Doctora, no importa cuán bonita y tranquila sea la actividad, los reclusos siempre encuentran la forma de hacer un arma letal, incluso con papel artesanal.

—Creo que exagera.

—La voy a llevar a los depósitos de la prisión y verá que no exagero en absoluto.

—Maldonado, ¿no le da un poco de pena esta gente?

José respiró profundo.

—Al principio sufrí de depresión, dejé que me afectara, pero luego vi como se comportaban, me enteré de algunas cosas que hicieron para estar aquí, y se lo repito: no estamos custodiando santos.

—No, yo sé que no lo son, es sólo que…

—La entiendo, doctora. También entiendo que es muy posible que de cada trescientos casos uno sea inocente, pero aquí el dicho aplica al revés: culpable hasta que se demuestre lo contrario.

—Yo no me opongo a que estén allí, si mataron, violaron o robaron. Sea cual sea su crimen, está bien que estén presos, pero no

puedo tolerar el maltrato. Eso me… me altera, me enfurece.

Iban llegando a la ciudad. No sabía dónde iba a dejar a Maldonado, pero él le indicó que lo dejara a tres calles de su propia casa.

—Muchas gracias por traerme, doctora —Dijo él antes de bajarse.

—No fue nada —Contestó ella.

Se miraron unos segundos.

—Esa es mi casa —Señaló Maldonado—. Si necesita algo, ahí estaré.

—Gracias, Maldonado. Yo vivo a tres calles de aquí… Por si necesita algo.

—Hasta el martes, doctora.

—¿El martes?

—Sí. Tengo guardia este fin de semana y libre el lunes.

—Ah —Dijo asintiendo. De alguna forma consideraba a Maldonado su único compañero de trabajo—. Hasta el martes, entonces.

—Descanse, doctora. Y si de verdad quiere conservar el trabajo en la prisión, no se arriesgue por los reclusos.

—Hasta el martes —Repitió ella y arrancó, dejando a Maldonado frente a la puerta de su casa.

Qué bueno que tenía dos días para reponer energías, lo iba a necesitar.

Capítulo

6

El sábado Melanie fue a casa de sus padres, almorzó con ellos, pero no se quedó a cenar. En cambio, pasó la noche clasificando a sus pacientes. Los tiempos daban a cuatro pacientes por día, la población de San Severo era de poco más de tres mil reclusos de todo el país, como decía Maldonado, no eran unos ángeles precisamente. De hecho, más de quinientos reos estaban en el área restringida y eran los únicos que no recibirían tratamiento psiquiátrico, o al menos no con ella.

De momento, los historiales que tenía no llegaban a una docena, ya que según su plan de trabajo el ideal era un período de tres meses, por cada recluso, con mínimo una cita semanal, máximo tres citas. Un plan perfecto que le tomaría veinticinco años de su vida.

Al sacar cuentas supuso que ella podía iniciar un nuevo sistema, y que en un futuro no muy lejano otros psicólogos se unieran, o en su defecto, el que llegase después de ella siguiera ese plan. Era mejor no sacar cuentas y trabajar en pro de esos tres meses. No se veía soportando veinticinco años trabajando en San Severo. Eso sería demasiado duro.

Su fin de semana se escurrió como agua entre los dedos, y el lunes, llegó casi sin avisar.

Sus primeros pacientes, estaban allí por cargos de secuestro, uno de ellos a un alto funcionario del gobierno, por lo que sabía que nunca saldría de allí. Aceptaron comer las galletas y Melanie se sintió satisfecha, cuando escuchaba el “mmm…” de una degustación placentera.

Almorzó sola en su oficina, descansó media hora y entonces fue el turno de un paciente que ya había visto: William Richards. Esta vez, no la tomó por sorpresa la entrada silenciosa del paciente, ni el color de sus ojos, pero la ansiedad por seguir escuchando la historia la sobrepasaba por momentos.

—Buenas tardes, doctora Rice.

—Buenas tardes, señor Richards. ¿Cómo ha estado?

—Bien. Dentro de lo posible.

Hubo un breve silencio, entonces Melanie releyó las últimas anotaciones para retomar el hilo de la conversación.

—En nuestra última cita, quedamos en Joey Meyer, ¿quiere hablar de él?

Richards juntó las manos sobre su regazo, como si dijese una muda plegaria.

—No sé mucho de él, incluso cuando Kate me contó lo de su aventura, no quise saber nada de ese hombre. Sólo sé que trabajaba en la misma compañía que ella, y que cuando terminaron su relación él se fue de allí, no sé a dónde y Kate tampoco lo supo, y si lo sabía no me lo dijo. Quisimos enterrar el tema. Cuando él comenzó con el acoso, tratamos de saber donde vivía, para poder hacer la denuncia, pero no lo logramos y lo dejamos así. Se lo dije, el tipo desapareció del mapa.

—¿Por qué cree que regresó?

Richards se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que le fue difícil dejar ir a Kate. Ella era perfecta —Melanie pensó que si fuese tan perfecta como Richards decía, entonces, en primer lugar no habría sido infiel.

—Es probable —Este comentario ameritó que él la mirase directamente a los ojos y fue abrumador. Pero prosiguió con su relato.

—Habíamos pensado en mudarnos, alejarnos de Meyer porque el tipo era tóxico y enturbiaba nuestra relación, no llegamos a elegir a dónde ir. El día fue un miércoles, cuatro de septiembre, eran poco más de las dos de la tarde. Kate salía temprano del trabajo cada miércoles porque había comenzado unas clases particulares, ella fue a casa sólo a buscar sus cuadernos.

—Yo estaba enfermo, no me había podido parar de la cama en dos días, ella había dejado la habitación con las cortinas corridas y la puerta cerrada, estaba dormido y medio dopado con los medicamentos, en un piso arriba de donde ocurrió todo —Mientras hablaba, con un ritmo apropiado, dando pausas correctas Melanie se trasportaba a esa casa de dos pisos, de los suburbios, era obvio—. No sé cuanto peleó Kate, sólo escuché un grito que fue el que me logró despertar, intenté salir corriendo pero no podía, estaba débil, somnoliento… cuando bajé, Meyer ya la había matado. Kate se desangraba en nuestro living, por un breve momento, supongo que por el efecto de la adrenalina, llegué hasta a Meyer y traté de derribarlo, pero tan pronto lo golpeé perdí las fuerzas, me dejó inconsciente.

Melanie negó casi abatida, si eso era cierto tenía que haber una forma de apelar.

—En su referencial hablan de que su esposa había adquirido un seguro unos meses antes de que fuera asesinada.

William soltó una risa triste.

—No lo sabía, no tenía idea que Kate había adquirido un seguro, supongo que lo hizo sin decirme porque… Bueno, tal vez evitando que la tentación se hiciera presente, no lo sé, nunca entenderé por qué no me lo dijo.

—¿Qué encontró cuando volvió a estar consciente? —Preguntó ella deseando saberlo todo, de las historias que había escuchado de entre los pocos pacientes que había visto hasta el momento, sólo la de Richards y la de Cruz eran tan complejas que acaparaban toda su atención. A Cruz lo vería el miércoles, igual que a Richards.

—Estaba en una celda, me habían vendado la pierna y tenía una compresa en la cabeza. Kate estaba muerta, y de inmediato comprendí que yo era el principal sospechoso, pero la policía ya había hecho su propio juicio, no era sospechoso: era culpable.

>>Ese mismo día entré a la prisión local. Y dos días después fui trasladado aquí, eso de "tiene derecho a un abogado y si no lo puede pagar el estado le proporcionará uno" no fue una elección, la fiscalía fue mi defensa, y la fiscalía no creía en mi inocencia —Melanie lo miró unos segundos—. En el juicio vi por primera vez las fotos de la escena del crimen, mi esposa fue brutalmente asesinada, las huellas de ella también estaban en el cuchillo, lo que justificaba la herida en mi pierna, alegaron que fue en defensa propia que ella me había herido, lo mismo que la contusión en la cabeza, fue con una lámpara que nos habían regalado el día de nuestra boda…

Melanie sentía que se le contraía todo por dentro, William se quedó en silencio un rato bastante largo.

—Meyer fue inteligente, tuvo tiempo de limpiar la escena y hacerme ver como el asesino. Nadie vio nada, nadie escuchó nada. Lo cual es mentira porque el grito de Kate fue de terror… Yo simplemente no tenía pruebas de mi inocencia, todo estaba allí y el móvil fue el seguro. Estoy *seguro* que Meyer no creyó que todo le saldría tan bien, pero así fue.

—Lamento mucho todo esto, señor Richards —Su voz se quebró al final. Tuvo que tomar aire para continuar—. No tengo una frase profesional para decirle justo ahora, así que optaré por el misticismo: La vida a veces nos coloca en situaciones terribles, sólo para fortalecernos como individuos, y quiero creer que la justicia es verdaderamente ciega y que llega, como decía mi tía: tarde, pero

sin sueño.

—No conocía ese dicho —Comentó sonriendo tristemente.

Melanie le ofreció la fuente que además de frutas frescas, tenían galletas y muffins de sabores diversos.

—¿Gusta?

Richards sonrió y extendió la mano, seleccionando un muffin de chocolate.

—Gracias — Dijo saboreándose.

—Cómaselo antes de salir, por favor. Todavía desconozco que tan ilegal es tener un gramo de humanidad en esta prisión.

—¿Se arriesga por nosotros? —Preguntó Richards con el muffin a medio camino de su boca.

Melanie no respondió, fue hasta su escritorio dándole "intimidad" al paciente para que comiera, William terminó de comerlo y su exclamación casi silenciosa de satisfacción hizo que la temperatura de la oficina por un breve momento fuese infernal.

—Gracias, doctora Rice.

—Espero verlo aquí el miércoles, señor Richards.

—Se lo aseguro —Dijo sonriéndole.

Cuando cerró la puerta al salir, Melanie se recostó de la silla y soltó todo el aire que había en sus pulmones, comenzó a escribir algunas preguntas que fueron surgiendo de los acontecimientos relatados por Richards, su versión parecía una de esas películas que no tenían final feliz, pero la realidad era que si lo que decía su paciente era verdad, estaba encerrado allí injustamente. Ninguno de los pacientes que había visto hasta el momento estaban en esa posición, tal vez ese era su caso entre los trescientos, según las estadísticas de Maldonado, y ella no podía tolerarlo, ya era difícil entender el maltrato que recibían por estar allí, tal vez era lo que merecían los culpables, pero una persona que no debía estar ahí no merecía tal calvario.

Para el miércoles en la tarde, Melanie había conocido a dos reclusos más, que coincidentemente eran hermanos, ellos estaban allí por haber traficado con drogas por más de veinte años en un pequeño condado donde ahora casi toda su población era dependiente de las drogas, habían llevado a la miseria a miles de personas, cuando menos uno de cada tres habitantes eran adictos y compraban a estos hermanos. Melanie se sintió enferma cuando ambos asumían que no se arrepentían y que saldrían de allí tarde o temprano, para darse la vida de lujo que tanto merecían.

Maldonado apareció en el umbral de la puerta a la hora del almuerzo, con una bolsa de papel en la mano.

—¿Se puede? —Preguntó antes de entrar.

—Adelante —Respondió Melanie—. No vino ayer —Mientras que hablaba, Maldonado tomaba asiento en la silla frente al escritorio, en una postura jovial.

—Sí vine, pero me movieron al patio. Traté de pasar a saludarla pero realmente ese es un trabajo en el que no le dan respiro a uno. Te das media vuelta y comienzan a matarse.

Melanie negó soltando una risita.

—Me parece prejuicioso, Maldonado.

—Es en serio. Doctora, la población de sus pacientes es mínima porque son los tipos que más o menos conservan un poco de decencia, llamémosle los buena conducta, pero el resto, son inimaginablemente agresivos. La semana antes de su ingreso, hubo ocho muertos, se mataron a puñetazos en las duchas, un descuido y se comportan como animales.

—¿De verdad?— Melanie no podía creerlo.

—De verdad, fue una falla en nuestra seguridad, una falla mínima que en cualquier otro sitio no habría significado gran cosa, aquí significó ocho muertos y muchos más heridos —Ambos quedaron en silencio—. Pero no podemos pasar la hora de almuerzo hablando de esas cosas. Mire lo que le traje —Maldonado finalmente abrió la bolsa de papel, donde había dos panes envueltos en papel de cocinar—. Los hizo mi mamá.

—¿Su mamá me hizo comida?

Maldonado se encogió de hombros mientras desenvolvía su pan, que se veía francamente delicioso.

—Sí, cuando le hablé de usted, fue como si le dijera, “mamá encontré la hija que nunca tuviste pero siempre quisiste” —Se rió.

—Entonces la pregunta es ¿Le habló a su madre de mí? —Maldonado, tragó un trozo de pan en tanto ella le daba el primer mordisco al suyo.

—Por supuesto, ella siempre me anda diciendo que trabajando en una prisión con puros hombres en qué momento voy a encontrar esposa…

Fue como si él no hubiese sido consciente de sus propias palabras, hasta que Melanie se quedó en completo silencio.

—No quiero decir…—Maldonado se puso colorado, y comenzó a tartamudear—Es que… Lo siento.

—Está bien, Maldonado. No se preocupe —Dijo, pero el comentario la había tomado por sorpresa—. Pero aquí hay personal femenino, en el área de visitas.

—Ah, pero mi mamá no cree que sean muy femeninas y las

descarta de inmediato —Ambos sonrieron.

—Dele las gracias de mi parte, le quedó delicioso.

—Se lo diré.

A partir de allí, José se atragantó el resto de su pan, como si quisiera huir de la oficina cuanto antes.

—Traje ensalada de frutas, era mi almuerzo, pero puede ser el postre ahora —Melanie sacó el envase de su lonchera térmica.

—Gracias, doctora —Dijo Maldonado, sin poder negarse.

Ninguno inició la conversación, cuando las frutas desaparecieron del envase, Maldonado se puso de pie, y ella lo acompañó a la puerta.

—Gracias por acompañarme en el almuerzo, Maldonado.

—Fue un placer, y disculpe el comentario, fue inapropiado.

—No se preocupe.

—Hasta luego, doctora.

—Puede llamarme, Melanie —José sonrió abiertamente y fue cuando Melanie notó cuan atractivo resultaba su compañero de trabajo. Verlo era tan placentero como el sol cuando levantaba en la mañana.

—Y usted puede llamarme: José.

—Estoy de acuerdo —Ambos sonrieron—. Hasta luego, José.

—Hasta luego… Melanie —Dijo dándose la vuelta y dejando a Melanie con las piernas un tanto temblorosas al oír a José llamarla por su nombre.

Capítulo

7

Melanie estaba alterada, habían pasado más de quince minutos desde que José abandonara su oficina y todavía tenía vestigios del temblor en sus rodillas. Se dio cuenta que desde hacía algún tiempo carecía de una relación romántica, había estado saliendo formalmente con un chico mientras estudiaba en la Universidad.

Mark estudiaba en la facultad de Arte, y era un perfecto espécimen para estudiar en psicología: usaba rastas en el cabello, se tatuaba pasajes de la biblia y a veces, en plena clase, se quitaba sus sandalias de cuero y andaba descalzo por los pasillos de la Universidad.

Melanie había disfrutado sus conversaciones sobre un mundo utópico, las diversas religiones y como todos podíamos vivir en paz respetándonos unos a otros, de allí quizás devenían muchos de sus ideales actuales, pero Mark cambió, antes de titularse había encontrado un trabajo en el cual no sólo cambió su imagen sino su pensamiento, y más te valía que nunca confundieras un cuadro de Da Vinci con uno de Rafael porque merecías la muerte. Y fue así como su relación terminó sin ningún tipo de drama, simplemente ya no eran compatibles y Melanie estaba bien con eso.

Cuando sus pensamientos volvieron al presente, se dio cuenta que había caído en el tema de las relaciones, estaba precipitándose tanto como la madre de José. Se podía imaginar a Maldonado haciendo el simple comentario que habían designado como psicólogo de la prisión a una mujer, y entonces, tal vez, la madre de él ya los había casado. Y ella había caído en el juego y se imaginaba que José iba a invitarla a salir y antes de darse cuenta le estaría pidiendo matrimonio, cuando la realidad podía ser que simplemente José sólo estaba contento porque había encontrado a alguien con quien hablar en el almuerzo.

—Adelante —Dijo sobresaltada cuando oyó la puerta. De nuevo Richards entró en la oficina y sin pensarlo, Melanie se arregló el cabello tras la oreja—. Buenas tardes, señor Richards.

—Buenas tardes, doctora Rice.

Los guardias que custodiaban a Richards cerraron la puerta.

—Por favor, siéntese.

Ambos se dirigieron al área del sillón. Richards se quedó en silencio, mirándola.

—¿Se encuentra bien, doctora?

—Sí.

—No lo parece.

Melanie se irguió un poco más en la silla.

—¿Por qué lo dice?

—En las dos oportunidades anteriores que nos hemos visto, siempre tiene su libreta de anotaciones con usted, hoy, la dejó sobre el escritorio. Y sin ánimos de sonar grosero, se ve distraída.

Melanie volteó hacia el escritorio, en efecto, allí estaba su block de notas.

—La hora del almuerzo me descolocó, supongo. Es observador.

—Siempre que lo que observe sea suficientemente interesante, para captar mi atención.

—¿Perdón? —Preguntó, no molesta, sólo… Sorprendida.

—Nada.

Melanie fue a su escritorio por el block de notas y deseó por un breve segundo no llevar pantalones holgados ni zapatos de tacón bajo.

—Señor Richards, quedamos en su juicio. Estuve revisando mis notas y según pude entender, su juicio fue muy breve.

—Lo fue, como le dije, ya ellos me habían juzgado, no estaban allí para oír que yo era inocente, sólo querían una sentencia.

—Cadena perpetua.

—Sí. Bastante justo, si hubiesen atrapado al asesino correcto.

—No puedo creer que Meyer lograse salir invicto en todo esto. ¿Cómo es posible que no hayan encontrado una huella dactilar? ¿Que nadie lo haya visto? ¿Cómo es que no buscaron su ficha en la empresa en la que trabajaba su esposa? —Estaba comenzando a molestarse por lo injusto de aquella situación.

Richards se encogió de hombros.

—Supongo que no importaba, yo estaba allí y todo apuntaba a que había matado a mi esposa. ¿Para qué perder el tiempo tratando de demostrar mi inocencia? No querían eso, querían un culpable. Y yo estaba disponible.

—Es injusto, señor Richards —Dijo e inconscientemente se inclinó hacia adelante—. Esto es un infierno para los culpables, no puedo imaginar cómo es para un inocente.

—Entonces, ¿usted me cree? —Richards también se inclinó y Melanie pudo verse reflejada en el azul intenso de los ojos de su paciente.

—¿No debería?

—Gracias, doctora Rice —Dijo y con lentitud, como si tanteara el terreno acercó sus manos, haciendo sonar las esposas que lo hacían prisionero—. Gracias por creerme —Finalmente tomó las manos de Melanie entre las suyas, en señal de agradecimiento.

Melanie miró sus manos unidas, odió las esposas que rodeaban las muñecas de Richards, entonces ella hizo girar sus manos hacia arriba para también hacer presión con las manos de Richards.

—Lo quiero ayudar. Y lo haré, le prometo que haré todo lo necesario para ayudarlo.

—Usted es asombrosa, doctora Rice —Melanie sintió arder sus mejillas, y lentamente soltó el agarre.

Pasaron unos segundos en los que sólo se le ocurrió ir al escritorio y ofrecerle algo de la fuente a Richard, este se puso de pie y tomó una manzana verde.

—Esta manzana luce muy diferente a las que suelen darnos aquí —Comentó dándole un mordisco que crujió como un eco en la oficina, Melanie sonrió.

—Desearía meter de cabeza al señor Andrews, en una olla de la comida que le sirven a ustedes.

Richards soltó una carcajada contagiosa.

—Probablemente sería como echarlo en ácido, la comida es asquerosa.

—Lo lamento.

—Está bien, podrían no darnos nada y eso sería, no una gran diferencia, pero sí peor.

—Señor Richards, usted se toma esto con mucho humor —Dijo sonriéndole.

—Es la única manera de no dejarme derrumbar, trato de pensar que esto es sólo un mal sueño… —Melanie lo miró de nuevo y le dio una palmadita en el hombro—. Pero algunas veces es muy real, como ahora.

—¿Ahora es un mal sueño? —Preguntó sin darse cuenta que su mano recorrió todo el brazo de Richards.

—No. Ahora es sólo como un sueño, no uno malo, sólo un sueño —El corazón de Melanie se aceleró demasiado, y se alejó de Richards sin mucha delicadeza.

—Espero verlo la próxima semana.

William le sonrió, botó el corazón de la manzana en la papelera

y se dirigió a la puerta.

—Aquí estaré, puntual.

La puerta se cerró tras él y Melanie sintió que la oficina era demasiado grande para ella sola, su corazón seguía latiendo desmesurado. Estaba mal, todo estaba mal.

—Diablos, estoy volviéndome loca —Susurró sentándose de nuevo y dejando caer la cabeza sobre la superficie del escritorio.

—Y sólo lleva aquí un par de semanas.

Melanie se puso de pie como si hubiese sido impulsada por un resorte.

—Señor Cruz. No lo escuché entrar.

—¿Cómo está, doctora?

—Bien, muy bien.

—Seguro. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto, adelante —Indicó señalando la silla frente al escritorio—. ¿Cómo estuvo su semana, señor Cruz?

—Como siempre, doctora.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Mmm… Digamos que bueno. No me metí en ninguna pelea, no fui el blanco de ningún seguridad y hasta donde sé, todavía estoy vivo. Así que sí, es bueno que esté normal.

Melanie se compadeció de Cruz.

—Háble me de su niñez, señor Cruz. De la señora Rosemary.

Cruz sonrió.

—Ella era un ángel, mi madre biológica me dejó en un tiradero de basura, supongo que adivinando que eso sería.

—Señor Cruz, usted no es basura, y le agradecería que en tanto se vea conmigo se prioridad sea el respeto propio.

Cruz la miró con el ceño fruncido y Melanie hizo lo mismo. Cruz era como un niño pequeño al que había que tratarlo con severidad para que hiciera caso.

—Bien. Fui encontrado por un trabajador del tiradero, que me llevó a una casa—hogar, donde las trabajadoras de ahí me criaron como pudieron, pasó el tiempo y no fui adoptado, normalmente cuando eso pasaba, el destino de esos niños era que al cumplir dieciséis años tenían que trabajar en la casa—hogar, eso estaba bien para mí, no quería ser adoptado. Pero un día, llegaron a buscarme, un matrimonio que ya tenía un hijo, pero fue un parto complicado que dejó a la señora Rosemary sin posibilidad de tener más hijos, querían un hermano para su hijo, él tenía nueve años cuando me mudé con ellos, edad suficiente para saber que no era su hermano.

Cruz frunció el ceño y apartó la mirada.

—Ni él, ni Antonio Cruz, "nuestro" padre, me aceptaron como parte de la familia, cuando lo pienso ahora, luego de muchos años, creo que era la señora Rosemary la que quería otro hijo, fui una imposición y no algo que realmente desearan.

—¿Fue así desde el comienzo o a medida que pasó el del tiempo?

—No. Desde el momento que pisé la casa supe que no era bienvenido. Me fueron a buscar a la casa—hogar sólo la señora Rosemary y Cruz, en el camino recuerdo que les pregunté una cosa: ¿Puedo llamarlos: mamá y papá? —Cruz soltó un bufido—. Cruz se volteó y desde el asiento delantero me miró con desprecio, un desprecio que nunca disminuyó, y me dijo que jamás los llamaría así, que eran señor Antonio y señora Rosemary, pero en silencio a ella sí la llamaba mamá, en mi mente siempre lo fue.

—¿Usted le dijo lo que pasaba con su hermano?

—Ese bastardo no era mi hermano —Espetó entre dientes.

—Tienes razón.

—Se llamaba Dylan, y no, nunca se lo dije a la señora Rosemary. Cuando comenzó estaba confundido, era un niño, y luego… Era tarde.

—Usted está aquí desde hace cinco años, señor Cruz. Y eso pasó hace mucho.

Cruz alzó la mirada.

—Cuénteme los hechos en orden cronológico, por favor.

—¿Está segura que eso va ayudarme, doctora? Porque no quiero hablar de eso sólo para satisfacer sus necesidades como psicóloga.

—Vuelve a ser hostil, señor Cruz.

—Lo siento, lo siento —Cruz dejó caer la cabeza y apoyó los codos en sus rodillas, en una posición derrotada.

Melanie optó por ofrecerle algo de su fuente. Cruz tomó un muffin de chocolate, le dio un mordisco, tragó y luego comenzó a hablar.

—La señora Rosemary sufría de dolores en las piernas, por eso ella y Cruz, dormían en el piso de abajo. Dylan y yo teníamos habitaciones contiguas, era una buena construcción porque nada de lo que pasaba arriba lograba oírse abajo. Incluso cuando mi habitación quedaba justo arriba de la de mi mamá —Cruz negó—, quise decir, de la señora Rosemary.

—Está bien que la llame mamá.

—Es extraño… La quería como si realmente fuese mi madre, incluso cuando no me protegió de quienes me hicieron daño… Pero, me desvío, en fin, desde el comienzo fui rechazado por quienes

serían mi padre y hermano.

>>Cruz llegaba cada viernes borracho como una cuba, y molesto, odiaba su trabajo en una fábrica de zapatos, el dinero no se lograba estirar y siempre se quejaba por las cuentas, ni decir si yo generaba algún gasto particular, era una pesadilla, pero me hacía pagar cada centavo en golpes, con intereses. Arriba, por supuesto. La primera vez que me golpeó no había llegado a cumplir un mes viviendo con ellos, estaba en mi habitación temprano porque cuando él llegaba tomado quería a todo el mundo en la cama, no entiendo por qué, tal vez usted debería haberlo estudiado, era un enfermo.

Melanie le sonrió a Cruz, cuando él le hizo un gesto de estar bromeando.

—Entró en la habitación, y creí que iba a preguntarme cómo había estado mi día, o cómo me había ido en la escuela, donde me llamaban recogido, porque Dylan ya había hecho correr la bola de que era adoptado, pero no, Cruz no dijo una sola palabra, cerró la puerta y me golpeó, con su enorme mano me tapó la boca y me dijo que si lloraba lo haría *peor*... Así que no lloré hasta que se fue, sólo tenía seis años, ¿cómo esperaba que no llorara?... En fin, al día siguiente bajé a desayunar, temblaba de pies a cabeza, no sabía si me golpearía a mitad del desayuno ¿Sabe qué hizo él, doctora?

—No.

—Corrió hacia mí, alterado, preguntando qué me había pasado, no me dejó contestar, por supuesto. Él mismo dio la respuesta, me había caído porque era torpe, debía tener más cuidado. Inmediatamente supe que tenía terminantemente prohibido contarle lo que había pasado a alguien, que me mataría si abría la boca. Nunca le dije nada a nadie.

—¿Y la siguiente vez?

—Puso otra excusa, que me había peleado en el colegio, que había caído de la bicicleta, que me había caído en el baño… Al final, creo que mi mamá lo sabía, o lo supo cuando las excusas comenzaron a ser más estúpidas que las anteriores, pero ella le temía, nadie puede conocer el infierno personal de alguien, si ese alguien no quiere que lo conozcan.

—¿Cree que también maltrataba a su madre?

—Sí, quizá no con la misma brutalidad ni frecuencia que a mí, pero a veces cuando mi mamá y yo estábamos solos en la casa ella se veía feliz, y muchas veces me abrazaba y me daba caricias de consuelo y cuando yo hacía lo mismo, lloraba, pero sonreía.

—¿Nunca se vio tentado a decirle del maltrato a alguien?

—No. Cuando pensaba en hacerlo, en decirle a alguien, recordaba cada golpe que me había dado y la amenaza de que lo me haría si abría la boca, no creo que haya exagerado, lo único peor que sus golpes era que me matara.

—Lamento mucho eso, señor Cruz. Él debió protegerlo, cuidarlo y darle amor.

—Sí, yo creí eso cuando me había adoptado, pero el mundo real es así.

Melanie lo miró unos segundos.

—Fue un niño muy valiente, señor Cruz.

—Y la valentía se me acabó cuando crecí y le di un tiro en el medio del pecho a ese bastardo.

Melanie se estremeció al oír esas palabras.

—Ya veremos cuando lleguemos ahí.

Ambos se pusieron de pie, ya que los guardias habían llegado para llevarse a Cruz.

—Hasta la próxima semana, doctora.

—Hasta entonces, señor Cruz.

Cuando se encontró sola, sintió varias lágrimas caer por sus mejillas, lloraba por el niño que había sido golpeado por quien más debería haberlo protegido, amenazado por quien debía haberlo cuidado y despreciado por quien debía haber siempre tenido un abrazo para él. No justificaba el asesinato, pero había mucho camino que recorrer hasta el punto de quiebre en el que Cruz había decidido explotar y atravesar el pecho del hombre que representaba la única figura paterna que había conocido.

Capítulo

8

A medida que los días iban pasando, Melanie supo que sus pacientes no querían ser psicoanalizados, la mayoría se basaba en amenazas y a mitad de semana la administración redujo su lista de pacientes, lo que evidentemente la hizo enfadar.

Pero ese viernes, toda su resolución se vería tentada a abandonarla.

Vería a Eliot Cooper, no tenía ninguna referencia de psicólogos anteriores en su historial, el hombre tenía tres meses en la prisión.

—¿Acosador? —Se preguntó Melanie—. Demasiado fácil para ser cierto —Se dijo, y llamaron a la puerta. Melanie no llegó a abrirla, los guardias le dejaron a su paciente. Debía ser una broma, ese hombre no se veía en absoluto peligroso, era diminuto, no podía llegar al metro sesenta y era absurdamente delgado—. Adelante, Señor Cooper —Dijo ella, dirigiéndose al sofá. Cooper la siguió y tomó asiento—. Por lo que entiendo usted no había visto a ningún psicólogo aquí —El reo negó—. Bien, entonces estaría bien qué me cuente la razón por la que se encuentra en prisión.

—¿Dónde está ella?

—¿Disculpe?

—Ella está aquí, ¿verdad? —La voz de Cooper era aguda y un poco espeluznante. Melanie se tensó en la silla.

—Señor Cooper, le pregunté la razón por la que se encuentra aquí.

—Ella está aquí, puedo sentirlo.

—¿De qué está hablando, señor Cooper?

—¿Dónde está? Dígale que venga, prometo no hacerle nada… sólo… sólo necesito verla.

—¿A quién? —Preguntó. Cooper la miró a los ojos y Melanie sintió como si una gota de agua helada se deslizara desde la nuca hasta el final de su espalda y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos Cooper la jaló del brazo.

—Tú vas a llevarme dónde está Alisson —Y sin darle oportunidad de reacción se situó tras ella y empezó a ahorcarla con

las esposas. Melanie intentaba apartar la cadena de su cuello, rasguñándose en el intento y sin poder gritar debido a la presión, Eliot Cooper tenía una fuerza desproporcional a su contextura.

—Por… fa..vor —Pidió apenas con aire.

—¡Llévame con Alisson, ahora! —Exigió Cooper y apretó más, él la levantó del sofá y dio dos pasos hacia adelante—. Saldremos de aquí y me vas a llevar con ella —Melanie luchó más, el aire no estaba pasando, cuando iban a dar el tercer pasó echó la cabeza hacia atrás con todas sus fuerzas y con el poco aire que quedaba alcanzó a gritar.

—¡Auxilio! —Cooper no había soltado su agarre, pero tras el golpe de Melanie no estaba coordinando y en cuanto entraron los guardias ella sólo tapó sus ojos, pero sus oídos captaron los golpes y por último el zumbido de la descarga eléctrica que finalizó con todo.

Los guardias estaban sacando el cuerpo inerte del paciente cuando Maldonado entró en la oficina como un toro.

—¿Cómo está Melanie? —Preguntó a nadie en particular y con la punta de la tonfa levantó la cabeza del inconsciente—. Esto no va a ser nada en comparación, maldito bastardo —Murmuró y dio la señal de que lo sacaran de allí más a prisa—. ¿Qué te hizo?— Preguntó enojado cuando se hubieron quedado solos.

Melanie atravesó la oficina y se refugió en los brazos de Maldonado, llorando como una niña, el tipo había tratado de estrangularla con las esposas, sentía el ardor alrededor del cuello.

—Melanie, necesito saber si estás bien —Le dijo levantándole el rostro—. Vamos al ambulatorio —Ella se dejó arrastrar, sin prestarle atención al camino ni al personal que se aglomeraba para verlos pasar. Maldonado la llevaba abrazada por los hombros y ella se aferraba a él como si fuese un escudo protector.

Cuando entraron al ambulatorio, ella todavía temblaba y seguía estremeciéndose por el llanto. Una mujer la llevó hasta una camilla.

—Puedes irte, Maldonado —Le espetó al guardia.

—No —Dijo Melanie mirando hacia la puerta.

—Voy a subir a buscar tus cosas, Melanie. No vas a seguir trabajando hoy, y vengo por ti. Estarás bien.

La mujer le dio un analgésico y untó una pomada donde quedaron los rosetones del intento de estrangulamiento y sus propios rasguños, vestigios de la férrea lucha por impedir que las cadenas siguieran cortando su respiración.

Minutos más tarde, estaba afuera del ambulatorio, pegada a la pared, abrazándose a sí misma, esperando que Maldonado llegase

con sus cosas.

—¿Melanie?

—Por Dios, José —Exclamó saliendo de sus pensamientos—. ¿Cómo es que pasó esto?

—Vamos —Dijo él pasando un brazo por sobre sus hombros, mientras la llevaba al estacionamiento—. Cambié una guardia con un compañero, voy a llevarte a casa.

No se atrevió a refutar, se sentía perdida, asustada y sólo Maldonado podía hacerla sentir, cuando menos, protegida.

José le abrió la puerta del copiloto, dejó atrás su bolso, el blazer y sus carpetas.

Melanie veía pasar los minutos en el reloj del tablero del auto, no pasaron más de cinco, cuando Maldonado escupió su rabia.

—Lo voy a matar, Melanie. Voy a ver como su podrida alma le deja el maldito cuerpo.

—No digas eso, José. No fue para tanto.

—Dime que estás bromeando —Pidió José mientras mantenía su vista fija en el camino.

—Fue mucho más el susto —Dijo intentado convencer a José y a ella misma.

—Melanie, ese tipo intentó estrangularte. ¿Tenía algún motivo? ¿De qué hablaban?

—No lo sé, yo intentaba que hablara, ya sabes, le hacía preguntas básicas para ir tanteando el terreno, él no me hacía caso y de repente estaba tras de mí… Por Dios —Se estremeció al recordarlo.

—Ya pasó, Melanie —Dijo José poniéndole la mano sobre el hombro, ella agradeció apretando la mano de él.

—Gracias por ofrecerte a traerme, todavía estoy temblando del susto.

—Lo que acaba de pasar demuestra mi punto.

—¿Cuál punto?

—Que este trabajo no es para alguien como tú, Melanie. ¿Por qué no buscaste empleo en una escuela? Si querías dificultad, en una secundaria, pero ¿una prisión?

Melanie se cruzó de brazos.

—Quiero ayudar de verdad, esas personas que están en prisión tienen orígenes muy complejos, José. Eso es lo que me llevó a una prisión, saber por qué una persona se vuelve antisocial, no nacieron delincuentes, ¿qué los llevó a eso?

—La vida fácil, sentirse más seguros con un arma, no lo sé, pero esto es una locura, hoy trataron de matarte ¿no te das cuenta de

eso?

Melanie miró por la ventana, negándose a darle la razón a José.

—Lo que indica que su sistema de clasificación es bastante malo, un hombre como ese debería estar en el área restringida ¿no crees?

—No puedo creer que trates de justificar lo que pasó diciendo que el sistema se equivocó. Acepta que este trabajo es mucho más peligroso de lo que creíste.

—Y tú, acepta que es lo que quiero hacer, un incidente como este no puede hacerme dudar de lo que quiero, mi deber es ayudar a esos reclusos y si te sirve de algo cada vez que me dices que debo buscar otro empleo me dan ganas de golpearte.

José paró por el semáforo, la miró y le sonrió.

—Creo que necesita un tratamiento para controlar la ira, doctora.

—Si te golpeo, calmaré mi ira.

—Una pena…

Melanie volvió a mirar por la ventana, habían llegado a la calle donde vivía José. Al darse cuenta, sintió que estaba por tener un ataque de ansiedad.

—¿Me puedes acompañar a mi casa? —Preguntó intentando respirar con normalidad.

—¿Qué te hizo pensar que no lo haría? —Respondió Maldonado arrancando antes de que la luz cambiará al verde.

—Gracias.

Melanie le indicó el camino de las tres calles que los separaban. Ella se bajó del auto, mientras José pasaba la alarma y tomaba las cosas del puesto de atrás, buscó las llaves en su bolso y ambos entraron a la casa. José cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie.

—Siéntate, José. ¿Quieres algo de tomar?

José se quitó la chaqueta y la puso en el espaldar del sofá de la sala, dejando las cosas de Melanie sobre la mesa de centro.

—Prefiero que tú te sientes y yo voy a buscar algo que tomar.

Melanie sonrió.

—Al menos, déjame acompañarte a la cocina e indicarte donde están las cosas.

Maldonado le sonrió, asintiendo.

—Como si fuese muy difícil adivinar que las bebidas están en la nevera.

Entraron en la cocina, Melanie lanzó una mirada de revisión, había dejado los trastos del desayuno sin lavar, pero de resto la cocina estaba bien.

—Quisiera beber algo más fuerte que jugo, pero estoy tomando

analgésicos.

—Qué lástima —Comentó Maldonado abriendo la nevera, sacó el jugo y tomó de la despensa dos vasos que llenó hasta arriba.

Bebieron en silencio, Maldonado se pasó los dedos varias veces por el cabello negro, haciendo que el efecto del gel desapareciera casi del todo, Melanie se sonrojó cuando pensó que se veía mucho más atractivo así. Natural.

—¿Qué? —Preguntó él mirándola.

—Nada.

José la miró incrédulo, pero no dijo más al respecto.

—Déjame ver lo que te hizo.

—Estoy bien —Dijo subiéndose el cuello de la camisa.

—Melanie…

Ella se apartó la camisa del cuello, José se paró enfrente y revisó el daño.

—Puede que se vean peor de lo que en realidad son.

—Ese bastardo va a pagar por esto. Y no estoy pidiendo tu permiso.

—José, no quiero que te metas en problemas, además los guardias que entraron a ayudarme le dieron una paliza que cerraron con una descarga eléctrica.

—Una descarga que lo dejó inconsciente, el castigo debe sentirse y padecerse.

—Eso te hace sonar como un salvaje —Dijo ella apartándose de José y saliendo de la cocina.

Cuando José salió, fue directamente a su chaqueta.

—Deberías acostarte temprano. Nos vemos el lunes.

—¿Te vas a ir? —Preguntó sin pensar en cómo sonaba lo que decía.

—¿Quieres que me quede?

Melanie se cruzó de brazos, no entendía por qué no quería que Maldonado se fuera, ya estaba más calmada, aunque se siguiera estremeciendo por dentro cada vez que recordaba la sensación del acero sobre la piel de su garganta.

—Por favor, quédate un rato más —Melanie se sentó en el sofá —. No sé qué pasa.

José se sentó a su lado.

—Me quedaré tanto tiempo como quieras.

—Gracias —Dijo sonriéndole. José se encogió de hombros y comenzó a mirar hacia los lados, observando la casa.

—Vives bien.

—Fue una herencia de mi tía, ni soñando mi sueldo alcanzaría

para pagar una casa así.

—Y menos un sueldo en una prisión.

—¿Vas a seguir con lo mismo, José?

—Bien. No sigo.

—Háblame de tu trabajo, yo te veo apenas cuatro veces al día pasar por mi ventana, ¿qué haces mientras no estás allí?

José se recostó en el mueble.

—Normalmente no estoy en contacto directo con los presos, mi trabajo es de vigilancia, pero por mi entrenamiento siempre me están llamando, sobre todo cuando se pelean entre ellos, o cuando hay que llevar a alguno al ambulatorio, van al menos con dos escoltas, esos tipos están tan mal que tienen ataques de adrenalina y pueden atacar hasta a cinco guardias. En la única área en la que no estoy es en la de visita. Ahí tienen a casi todas las guardias mujeres, como ya sabes, pero también a los guardias más grandes y musculosos, todo es un trabajo psicológico.

—Supongo… Pero ¿cómo fuiste a parar allí?

—No fui un genio en la escuela, no pude ir a una Universidad y la verdad es que si hubiese ido, no habría hecho nada, no soy bueno con los números y la lectura se me da poco. Así que, terminé como muchos, unos meses de entrenamiento en la escuela de seguridad y salí a buscar trabajo, el que mejor pagaba era la prisión y por eso me quedé. Soy bastante básico.

—¿No te gusta ni siquiera el deporte?

—El fútbol. Amo el futbol, traté de obtener una beca, pero no lo logré, así que lo dejé pasar.

—¿Juegas?

—Sí, cuando estoy libre voy al parque y juego un rato, mejor eso que el entrenamiento que se supone que debo hacer para mantenerme en forma por mi trabajo.

Dios bendiga al fútbol, pensó Melanie para sí.

—Eso es genial.

—Sí.

Se quedaron en silencio un rato. Sólo así, uno al lado del otro. Encendió la tele y lo dejó en un canal de películas. Pasado un tiempo ella bostezó.

—Dios, son casi las nueve de la noche —Comentó José consultando su reloj.

—Soy la peor anfitriona del mundo, no te ofrecí nada para comer.

José rió.

—Está bien, me lo debes. Creo que deberías acostarte ya.

Melanie se puso de pie y miró a su alrededor, ¿se atrevería a pedirle a José que se quedara?, no quería estar sola, pero tampoco quería que su petición sonase como algo más, porque no lo era, ¿verdad?

—¿Estarás bien?

—Sí, supongo que sí —Dijo acompañándolo hasta la puerta. Él se puso la chaqueta de nuevo.

—Descansa, Melanie.

—Si quieres puedes llevarte el auto y lo voy a buscar mañana en la mañana.

—No te preocupes por eso. Caminaré —Dijo ya en el porche—. ¿Estás segura que estarás bien? —Le preguntó y su mente le rogó, a gritos, que le pidiera que se quedara.

—Seguro.

José la miró unos segundos, parecía querer asegurarse de que ella le estaba diciendo la verdad.

—Bien —Dijo, se inclinó y depositó un beso suave en su mejilla, Melanie cerró los ojos y sin meditarlo pasó los brazos por el cuello de José.

—Gracias, José. Gracias —Le dijo abrazándolo fuerte.

—No tienes que agradecerme nada, Melanie.

Poco a poco, se fue soltando del abrazo. José le sonrió.

—Descansa —Le dijo acariciándole la mejilla juguetonamente. Se dio media vuelta y siguió el camino hacia su casa, Melanie se quedó allí viéndolo hasta que cruzó en una esquina y se dio cuenta que José comenzaba a representar protección, apenas se concibió sola, pasó cerrojo a la puerta y cerró todas las ventanas. Subió a su habitación, tomó una ducha rápida y se metió a la cama, esperando poder descansar tanto como lo necesitara.

Capítulo

9

El lunes Melanie llegó a la prisión poco después de su hora de entrada y pidió al guardia de la entrada que llamase a Maldonado, para que estuviese en el estacionamiento del edificio administrativo. Se sorprendió de lo pronto que llegó José, con la respiración acelerada.

—¿Qué pasó?

—Nada —Dijo Ella—. Es sólo que necesito un poco de ayuda aquí —Abrió la maleta del auto.

—¿Qué está mal contigo? —Preguntó José mirando la caja de la nevera para oficina, que Melanie había comprado el fin de semana.

—Sabía que te gustaría la idea. ¿Cómo crees que podemos subirla?

José se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—¿Quién te dice que pienso ayudarte con esto?

Melanie medio sonrió.

—Sabes que quieres ayudarme, ya sea porque te caigo bien o porque el morbo te empuja a observar a donde voy a parar con mi actitud.

Se permitieron un pequeño y caldeado juego de miradas. Entonces José se dio media vuelta y habló por su radio inalámbrica pidiendo una carretilla del depósito.

—Cierra el auto —Ordenó Maldonado después de sacar la nevera de la maleta—. Vamos, ya vienen a buscarla.

Melanie siguió a José hasta que comenzaron a subir las escaleras.

—¿Estás molesto conmigo, José? —Preguntó adelantándolo un par de escalones. Para detener la marcha.

José se detuvo un segundo, pero luego la esquivó.

—No. En realidad estaba pensando que si te empujo por las escaleras, tal vez quieras darme una habitación en tu casa, ya sabes, porque estás un poco loca —Dijo y siguió subiendo.

Melanie tuvo un pequeño ataque de risa, lo que hizo que José le

sacara una ventaja subiendo. Cuando ella llegó al piso, ya Maldonado estaba en su silla al final del pasillo.

—Vamos, José —Dijo llegando hasta él—. Lo que hago no es una locura, es tener un poco de compasión por gente que lo pasa realmente mal aquí.

José se puso de pie haciendo que ambos estuviesen extremadamente cerca, tanto que ella tuvo que echar el cuello hacia atrás para poder verle la cara a un José ligeramente frustrado. Ambos tenían las manos en la cintura.

—Es como si no comprendieras que son gente dañada, Melanie. Que tuvieron que ser sacados de la sociedad porque no supieron convivir en ella.

—Lo comprendo, José. Pero también comprendo que el hecho de estar encerrados ya es un castigo, ¿de eso se trata, no? De encerrarlos porque cometieron crímenes, eso está bien, soy consciente de ello, pero para mí, eso no implica que los tengamos que tratar como animales, ese es mi punto.

—Entiendo tu punto, pero no lo comparto. Hace dos días uno de esos tipos, de los que piensas que no debe ser tratado como un animal, intentó matarte. ¿Y si pasa de nuevo?

—No voy a tratar más a ese señor.

—El colmo sería que lo hicieras, pero si no es él, puede ser otro, ¿qué tal que ese otro te ataque de forma que no te dé tiempo de gritar? Es que… O eres estúpidamente valiente o simplemente tu mente no se adapta a la realidad, por Dios, Melanie, los atiendes a puerta cerrada.

Melanie se cruzó de brazos.

—En mi profesión manejamos algo que se llama ética, donde figura la confidencialidad de nuestros pacientes, no voy a hablar de cosas perturbadoras o traumas de los reclusos a puertas abiertas, José.

Él relajó los hombros, bajando la guardia e incluso usando sus manos de manera suave, reflejando su disposición a negociar.

—Al menos deja que entre un guardia, déjalo en la esquina más lejana de tu oficina, que escuche música para no oír tu conversación, pero acepta la protección.

—Estaré bien, José. Un incidente no puede determinar el comportamiento de los demás, tengo pacientes muy colaboradores y tranquilos, no puedo de repente ponerle un tipo armado listo para atacarlos sólo porque hagan un movimiento, me parece suficiente que dos guardias estén en la puerta y mis pacientes esposados.

José lanzó una maldición entre dientes.

—Si no lo recuerdas fue con unas esposas que intentaron ahorcarte —Dijo y la dejó allí, perdiéndose de nuevo por las escaleras.

Su primer paciente del día era uno de los hermanos narcotraficantes, que al parecer estaba de humor, sin embargo sólo le habló de su obsesión por los autos.

Pero a media mañana fue el turno de Richards, llevaba el cabello mucho más corto, así que suponía que el fin de semana les había tocado barbería, no quería imaginar cuanta seguridad impartían en un lugar lleno de armas potenciales.

—Buen día, doctora.

—Buen día, señor Richards —Esta vez, sin esperar indicación, se sentó en su lugar, mientras ella tomaba su block de notas e iba al sillón frente a Richards—. Bueno, hemos llegado a conversar sobre la razón de que esté aquí, podríamos ir ahora por el camino que lo llevó aquí.

—¿Qué quiere decir eso, exactamente?

Ella no estaba muy segura de qué hacer, el caso de Richards era delicado. Pero tenía una amiga que era abogado, tal vez ella podría ser de ayuda para encaminar una apelación, sin embargo, no quiso expresarle su idea a Richards, tal vez causaría en él expectativas que nunca podría alcanzar.

—¿Quisiera hablarme de usted, señor Richards? Su infancia, su familia…

—No tengo familia, no ahora. Pero la tuve, hace mucho…

—¿Le molestaría hablarme de ellos?

—Mi mamá se llamaba Jenny y mi papá William. Decían que me parecía a él, yo no lo creo, siempre me consideré introvertido, más que simplemente tímido, y él era… Él hacía amigos a su paso. Mi mamá estaba dedicada al hogar, realmente lo estaba, la casa siempre la recuerdo tan limpia, incluso cuando fuimos dos niños, tenía una hermana cuatro años menor que yo.

> > Creo que mi vida comenzó realmente allí, además ya tenía cuatro años, así que puedo adjudicar a ello que mis recuerdos comiencen con la llegada de mi hermana: Clare.

—¿Dónde están ellos, ahora?

—Supe que mi papá murió hace once años, mi mamá murió hace cinco años, y mi hermana murió cuando yo tenía diez años.

Melanie no ocultó su sorpresa.

—¿De qué murió?

—Fue un accidente —La voz de Richards se volvió un susurró—. Habíamos estado un rato jugando con nuestras bicicletas. Vivíamos

en un vecindario muy tradicional, con horarios, donde todos conocían a todos. Era una zona llena de colinas muy empinadas. El área de juego era una especie de plano en la colina más alta. Todas las tardes los niños íbamos allí a jugar, hasta la hora de la cena.

Melanie estaba absorta en el nuevo relato, podía imaginar claramente lo que decía Richards.

—Clare estaba aprendiendo a manejar bicicleta, sin las ruedas protectoras. Le dije que llevaría tiempo, pero ella era impetuosa… Y era muy inteligente, realmente inteligente, esa tarde había logrado dar tres vueltas perfectas sin las ruedas protectoras, lo que estaba bien, porque era la segunda vez que lo intentaba, pero ella quería más… —La voz de Richards se quebró y Melanie de inmediato lo tomó de las manos.

—Está bien, señor Richards, si es muy doloroso puedo esperar a que esté listo.

Cuando William la miró sus hermosos ojos azules se veían un poco más claros por las lágrimas que pugnaban por salir, pero tomó una bocanada de aire y negó.

—Estoy listo, doctora —Melanie le dio un último apretón de manos antes de soltarlo.

—Lo escucho.

—Ya era hora de irnos, y ella me dijo: Apuesto a que puedo ganarte el camino hasta casa. Le dije algo como que las bicicletas era muy pesadas para bajar corriendo, pero ella me miró con esa expresión de “eres tan tonto” y dijo: en las bicicletas. Ella quería bajar la colina en bicicleta, tenía sólo seis años y dos minutos de haber dado sus primeras vueltas. Me negué, era una locura, ella insistía, estamos en la cima de la colina. No, Clare, es muy peligroso, le dije. Me dijo que era un gallina —Soltó un amago de sonrisa—. Discutimos por poco menos de cinco minutos, entonces ella me empujó de una patada, montó la bicicleta y bajó, en ese mismo instante mi corazón se detuvo, quedé paralizado, en el mismo segundo que pedaleó perdió el control, gritó de forma aterradora, vi como salía despedida del asiento cuando la rueda trasera se elevó en el aire, dio de lleno con el asfalto, pienso que murió en ese instante, el crac de cuello al partirse aún retumba en mis oídos, rodó lo poco que quedaba de colina y entonces la arrolló un auto.

—Por Dios —Exclamó Melanie, y cuando Richards escondió el rostro entre las manos, ella se fue sobre él dándole más que unas palmaditas de consuelo, pero menos que un abrazo.

Capítulo

10

Melanie comenzó a tener problemas para dormir, estaba afectada por el caso de William, no llegaba a imaginar la magnitud del trauma que habría ocasionado el accidente de su hermana, Clare. ¿Cómo lo habían tratado? ¿Qué medidas habían tomado los padres para la recuperación? Sólo tenía diez años. Pobre hombre, despertaba compasión en ella, ni siquiera pudo seguir con la sesión de terapia después de que Richards terminó su relato, simplemente se quedó allí, con él, acompañándolo, de vez en cuando le daba unas palmaditas en el hombro, él se lo agradecía mirándola y asintiendo, pero no hablaron. Cuando llegó la hora de terminar, él se puso de pie, llegó hasta la puerta, se giró y le dio las gracias. Fue su tono de voz lo que hizo que a Melanie se le erizaran los vellos, un suave susurro, similar a una caricia. Fue por eso que ese miércoles, no se atrevió a recibirlo, había creído que era lo mejor que podía hacer después de la sesión tan difícil y delicada del pasado lunes, pero su ansiedad la sobre pasaba.

Por si fuese poco, seguía molesta con Maldonado, y era evidente que él también lo estaba con ella, habían intercambiado saludos diplomáticos los últimos dos días. Y eso, parecía ser la causa de su mal humor.

—Buenas tardes, doctora —Cruz se quedó en la entrada de la oficina, esperando que ella le diese el permiso a pasar.

—Buenas tardes, señor Cruz. Pase, por favor.

Melanie volvió a su posición de profesional, aunque estaba dudando completamente de sus capacidades tras los acontecimientos de los últimos días.

—¿Está bien, doctora?

—Sí. ¿Y usted?

—Bien.

—Me alegra saberlo, señor Cruz —Melanie revisó sus notas—. La última vez que estuvimos aquí, me habló de la primera vez que su padre lo golpeó.

—Sí. En ese punto exactamente.

—¿Era regular? ¿Tenía un patrón?

—El viernes era su día favorito para hacerlo. Pero progresivamente también lo eran los miércoles, o los domingos en la noche, al final cualquier momento era bueno.

—¿En su escuela no notaban nada extraño?

—No lo sé. Supongo que sí, lo sabían, si encontráramos las fotos del anuario en ninguna estaba ileso, siempre con algún moretón o el labio partido.

—¿Ningún profesor dijo nada?

—No. Porque siempre estaba peleando.

—¿Perdón?

—Todo el tiempo estaba peleando, en los pasillos, en los baños o en los recesos. Recuerde que tenía un hermano que pensaba que era menos que mierda… Perdón, no quise ser grosero —Se disculpó sonriendo el señor Cruz.

—¿Su hermano lo acosaba en el colegio?

—Todo el tiempo. Él y todos. Era escoria. Quizá viví en un pueblo muy conservador, donde un hijo adoptado era menos que nada.

—Señor Cruz, lo lamento tanto.

—Gracias —Dijo—. Bueno, supongo que va descubriendo poco a poco lo que me trajo hasta aquí.

—Me está ayudando mucho y se lo agradezco.

—Un placer ayudarla, doctora.

Se mantuvieron en silencio. Melanie tomó aire e hizo la pregunta.

—¿Cuándo fue que su hermano pasó del acoso al abuso?

Cruz la miró fijamente un rato.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Me está preguntando por qué no quiero hablar de lo peor que me pudo pasar? ¿De que un maldito bastardo decidió que quería jugar con mi culo?

—Señor Cruz, haber sido víctima de una violación no lo hace menos hombre o menos persona. Usted tiene un trauma y si hablamos de eso podríamos encontrar una medida para aliviar…

—No voy a hablar de eso, doctora.

—Creo que es un episodio crucial en su vida.

Nada. El señor Cruz se había cerrado completamente.

—Bien, hoy no lograremos nada más, según parece. ¿Quiere algo de comer?

Cruz rió.

—Con todo respeto, doctora: usted es bastante extraña —Dijo aceptando una ensalada de frutas que Melanie sacó de su refrigerador de oficina.

—Puede que tenga razón.

Cruz sonrió de nuevo degustando las frutas, de pronto la miró nuevamente.

—¿Qué le pasó en el cuello?

Melanie se sobresaltó, tapándose nuevamente, la bufanda que había usado para disimular los hematomas alrededor de su cuello se había resbalado por el hombro. Trató de cubrirse rápidamente.

—Un accidente —Dijo por lo bajo.

—¿Un acci… ¡El 6512! —Exclamó Cruz—. Fue a usted a quien atacó el 6512, está a tres celdas de la mía. Estuvo castigado todo el fin de semana —Dijo. A Melanie se le revolvió el estómago—. Él la atacó el viernes pasado. Maldito infeliz.

—No quiero que se sepa que fue a mí a quien atacó, por favor, señor Cruz.

—¿No se lo ha dicho a ningún otro recluso?

Melanie lo miró ceñuda y negó.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque el "niño bonito", no sé cómo se llama, pero usted lo atiende, le dio una tunda al 6512 después de que salió de su consulta.

—¿Niño bonito? —Preguntó Melanie—. ¿William… Se refiere a William Richards? —Preguntó a una octava por encima de su tono normal. Cruz se encogió de hombros y Melanie tuvo que hacer un esfuerzo por recordar el número de William—. El 2126.

—Debe ser ese, yo vi que lo traían de su consulta el lunes y apenas lo soltaron se fue a la celda del 6512 y le dio duro, doctora. Sin decirle nada, se le fue como un tractor, cuando los guardias los separaron "niño bonito" le gritó algo como "no la vuelvas a tocar o juro por Dios que te mato", lo insultó después de eso, pero por respeto a usted no diré un solo insulto.

—¿Está seguro, señor Cruz?

—Lo puedo jurar. El 6512 está en el ambulatorio, ya le habían dado en la celda de castigo, donde está "niño bonito" ahora.

Melanie no pudo decir nada, se quedó allí viendo las notas de Cruz, pero su mente se había ido a una celda de castigo, que no había conocido, pero se la imaginaba oscura, un cuarto sin ventanas muy pequeño, donde dos o más guardias estarían dándole una golpiza a su paciente, el cual estaba allí por haber tomado venganza

por su propia mano.

En ese momento llamaron a la puerta, se despidió del señor Cruz y de inmediato ordenó a los guardias que no trajeran a más reclusos.

—¿Dónde está, Maldonado? —Preguntó a uno de los vigilantes.

—¿Has visto a José? —Preguntó a su compañero, que negó. Al que Melanie le había preguntado se llevó el radio a los labios—. Desde el 5 a Maldonado.

—*Aquí Maldonado* —Se oyó la voz de José, bajo la estática del radio comunicador.

—¿Cuál es tu ubicación?

—*Este 3*.

—Te busca la doctora.

—Puedo ubicarlo, dígale que no se mueva de donde está —Dijo Melanie y se fue a las escaleras, los dos pisos los bajó casi saltando de a dos escalones, empujó la puerta con todas sus fuerzas y vio a Maldonado ir a zancadas hasta ella.

—¿Estás bien? ¿Ocurrió algo? —Le empezó a preguntar mirándola de arriba abajo buscando algo anormal.

—No…—Dijo con flato—. Sólo necesito… Necesito ir a la celda de castigos.

Capítulo

11

—¿Para qué quieres ir allí? —Preguntó Maldonado viéndola con el ceño fruncido.

—Tengo un paciente allí.

—¿Y? —Preguntó otra vez.

—Teníamos consulta hoy y…

—Detente, Melanie. El tipo está en la celda de castigos, te aseguro que no por buen comportamiento.

Melanie resopló.

—Lo sé, pero necesito tener mi consulta con él hoy. Hemos hecho muchos progresos.

—Es la hora de almuerzo, probablemente haya poca seguridad.

—Mejor, así podemos llegar a mi paciente más rápido.

—Melanie, ¿te estás escuchando?

—Claro. Tengo un paciente y estoy agotando todos los recursos para tener mi consulta con él.

Maldonado se puso las manos en la cintura y miró el piso por medio minuto.

—¿Qué puede ser tan urgente que no puede esperar hasta la próxima semana?

Melanie esquivó la mirada penetrante y escrutadora de José, tratando de buscar una explicación convincente y no que se moría de ganas de saber si era cierto que William había golpeado a su atacante.

—Es Richards. El 2126. Necesito ver a Richards porque está en esa celda de castigo por mi causa —Dijo finalmente, sin poder encontrar algo lógico que inventar.

—¿Qué?

—Se peleó con el recluso que me atacó y lo llevaron a la celda de castigos, es por eso que *necesito* verlo.

—Mierda, sólo mierda, Melanie —Dijo Maldonado y la guió por las escaleras.

Melanie supuso que la celda de castigo quedaba un piso por arriba del infierno porque bajó muchos pisos, junto a Maldonado,

que iba resoplando y lanzándole miradas repentinas. José habló con el vigilante de las celdas de castigo y éste le dio paso sin preguntar mucho.

Las celdas eran exactamente como Melanie las imaginó, pequeños cuartos con una puerta, dentro no era más que un espacio de metro y medio por metro y medio, había varias celdas con las puertas cerradas. Maldonado puso la mano en la manija de la puerta con el número 9, pero antes de darle paso se le plantó al frente.

—Tienes 10 minutos, si el tipo se quiere pasar de listo le voy a dar electroshock hasta en la puta madre que lo parió, creas que es salvaje o no.

Melanie asintió. Maldonado abrió la puerta y la dejó entrar a la boca del lobo, no se veía nada, de pronto, se hizo la luz. Maldonado seguramente había encendido algún interruptor desde afuera.

—¿Señor Richards? —Murmuró. Su paciente era un bulto naranja acurrucado en una esquina de la celda. Melanie se agachó al lado de él—. ¿Señor Richards, cómo se encuentra?

—¿Doctora? —Preguntó William con voz ronca, desenroscándose con lentitud.

—¡Dios mío! —Exclamó Melanie cuando Richards se dio la vuelta del todo, tenía un lado de la cara completamente deforme y negro.

—No me dieron oportunidad de cubrirme este lado de la cara.

Melanie sintió a la vez náuseas y ganas de llorar.

—Lo siento mucho, señor Richards.

—Está bien. Pasará.

—No, no está bien, en absoluto.

—Se trata de disciplina, doctora. No me comporté e intentan corregirme.

—¿Por qué golpeó al otro recluso? —Preguntó.

—Rumores. El viernes sólo eran rumores. Alguien atacó a la psicóloga, dijeron. Sentí que me moría todo el fin de semana, sin saber nada más y el lunes la vi. Tenía marcas alrededor de su cuello. Suficiente para que el rumor fuese cierto. Lo siento, no pude controlarme.

—Pero… —Comenzó a decir mientras las lágrimas abandonaban sus ojos sin razón aparente— Dios —Sollozó.

—No llore, doctora. Lo siento, no quise…

—Gracias, señor Richards. Gracias por… defenderme —Tras todo aquel maltrato al que había sido sometido, William dejó ver una sonrisa hermosa—. No vuelva a hacerlo, por favor. Esperemos

que no sufra algún otro ataque, pero si llegase a ocurrir, no vuelva a hacer esto, por favor —Richards asintió. Se miraron unos momentos, ella seguía llorando y él parecía consumirse de dolor, cuando William movió las manos esposadas en dirección al rostro de Melanie ella giró la cabeza directamente hacia la puerta, donde la luz se filtraba mínimamente. Maldonado no había cerrado del todo.

—¿No estamos solos? —Susurró William casi sin mover los labios. Ella negó y sin pensarlo mucho tomó las manos de su paciente entre las suyas.

—Lo espero el lunes en la consulta.

—Ahí estaré.

—Voy a hacer que salga de aquí hoy mismo, señor Richards.

—Gracias —Le dijo y le dio un apretón de manos enviando corrientes eléctricas por el brazo hasta el centro mismo de su corazón.

Melanie se puso de pie, secó las lágrimas que le hacían cosquillas en las mejillas y se dirigió hasta la puerta.

—Dime que no creíste ni una maldita palabra de la que te dijo ese tipo —Maldonado cerró la puerta de la celda con un golpe seco.

—Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas, y sin duda acabas de hacerme violar el juramento de confidencialidad con mis pacientes.

—Melanie estoy hablando en serio.

—Lo sé —Dijo cruzándose de brazos—. Acabo de mostrar un poco de humanidad por un hombre que salió a defenderme cuando me atacaron.

—¡Tú no me dejaste ponerle una mano encima a ese cabrón, pero este tipo casi lo mata a golpes y sales corriendo a darle consuelo!

—José… —Comenzó a decir Melanie.

—¿Te vas a tu casa? Me dijo Josh que no vas a recibir más pacientes.

—Quería ver con quien tenía que hablar para sacar a Richards de aquí —Melanie no se sorprendió cuando José puso los ojos en blanco.

—No te molestes, saldrá después del almuerzo.

—¿En serio? —Él asintió—. Bueno, entonces sí, me iré a casa, estoy agotada emocionalmente.

—¿Quieres compañía?

—¿Te escapas del trabajo?

—No —Contestó Maldonado—. Es mi mamá, llamó para decirme

que se siente un poco mal y se le acabaron sus pastillas de la tensión, tenía que llevárselas ayer pero como tenía guardia… —José sonrió—. Invito el almuerzo.

—Vamos —Aceptó Melanie que no se molestó en absoluto cuando Maldonado puso una mano en la parte baja de su espalda de camino al edificio administrativo.

Cuando Melanie entró en la casa de José, tuvo que sonreír, la decoración era muy femenina, se notaba que su madre lo había hecho todo. Muchos encajes y colores pasteles por todas partes.

—Voy a subirle el medicamento y regreso.

—Está bien.

—Siéntate, estás en tu casa.

Melanie se sentó en el sofá frente al televisor pero no lo encendió, sólo dejó caer la cara entre las manos, estaba exhausta, confundida, sensible y todavía asustada por el ataque del pasado viernes. Realmente comprendía lo que le habían dicho de los colegas anteriores que habían trabajado en la prisión, unas pocas semanas y ya sentía que llevaba una vida entera allí. Pero no iba a renunciar, no era de las que se daba por vencida al primer obstáculo, un rasgo característico de ella era su pasión por los retos. Y San Severo de Rávena era el mayor de todos.

Además, los casos que tenía eran muy interesantes para estudiar y ayudar de alguna manera, por mínima que fuera, a esos hombres que estaban condenados la hacía sentir que todo valía la pena. No se veía abandonando a Cruz después de tantos progresos o a Richards…

—Dios mío —Murmuró apretándose las sienes. William Richards, no podía sacarlo de su mente desde… Bueno, desde el primer momento que entró en su oficina, pero después de haberlo dejado en la celda de castigos las cosas cobraban un cariz distinto, aunado el hecho de que él era inocente, le hacía difícil a Melanie verlo como un recluso más.

Sus pensamientos fueron cortados abruptamente cuando unas manos fuertes pero cariñosas se posaron en sus hombros y masajearon.

—Estás un nivel más allá de la tensión extrema —Dijo Maldonado a su espalda, ella soltó una risa baja fruto de la relajación que le estaba produciendo el inocente masaje de José—. El almuerzo está listo.

—¿Tan rápido?

—¿Rápido? Me llevó dos horas hacerlo.

—¿Y qué hice en dos horas?

—Creo que dormiste, no quise molestarte —Melanie miró el reloj.

—Diablos, ni me di cuenta.

—Vamos —Dijo José tomándola de la mano y llevándola a la cocina, de nuevo él llevaba el cabello al natural y algunos mechones le caían sobre los ojos. Ella apartó la mirada en cuanto llegaron a la mesa de la cocina, donde ya estaba servido el almuerzo.

—¿Jugo o cerveza? No soy tan elegante para ofrecerte vino.

—No tengo opción: Jugo.

José le sirvió un vaso de vidrio lleno de jugo de naranja. Melanie se sacó una pastilla de analgésico del bolsillo, tenía que tomarla hasta que desapareciera el dolor del cuello. La mirada de José se posó en ella.

—¿Te duele aún?

—No mucho —Mintió. José negó con una sonrisa fría en el rostro.

—Eres extraña, Melanie Rice. Muy extraña.

—¿Gracias? —Dijo en forma de pregunta.

El almuerzo estaba delicioso, pasta en salsa con albóndigas y de postre: tarta de manzanas. Cuando hubieron terminado, Melanie se ofreció a lavar los platos siempre y cuando José los secara.

—Eres una máquina lavando platos —Le dijo José a su lado cuando se le acumuló una pila.

—Y tú, haciendo honor al género masculino, no eres muy diestro secando, lo que dice mucho de cómo lavas —Escuchó la risa de José y sonrió también—. Creo que vienen con ese defecto de fábrica, no he visto el primer hombre que sepa fregar como Dios manda.

—Eso es un comentario muy feminista.

Melanie sonrió mientras lavaba un vaso.

—Yo diría que realista.

—¿Qué pasaría si te demuestro que sé lavar platos?

—Hasta no ver no creer… —Comenzó a decir Melanie apartándose del lavavajillas, pero Maldonado la atrapó situándose tras ella, dejándola casi inmovilizada, José bajó las manos hasta sus muñecas con la derecha atrapó la esponja y con la otra el plato donde minutos antes estaba la torta. Melanie sintió su corazón acelerado cuando José empapó la esponja de jabón y apretó haciendo que un chorro de espuma se deslizara entre sus dedos.

—El truco está en ver más allá —Le susurró mientras hacía espuma sobre la loza—. En ir a cada rincón y a cada lado —Continuó diciendo en su oído dándole la vuelta al plato, que rebosaba de jabón—. Y repasar —José volvió a dejar la porcelana

bajo el agua fría, haciéndola inclinar más sobre el lavadero—. ¿Ves? —Le preguntó—. Como nuevo —Terminó de decir, mientras la hacía girar para quedar frente a él, pero aún atrapada, puso el plato en la pila por secar, agarró el paño y le secó la manos, luego las de él—. Hola, Melanie.

—…Hola —Respondió con las últimas fuerzas de sus moribundas neuronas, pues cuando la intensa mirada de Maldonado la atrapó supo que cometería una estupidez de proporciones inmedibles.

Las manos de Maldonado se posaron sobre su bufanda, desenredó el nudo de su pecho y dejó caer el tejido sobre la mesa.

—Me preguntaba si la técnica de mi mamá funcionaría contigo.

—¿Qué? —Preguntó ella sin parpadear, por alguna razón la boca se le había hecho agua cuando José le sonrió.

—Ya sabes, cuando era pequeño y me caía o me golpeaba con algo ella me daba un beso y decía que se curaría.

—Ah —Exclamó sin saber qué decir, entonces una de las manos de José se fue a su barbilla, le ladeó el rostro y bajó la cabeza hasta la depresión entre su cuello y hombro… Los labios de José fueron gentiles y generaron pequeñas, pero contundentes descargas eléctricas que se esparcieron por toda su piel—. José… —Dijo expulsando todo el aire de sus pulmones, de golpe la otra mano de José se posó sobre la parte baja de la espalda de Melanie y la pegó a su cuerpo, ella se exaltó al sentir bajo el pantalón del uniforme de él, el bulto caliente que estaba creciendo, la lengua de Maldonado hizo una aparición magistral, Melanie sabía que él estaba trazando el patrón de las marcas amoratadas que estaban alrededor de su cuello.

—Traté, pero no pude aguantarme —Escuchó, y luego los besos fueron subiendo por la línea de su cuello hasta su barbilla—. Me gustas, Melanie… mucho. Bastante.

Melanie sonrió con nerviosismo cuando José se acercó más a ella, si es que era posible estar más cerca. Él le miró los labios con hambre y la buena samaritana que había en ella no estaba dispuesta a dejar sin comer al hambriento.

El primer contacto fue un leve tanteo, José estaba pidiendo permiso y eso le encantó, porque era contradictorio ya que mientras estaba preguntando para besarla, con las manos la estaba tocando por *todas* partes… Y hacía tanto que no la tocaban *así*. Entonces, se dio cuenta que ella también podía, pero sobre todo, también *quería* tocar… Esos fuertes brazos eran acero puro y hierro al rojo vivo bajo sus manos. Que ella tocara a José fue suficiente para él, pues el

beso de tanteo se había esfumado y ahora era la lengua impetuosa la que se abría paso entre labios y dientes. Melanie sintió que le poseían la boca. José la estaba poseyendo ahora, ahí, en medio de la cocina con sólo su lengua.

Se puso en puntillas y se dejó apretar más contra José, la erección, el doble de crecida que hacía segundos, le hacía temblar las piernas con la fricción. Pero cuando una de las manos de José buscó la suya para atraparla, sólo pudo pensar en las manos de su paciente agradeciéndole con un apretón.

¡Qué forma de matar la pasión del momento! Melanie se separó tan abruptamente como pudo.

—No me sigas, José —Dijo saliendo al trote de la cocina, agarró su cartera y se metió en el auto casi por la ventana, mientras que José aparecía en el porche con una expresión de desasosiego que la hizo querer darse de topes con el volante.

Esa noche no pudo pegar un ojo, pues en sus labios seguía sintiendo el beso de Maldonado y en las manos el apretón suave de Richards.

Capítulo

12

Evadir a Maldonado fue fácil, sobre todo cuando se dio cuenta que él también la estaba evadiendo. Melanie no se dio cuenta de cuantos días habían pasado hasta que vio en su horario que volvía a ser lunes y su primer paciente era: William Richards.

Richards entró a la oficina con paso lento y arrastrando los pies. Melanie cerró la puerta en la cara del escolta y se fue directamente hacia William para ayudarlo.

—¿Cómo se siente?

—Bastante dolorido.

—Supongo —Dijo ella mirando el lado de la cara de William que ya no estaba deforme, pero sí seguía hinchado y conservaba el color negruzco de los moretones—. Siéntese, por favor.

Fueron al sofá y se sentaron uno frente al otro.

—No sé si estoy lista para seguir con nuestra sesión hoy.

—¿Por qué?

—Es humanamente imposible no pensar que está en ese estado por mi causa.

William sonrió e hizo una mueca de dolor.

—Tenga —Le dijo ella, dándole un blíster de analgésicos que tenía en el bolsillo. Fue a la nevera y sirvió un vaso con agua que hizo llegar a su paciente.

—Gracias, doctora.

—Melanie —Corrigió sin pensar—. Mi nombre es Melanie.

—Gracias, Melanie —Dijo el paciente.

—Fueron brutales con usted.

—Sí. Lo sé —Afirmó y Melanie sintió que se le comprimía un poco el corazón—. ¿Sabe? Me parece algo injusto llamarla Melanie y que usted me siga diciendo, señor Richards.

Melanie sonrió.

—Está bien, William.

—Es agradable ser llamado por mi nombre y no por un número.

—Esto es el infierno, ¿no?

—La mayoría del tiempo lo es.

—Pero tú no lo mereces —Afirmó ella.

—No —Concedió él.

—Mejor no hablemos de esto, debe ser horrible…

—Sí, lo es. Pero supongo que ser inocente es lo que me hace creer que todavía hay esperanza y la justicia va a llegar, tarde o temprano.

Melanie apartó la mirada de William y se puso de pie, dándole la espalda. Quería gritar de impotencia por la injusticia. Sabía que iba a hacer la rutina de león enjaulado, pero no llegó lejos. William se paró tras ella.

—No te sientas mal por mí, Melanie —Ella se estremeció involuntariamente al oír su nombre nuevamente en los labios del recluso.

—¿Cómo puedes decir eso? He visto a personas que no tienen un ápice de arrepentimiento por lo que han hecho, saben que merecen estar aquí, pero tú…

—Yo soy un hombre que estuvo en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—No, William. Esto va más allá —Dijo, y sin ningún motivo caminó hasta el otro extremo de la oficina, de forma que ella y su paciente no podían ser vistos desde la ventana de la pared—. No puedo quedarme de brazos cruzados, no puedo —Negó con la cabeza. Entonces William fue hasta ella, la miró fijamente y lenta… muy lentamente subió las manos esposadas hasta la altura de su mejilla y la acarició muy suavemente.

—Gracias.

Melanie atrapó las muñecas de su paciente, hizo círculos con sus pulgares.

—No me lo agradezcas aún, William. No he hecho nada por ti todavía.

—Crees que no has hecho nada, pero te equivocas.

—¿Sí? —Preguntó ella confundida.

—Completamente.

—¿Qué he hecho por ti?

—Has logrado que no me sienta solo.

Las últimas palabras de William acompañaron a Melanie el resto del día y la noche. En la oscuridad de su habitación, esa noche, se preguntó si lo que estaba pasando en su interior era algún trastorno crónico dependiente, asociado de forma rara al síndrome de Estocolmo, o simplemente estaba perdiendo la cabeza de manera repentina.

Sea como fuere lo que estaba sintiendo estaba mal, muy mal.

Una cosa era querer ayudar a su paciente y otra muy distinta tomárselo como algo personal y de urgencia. De allí que le hubiese escrito un e-mail a su amiga, y abogada: Carlie DeVoux, que justo estaba en Francia con un caso tan grande y millonario que había salido en las noticias.

Suponía que su amiga tardaría en contestarle, pero lo haría, y Melanie tenía que formar un muy buen y convincente argumento para que Carlie accediera a estudiar el caso de William. Mientras tanto, ella misma haría sus propias averiguaciones. Y sacaría a William de la prisión, de eso estaba locamente segura.

—Lo siento —Melanie casi se desmayó del susto cuando abrió la puerta de su casa y tres rosas rojas obstaculizaron su visión, por puro instinto apartó las rosas y se encontró con el rostro de Maldonado.

—Hola, José —Saludó ella.

—Hola. Lo siento —Repitió—. Te traje rosas, creo que es lo apropiado.

Melanie aceptó lo que José le ofrecía, luego miró al jardín de enfrente donde en el rosal había un pequeño vacío de rosas.

—¿Robaste las rosas de la señora Madison?

José se sonrojó.

—Su perro estropeó las azucenas de mi mamá, me pareció justo… Fue improvisado.

—¿Improvisado?

—Sí, venía a disculparme y luego me pareció que me vería mal si sólo venía con una disculpa.

—Habría bastado —Melanie abrió la puerta y fue a la cocina, seguida de José, ella tomó un frasco de vidrio, lo llenó de agua y colocó las rosas sobre la mesa—. Gracias por las rosas —Dijo esto y abandonó la cocina recordando claramente lo que había ocurrido entre ellos la última vez que estuvieron en una cocina a solas—. ¿Te llevo?

—¿Estoy perdonado? —Preguntó José con una expresión inocente en el rostro que hizo sonreír a Melanie.

—Seguro —Dijo yendo a la puerta, cerró los seguros y fue al auto. José le abrió la puerta del conductor y la ayudó a entrar—. Gracias.

Cuando José entró al auto, Melanie arrancó. No dijeron nada hasta que ella volvió de su única parada en el abasto con dos bolsas plásticas a rebosar.

—¿Tu dieta? —Preguntó José.

—Sí.

—Melanie, vas a meterte en problemas.

—Claro que no, ya aprobaron el informe de mi nutricionista, donde explica que tengo una dieta especial.

—¿Vale la pena?

—Lo vale, José. Cuando alguno de mis pacientes saborea y disfruta cualquier cosa que comen en mi oficina, vale absolutamente la pena.

Maldonado negó con la cabeza.

—Ellos comen bien, mejor que lo que conseguían en las calles…

—Los vi comer algo parecido a engrudo.

—Y al día siguiente les tocó comer arroz con albóndigas. Bastante decente —Melanie lo miró por el rabillo del ojo—. Cuando le dan eso… a veces es para recordarles que no están en un resort.

—San Severo, jamás sería un resort.

—Jamás.

—Lo que falta es que me digas que los ponen a hacer trabajos forzados a punta de pan y agua.

—Lo de los trabajos, sólo a los que tienen mal comportamiento.

—¿Estas bromeando, cierto? —Maldonado negó—. ¿Y me vas a decir que también estás de acuerdo con eso?

—No importa si yo estoy o no de acuerdo, Melanie.

—A mí me importa —Soltó ella.

—¿En serio? —Preguntó él con esa mirada penetrante sobre ella, tuvo que concentrarse en el camino.

—Por supuesto. Somos compañeros de trabajo.

—¿Sólo eso?

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes. A lo que ocurrió en mi casa, por lo que llevamos días evitándonos y el motivo por el cual hoy fui a rogarte que me disculparas.

Melanie tuvo que reír.

—No me rogaste.

—¿Quieres que lo haga?

—No —Contestó sonriendo brevemente—. José, lo que ocurrió… —Se llamó a silencio para recapacitar, estaba segura que lo que dijera en ese momento iba a marcar el destino de su relación con José— No se puede repetir —Terminó diciendo y sintió que se desinflaba por dentro.

Maldonado miró fijamente el camino, y tras un par de minutos asintió.

—Está bien. Sólo compañeros de trabajo.

—Es lo mejor —Dijo tratando de convencerse a ella misma.

—Claro. Lamento haberme comportado de esa forma contigo.

—Estamos bien, José.

Se sintió mal cuando él la dejó en el estacionamiento excusándose con tener que ir a alguna parte con urgencia.

Cuando estuvo en su oficina frente a los historiales de sus pacientes del día una sonrisa le cruzó el rostro al notar que vería a William de nuevo.

—Esto no puede estar pasándome…

Capítulo

13

—Hola, Melanie —Saludó William en cuanto ella cerró la puerta, dándose cuenta que su corazón estaba tan acelerado como si hubiese competido en algún maratón.

—Ho-Hola —Dijo aclarándose la garganta.

—¿Cómo sigue tu cuello? —Melanie se pasó los dedos por sobre la camisa de cuello alto.

—Mejor. ¿Y tu cara? —Preguntó ella mirándolo, la piel golpeada estaba aclarando más y los alrededores ya estaban tornándose verduzcos.

—Mucho mejor y no me duele para nada, gracias por los analgésicos.

—¿Se te acabaron?

—Anoche —Contestó William.

Melanie volvió a meter la mano en su bolsillo. El blíster estaba a la mitad, así que fue hasta su bolso y sacó el resto de la caja.

—Ten, cubren hasta el fin de semana, si el lunes tienes dolor todavía puedo darte más.

William rió.

—Doctora, usted me desconcierta —Dijo mirándola divertido, aún con el ojo hinchado se veía perfecto cuando sonreía.

—¿Vuelve a tratarme de usted?

—Lo siento.

—Está bien.

—Pero es cierto que me desconciertas.

Apartó la mirada porque ese azul intenso se perfilaba como una red atractiva, que una vez que la tocase la enredaría en sus hilos y no la dejaría libre nunca más.

—Por favor, siéntate.

Ambos tomaron asiento uno frente al otro en los sofás dispuestos en la oficina, pero fue gracioso que ambos estaban sentados a la orilla de los asientos, como si no quisieran estar tan lejos, sus rodillas casi se tocaban. Se miraron y sonrieron.

—¿Quieres continuar desde nuestra penúltima sesión?

—¿Eso sería la celda de castigos? —Preguntó él.

—No. En absoluto. Esa sesión no la registré —Contestó dándose cuenta que ese momento había sido personal.

—Entonces, sería la muerte de mi hermana.

Ella asintió.

—Fue duro.

—Me lo puedo imaginar —Dijo—. ¿Cómo lo manejaron tus padres, William?

Él se quedó callado un largo rato.

—Bien. Quiero decir, hicieron todo muy meticulosamente. Estuvimos en terapia un tiempo y luego… El tiempo lo cura todo.

—¿Funcionó?

—A medias. En mi mente todo estuvo bien, pero me sentía solo y triste. Aún conservo sus fotos, bueno, no las tengo aquí pero mis cosas fueron llevadas a un depósito. Clare era todo para mí.

—¿Crees que tu comportamiento cambió a raíz de esto?

—Tal vez… Pero, como te dije, hicimos terapia y de alguna manera eso nos ayudó a seguir adelante, con dolor pero… moviéndonos hacia delante.

—Y honestamente, muy dentro de ti, ¿crees que superaste eso?

—La tristeza por la pérdida de Clare no me abandonará nunca, lo sé. Fue injusta en muchas formas, por la manera brutal, por el tiempo, por el motivo… Ella era sólo una niñita, fue injusto, pero como hemos podido comprobar: Muchas cosas en la vida son injustas.

Melanie apoyó su mano en el hombro de William, reprimiéndose mentalmente la necesidad de abrazarlo.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Creo que podríamos hablar de cosas más alegres y no terminar deprimidos tras cada sesión —Sugirió William.

—Las cosas tristes que vivimos nos hacen quienes somos hoy. Hacer como que si no ocurrieron no arreglará las cosas o harán que desaparezcan y creo que hablarlo alivia las penas y el corazón.

—Quiero mostrarte mi corazón limpio de malos recuerdos —Le dijo inclinándose hacia ella.

—No lo hagas, William, por favor.

—¿Por qué?

—Porque si me muestras tu corazón —Dijo rozando con la punta de los dedos la piel herida del rostro de su paciente—, tal vez quiera estar en él.

William la miró intensamente, haciéndola temblar por dentro.

—¿Y si te digo que ya estás en él y es por eso que quiero mostrártelo limpio?

Melanie dejó caer la mano sobre su regazo y entrecruzó los dedos.

—Ambos sabemos que estaría mal.

—¿Mal? Sí, estaría mal, pero…

—No —Lo interrumpió—. No podemos, William. En otro momento, en otras circunstancias…

—Pero estamos aquí, Melanie. Y eso no logró evitar que tengamos estos sentimientos. Lo veo en tus ojos. No me ves como un recluso, como un paciente… Me ves como un hombre y yo te veo como una hermosa y perfecta mujer.

Melanie se puso de pie y empezó a andar de un lado para otro.

—Tal vez debamos dejar de vernos. Voy a hacer un informe para darnos algún tiempo…

—No. Por favor, no hagas eso, Melanie —William también se puso de pie, caminó hasta ella, que por instinto lo tomó de las muñecas hasta el rincón de la oficina que era un punto ciego—. No te diré más nada sobre mis sentimientos si te hace sentir incómoda, pero no me quites lo único que me hace sentir bien aquí.

—William…

—Tienes mi palabra, no diré absolutamente nada de mis sentimientos contigo, pero…

—Está bien. No lo haré. No voy a suspender nuestras sesiones.

—Gracias —Dijo él con alivio. Y entonces ella echó por la borda esos escasos segundos de lucidez y profesionalismo y abrazó a William con todas las fuerzas que tenía.

—¿Qué ocurre, cielo? ¿No te gustó la pasta? —Preguntó Rossie, cuando Melanie se percató que sus padres ya estaban terminando su comida y ella sólo jugueteaba con la pasta y la salsa en su plato.

—Lo siento, mamá. Estoy pensando en el trabajo.

—Es fin de semana, Anie —Apuntó su madre con el diminutivo que más le gustaba.

—Lo sé. Lo siento —Se llevó el primer bocado a la boca, estaba frío.

—Ven, voy a recalentártelo —Dijo Rossie quitando el plato frente a ella— ¿Quieres algo, Bob?

Su padre negó.

—¿Está todo bien en el trabajo, cariño? —Preguntó su padre desde la punta de la mesa.

—Sí, papi. Es sólo que estoy un poco cansada.

—¿Dónde es que dices que trabajas?

—En una institución gubernamental, es para el personal, ya sabes… —Su padre asintió—. ¿Cómo llevas lo de mamá?

—Día a día, tú sabes.

—Sí. Siempre admiré tu paciencia —Dijo, tomó el vaso de jugo entre sus manos y contempló el contenido, al día siguiente volvería a ver a William y no sabía que haría. Cuando lo había abrazado en la sesión anterior permanecieron así, hasta que el golpe de la puerta les rompió la burbuja. Ella no había sentido la presión de las esposas alrededor de su cintura cuando él le había envuelto en sus brazos. Era tan fácil olvidar el entorno cuando estaba con él.

—¡Rossie! ¿Y la comida de la niña? —El grito de su padre la sacó de sus pensamientos.

—¿Qué comida?

Bob sonrió resignado.

—Supuse que pasaría esto. Vamos a terminar de comer en la cocina…

Melanie se puso de pie, y sintió unas enormes ganas de decirle a su padre todo.

—Papá…

—¿Qué?

Bob la miró con el amor paternal brillando en su mirada.

—…Nada. Creo que es una excelente idea ir a la cocina. Muero

de hambre.

Capítulo

14

Melanie nunca creyó que se sentiría tan libre al cerrar la puerta de su oficina, era como una pecera y su pequeño rincón de punto ciego era como estar al resguardo entre las algas, no se iba a engañar, había ido moviendo los muebles estratégicamente para que desde afuera no se viera absolutamente nada.

—¿Te vas a quedar ahí parada? —Le preguntó William antes de tomar asiento.

—No. Por supuesto que no —Dijo arreglándose el cabello tras la oreja. Le pareció que a William ese gesto lo hizo sonreír—. Tu rostro luce mucho mejor.

—Sí, estoy recuperando mi forma humana —Bromeó sentándose finalmente.

—Puedo verlo —Melanie también tomó asiento—. Bien —Dijo y volvió a su tono profesional—. ¿Qué crees que haya sido relevante en tu vida tras los acontecimientos con Clare?

—Nada, realmente. Mantuve mi vida lo más normal que pude, me gradué de la secundaria. Saqué una carrera en ciencias actuariales, trabajé, me alejé de mis padres porque… Me recordaban constantemente a Clare, y conocí a Kate —Hubo un silencio en el que sus miradas no se abandonaron—. Así que básicamente hemos llegado al punto en el que comenzamos.

Lo que significaba, pensó Melanie para ella misma, que estaban al final del camino, y que sus sesiones no tenían porque seguir ya que William era un paciente que estaba consciente de su situación, que había superado los momentos duros de su vida y que si por alguna razón salía libre se adaptaría perfectamente a la sociedad.

—No quiero que termine —Dijo de pronto William, mirándola suplicante.

—¿Qué?

—Te contaré cada día de mi vida, cada experiencia por tonta que haya sido, pero no quiero terminar mis sesiones contigo. Dios, creí que tardaría más en romper mi promesa. Ni siquiera cumplí

una semana, pero si no te veo más…

—Yo tampoco quiero que termine —Dijo ella sin reprimirse.

William se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—Melanie…

—No sé qué me está pasando, William. No debería sentirme así contigo —Dijo disfrutando el toque, incluso se atrevió a posar sus manos en el antebrazo de él y acariciarlo—. Pero sé que no podría dejarte ahora.

Ella sintió el tirón en su brazo y como William la llevó al espacio donde antes habían estado abrazados, fue un movimiento sincronizado, ella alzó los brazos por sobre su cabeza y William la atrapó entre su pecho.

—Nos gustaba estar en el parque —Era miércoles y Melanie estaba nuevamente en el sofá con William frente a ella, pero él estaba disfrutando de un sándwich que ella misma había traído de su casa—. Y de pronto Clare comenzó a tratar de dirigir a unos patos para que comenzaran a bailar como en el lago de los cisnes — William sonrió.

—Ella era tan dulce —Comentó Melanie. En su último encuentro no habían hablado mucho, pero en éste, William había querido hablar de sus mejores recuerdos de Clare.

—Sí. Y tenía una imaginación vivaz. Perdí la cuenta de cuantos amigos imaginarios hacía en un día. Volvía loca a mamá — Sonrieron y él dejó el sándwich—. Melanie, estaba delicioso y te lo agradezco, pero no puedo más.

—Está bien. Será mi cena —Dijo aceptando el resto del sándwich, lo envolvió y guardó en su nevera. Cuando se volvió, William estaba en su espacio con los brazos alzados esperándola, ella sonrió y de dos zancadas estuvo abrazada a él nuevamente.

—Los mejores 15 minutos de nuestras sesiones —Le dijo William apretándola. Nunca habían hablado mientras se abrazaban y que él lo hiciera la hizo sentir aún más cómoda.

—Te voy a extrañar estos días.

—Yo también —Y sintió como William posaba los labios sobre lo alto de su cabeza, lo abrazó más fuerte. No sentía que el no haberse besado aún fuese una mala señal, simplemente lo que estaban viviendo era algo nuevo, para ambos, e irían paso a paso—. Voy a extrañarte mucho.

—Y yo a ti —le dijo. Pensando, aunque estaba segura que no encontraría solución, en la forma de poder verlo más a menudo. Dos veces a la semana era muy poco, pero crearle cualquier trastorno para verlo más días podía ser sospechoso e incluso

perjudicial para él. Irlo a visitar era una locura, incluso pensarlo.

Cuando ella miró el reloj de pared que había puesto el día anterior se apartó de William que esperó a que ella alzara de nuevo los brazos para desembarazarse del abrazo.

—Cuídate en estos días, Melanie.

—Y tú, no te metas en problemas.

—No lo haré si nadie te hace daño.

Ella negó sonriendo.

—Incluso así quisiera que te mantengas lejos de los problemas, si vuelven a castigarte tendría que robar una farmacia para traerte más analgésicos.

—Y como no sé qué clase de castigo te impongan si llegan a atraparte, entonces evitaré los problemas, no quisiera que te alejaran de mí para recluirte en alguna prisión femenina.

—Eso es una cruel pero graciosa broma.

—Hasta el lunes, Melanie.

—Hasta el lunes.

Un beso, a ella le habría encantado un beso, pero William salió como todos sus pacientes: esposado y escoltado.

De alguna manera, Melanie terminó tarde la jornada del día, comenzó a recoger sus cosas del escritorio y recordó el sándwich que quedaba en la nevera, cuando iba a guardarlo recordó otro sándwich, uno que había compartido lo que le parecía era mucho tiempo atrás, con José, en esa misma oficina. ¿Dónde se había metido él esos días?, se preguntó mientras cerraba la puerta y andaba hasta las escaleras.

La última vez que recordaba haberlo visto, había sido exactamente una semana antes, en la mañana cuando él se había despedido en el estacionamiento.

Melanie hizo más memoria, era imposible que José no le tocase guardia en su piso al menos una vez a la semana, ¿acaso volvía a evadirla?, ¿él había decidido no cruzarse con ella tras la conversación en la que habían quedado en sólo tener una relación de compañeros de trabajo?

El camino fue pesado para Melanie, pero cuando entró a la zona poblada decidió que tenía que averiguar ese mismo día donde estaba Maldonado, pues su mente, adaptada a las circunstancias la llevó a los peores escenarios posibles: José podría haber sido lastimado en alguna trifulca penitenciaria.

Estacionó el Zephyr frente a la casa de José y se dirigió hasta la puerta, aunque sospechó que sería en vano pues dentro no había ni una sola luz encendida que indicara que había alguien allí. Se

quedó una hora frente a la casa, esperando, pero nada. Nadie salió o entró.

Entonces, ¿Dónde estaba José?, ¿Qué le había pasado? y ¿Por qué se sentía tan desprotegida al percatarse de que José no estaba cerca?

Capítulo

15

Melanie repitió la rutina de esperar respuestas en la casa de Maldonado, lo que no ocurrió y le causó una molestia constante, incluso en la prisión no obtuvo respuesta de nadie, no tenían idea de donde estaba José, por lo que había decido ir el lunes siguiente al edificio administrativo a preguntar por él. Allí deberían saberlo y si no le daban información iría a la policía, aunque sonara ilógico.

El sábado temprano, Melanie hizo la rutina de limpiar y recoger, dando como resultado, dos bolsas de basura que arrastró desde el porche hasta los cubos en la entrada de su casa. Cuando logró cerrar el segundo cubo vio a José en pantalón deportivo y franelilla blanca trotando en la acera de enfrente.

—¡José! —Llamó a voz en cuello, pero él no se detuvo, instintivamente ella empezó a trotar desde su acera mientras seguía llamándolo.

Le tomó una cuadra entera darse cuenta que José llevaba audífonos, aceleró el paso para alcanzarlo, cuando estuvo a medio metro de él, sólo sintió molestia.

—¡José! —Exclamó dándole un puñetazo en el brazo.

—¿Qué caraj… Melanie, hola —Dijo él sacándose los audífonos y deteniéndose en el acto—. ¿Cómo estás? —Preguntó sonriéndole y el muy idiota se vio súper sexy brillando por el sudor y con el cabello negro pegado al rostro.

—¿Cómo estoy? —Preguntó hablando con voz chillona—. ¿Cómo crees que estoy? ¡Te desapareces una semana, sin decirme nada! ¿¡Cómo crees que estoy!? —Repitió.

—Traté de avisarte, pero estabas en tu oficina, atendiendo a uno de tus pacientes y pediste expresamente no ser interrumpida, estuve quince minutos en la ventana tratando de llamar tu atención, pero tu paciente era más importante.

—¿Cuándo fue eso? —Preguntó bajando el tono.

—El miércoles pasado.

—Lo siento, trato de eludir lo externo cuando estoy trabajando

—Maldonado sonrió resignado—. ¿Y qué está pasando? ¿Renunciaste?

—No —Contestó—. Estoy haciendo una guardia en otra institución, me pagan un bono extra. Mi mamá está en un tratamiento, ella sufre del corazón —Dijo José y se tensó.

—No lo sabía.

—No te lo había dicho —Concedió él encogiéndose de hombros.

—¿Quieres ir a mi casa y tomamos algo? tal vez quieras hablarlo.

José la miró directamente a los ojos y Melanie no pudo evitar, por más que quiso, sentirse seducida por esa mirada oscura, muy diferente a la de…

—Suena bien —Contestó José.

—Vamos.

Melanie comenzaba a sospechar que había una especie de imán en las cocinas y ella y José estaban hechos de algún metal porque llegaron directamente allí. Ella sirvió limonada, que era lo que tenía a mano y sus ojos, autómatas, se deleitaron con la figura masculina de José alzando el vaso hasta sus labios y vaciando el contenido en su boca.

—Estaba deliciosa. Gracias —Agradeció José.

Para poner distancia, Melanie se sentó al otro lado de la isla de la cocina poniendo, cuanto menos, medio metro de separación entre ellos.

—¿Cómo está tu mamá?

José se apartó el cabello del rostro.

—Ahora, está relativamente bien, pero en el último año ya ha tenido dos pre infartos, lo que me pone algo nervioso.

—¿Temes que…

—Sí —Le interrumpió—, porque sería mi culpa.

Melanie frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? —José negó con la cabeza, ella estiró la mano hasta llegar a la de él—. Háblame, José. Estoy aquí para escucharte.

José se mantuvo en silencio durante un par de segundos, ella le apretó más la mano para animarlo, hasta que el cedió.

—Cuando estaba en la secundaria…No, no empieza allí. Mi papá no estaba casado con mi mamá, ella fue una aventura porque él estaba casado cuando la conoció. Él tenía tres hijas y quería un varón, mi mamá se enamoró de él, tuvieron una relación y ella quedó embarazada de mí. Cuando supieron que era varón, él quiso estar con mi mamá todo el tiempo, le compró la casa en la que

vivimos ahora. Pero no se mudó con ella, iba cada vez que podía. Cuando nací él buscó tiempo para estar conmigo, lo recuerdo como a un héroe. Obviamente cuando era pequeño no veía extraño que pasara dos o tres días sin ir a casa, era mi papá.

—Eso era lo normal para ti —José asintió.

—Cuando cumplí nueve años, vino un circo y mi mamá quiso llevarme para allá. Hasta el día de hoy no recuerdo nada del espectáculo, sólo recuerdo que en las gradas laterales estaba mi papá, me preguntaba por qué estaba lejos de nosotros, cuando se acabó la función, no lo perdí de vista y arrastré a mi mamá hasta él.

>>Lo alcanzamos en el estacionamiento y él estaba a punto de subirse en el auto, pero no estaba solo. Había tres niñas más grandes que yo que comían algodón de azúcar, mi mamá no pudo comprármelo porque no tenía dinero suficiente, pero también había otra mujer, su mujer… embarazada. Fue un varón.

Melanie supuso hacia donde iba el rumbo de la historia.

—Tenía nueve años y no asocié nada en absoluto. Y lo llamé papá. Recuerdo la cara de todos ellos, era como si se hubiesen dado cuenta que le habían dejado una plasta de mierda frente al auto. Mi papá me miró con desprecio. Me dijo ¡Fuera! Como si fuese un perro. Mi mamá estaba paralizada y me llamó Kike, mi segundo nombre es Enrique, no me llamó José porque sorpresa, sorpresa —Ironizó él—, el nombre de mi papá es José también. Él nunca volvió a casa. Y cuando pasas el resto de tu vida analizando una y otra vez que diablos pasó ese día, todo encaja perfectamente.

—Eras sólo un niño, José, no tenías idea de lo que pasaba.

—No. Pero lo peor fue que me rebelé —Dijo con una sonrisa triste—. Era un buen chico, Melanie, fui un buen chico hasta entonces. ¿Tienes más limonada? —Preguntó de pronto. Melanie asintió y le llenó el vaso nuevamente, cuando José lo terminó, continuó hablando—. Comencé a tener problemas de conducta, siempre terminaba peleándome con los demás chicos y mi mamá era citada a la escuela con regularidad. La hice perder un empleo por tantos permisos. Cuando comencé en la secundaria… Pues, ya no era sólo problemas de conducta dentro del instituto, comencé a cometer… delitos menores, robaba cosas en tiendas, nunca con un arma, nunca había sometido a nadie, cuando digo que robaba cosas, eran una lata de cerveza dentro del bolsillo, alguna revista para adultos… Sólo era un adolescente estúpido. Pero un día, cuando tenía dieciséis años, quise ir por algo más: Un auto. Y me atraparon.

—¿Te atraparon?

—Sí.

—¿Estuviste en la cárcel?

—En una penitenciaria juvenil. Y fue por eso que mi mamá tuvo su primer ataque al corazón, cuando la llamé para decirle que estaba detenido, ella simplemente no contestó, la oí tener el ataque y nadie me creyó cuando pedí ayuda. Ella pudo morir ese mismo día, pero una vecina que jugaba a las cartas con ella estaba allí. Esos días fueron un caos. Salí de prisión porque el propietario del auto retiró la denuncia y fue a visitarme. Era un hombre muy mayor, me habló de buscar a Dios y el perdón, no logró convertirme, pero me dijo también que su hijo podía ayudarme a conseguir un buen empleo, me dejó su tarjeta y era el director de la escuela de seguridad, doce años después, aquí estoy, creo que soy un buen tipo, pero las consecuencias de mis actos siguen aquí, mi mamá tuvo otro pre infarto el miércoles y no tengo que ser un genio para saber que si yo hubiese sido un buen hijo, ella estaría sana —En este punto Melanie sentía el corazón comprimido y se quebró por completo cuando las lágrimas abandonaron los ojos de José.

—No es tu culpa —Dijo ella poniéndose de pie y yendo hasta él, que se apretaba los ojos con las manos—. Sólo estabas reaccionando a algo que te dañó mucho, José. No es tu culpa.

—Si yo hubiese… La escuché, Melanie. Tuve que oír como sufría un infarto por mi culpa, porque estaba arrestado —José la miró con los ojos llenos de lágrimas y ella tuvo que abrazarlo.

—Eras un niño y reaccionaste de la forma más común, con rebeldía.

—Si a ella le pasa algo…

—José, morir es parte de la vida —Dijo ella agarrando a José por los costados del rostro para mirarlo. Él no la soltó, la mantuvo abrazada por la cintura, él sentado en el taburete alto, ella entre sus piernas aferrando el rostro de él con fuerza—. No es tu culpa, si no es de un infarto, es la tensión, es un resfrío, es una bomba… Todos moriremos, y si a tu madre le pasa algo no puedes culparte, ¿entiendes? —Por primera vez José parecía un niño mientras asentía—. Eres un gran hombre y nada debería hacerte dudarlo.

Finalmente soltó el rostro de José y sus manos se apoyaron en los fuertes hombros de él, que la miró de nuevo con su característica intensidad.

—No sé si tengo que pagar por esta sesión terapéutica —Bromeó él.

—Como estás tan loco, va a ser gratis.

—Gracias por escucharme. Creo que es la primera vez que hablo con alguien de todo esto.

—Gracias a ti por tenerme la confianza suficiente para decírmelo —Dijo ella y sin pensarlo secó con los pulgares los restos de lágrimas que surcaban las mejillas de José. Él sonrió.

—¿Cómo quieres que mantenga mis manos en el plano laboral si me torturas con tu cercanía?

Melanie se sonrojó.

—Lo siento —Dijo y trató de apartarse, pero José no la soltó, por el contrario la apretó más.

—En este preciso momento lo menos que quiero es soltarte.

—José, ya lo hablamos…

—Sí, lo hicimos, y ¿sabes qué? No estoy de acuerdo.

—Pero… —Comenzó a decir ella, sólo que los dedos de José la acallaron, él trazó el contorno de sus labios con la punta de los dedos y Melanie sintió de nuevo el deseo de ser besada, y recordó la pasión con la que besaba José. Sus labios se entreabrieron a voluntad y él sonrió.

—Pequeña perversa —Murmuró antes de pegarse a ella con unas ganas ardientes. José besaba con todo: Labios, lengua, dientes… cuerpo. No había una parte de su propia boca que quedara sin explorar por esa lengua experta, sus labios vibraban de gusto y su cuerpo comenzó a reaccionar en cadena, se aferró al cabello de José y se pegó a ese cuerpo de piedra, caliente como lava, apetitoso como chocolate derretido sobre fresas… Melanie comenzó a besarlo agresivamente, su lengua quería reinar allí, quería ser dueña de el hombre que la besaba con labios firmes, con lengua penetrante, quería adueñarse de esa mirada azul… ¡Detente! ¿Azul? José no tenía los ojos azules, los ojos en los que pensaba, el hombre en el que pensaba era: William.

—No —Dijo separándose—. No puedo —Se deshizo de los brazos de José y dijo las palabras que podían condenarla si no era capaz de armar una historia en los próximos cinco segundos—… Estoy con alguien.

Capítulo

16

Ver a José tan desencajado la hizo sentir tan mal que sólo deseaba salir corriendo.

—¿Estás con alguien?

—Sí —Contestó ella, cruzándose de brazos y andando por la cocina—. Es… un compañero de la Universidad, siempre mantuvimos contacto después de graduarnos y antes de entrar a trabajar en San Severo empezamos una relación más íntima —*No hagas preguntas, por favor*, pidió internamente.

—Hay cada tipo con suerte —Soltó José, poniéndose de pie—. ¿No tengo oportunidad?

No. Respondió Melanie en su cabeza, porque William ya había conquistado todo en ella.

—Eres un gran hombre, José, y cualquier mujer tendría mucha suerte de estar contigo.

—Y esa es una manera elegante de decir no —Ella no dijo nada —. Tal vez estas tres semanas sirvan para poder estabilizar la situación, ¿no?

—¿Tres semanas?

—Sí. Es el tiempo por el que voy a estar ausente de San Severo.

Decir que iba a hacerle falta parecía contra producente, por eso Melanie no agregó nada.

—Nos vemos, por ahí —Dijo José saliendo de la cocina—. Cuídate, Melanie —Ella asintió. Él se detuvo y mirándola le dijo—: Tú podrás querer regalarles a tus pacientes un pedacito de cielo, pero no olvides que estás en el infierno. Les das un espejismo, así que no creas en tu mentira.

Melanie se estremeció en un escalofrío con las palabras de José y la sensación de estar desprotegida la invadió de nuevo.

—Estás tensa, Melanie. ¿Qué pasa? —Melanie hundió el rostro en la tela naranja del uniforme de William, ese día había querido ir a su rincón mucho antes—. Dime, ¿algo va mal?

—No. Es sólo que te extrañé todos estos días —Dijo, en parte era

verdad. Lo había extrañado cada día, pero lo que la tenía tensa era lo que había pasado con Maldonado. No podía creer que después de comenzar su… ¿su qué? ¿Qué tenían ella y William? Pasar abrazados quince minutos no determinaba que ellos tuviesen una relación, eran algo, pero no estaba segura de qué y quería aclararlo, ya que el rechazo que tuvo hacia José había sido producto del sentimiento de lealtad que nacía hacia William. Pensó en decirle lo que había ocurrido, pero habría sido devastador después de saber por lo que había pasado él en su matrimonio con Kate y el engaño con Meyer.

—Yo también te extrañé, mucho.

Melanie alzó la mirada, encontrándose con la extensión azul de los ojos de William. Amaba el color de sus ojos, le acarició el rostro, quedándose un rato más en la línea de la mandíbula. Ella quería más que abrazos, quería más que sólo un par de horas a la semana, quería estar con él todo el tiempo, ayudarlo y cuidarlo, ser su apoyo cuando saliera de San Severo, porque ella se iba a asegurar de sacarlo de ahí. Volvería a contactar a Carlie, y si ella no aceptaba buscaría a otro abogado hasta debajo de las piedras, pero sacaría a William de allí y entonces, podrían pensar en estar juntos en un nuevo comienzo, un comienzo más limpio.

William la miraba fijamente y le parecía extraño no poder apartar la mirada. Volvió sus dedos hacia los vestigios de la contusión del ojo, hoy, una mezcla verde y amarilla que iba dando paso a ese rostro atractivo y seductor que la había dejado noqueada la primera vez que lo había visto. Esa primera vez donde la cautivó desde que le habló con esa voz… fascinante.

Todo en William era una invitación a caer en sus brazos, pero lo que realmente la había hecho caer a sus pies era el sentido de supervivencia que había demostrado a través de las tragedias por las que había pasado. La capacidad de levantarse, la fuerza que demostraba mientras estaba en el infierno por la crudeza de la injusticia.

—¿Por qué me miras así? —Preguntó William sonriéndole.

Melanie le acarició el cabello casi rapado.

—¿Cómo te miro?

—Como si quisieras cuidarme.

—Quiero cuidarte —Respondió. William se inclinó y acarició su mejilla con la nariz.

—Gracias, Melanie. Eres una luz brillante en el más oscuro de los lugares —Le dijo él volviendo a mirarla.

—Bésame, por favor —Pidió en un susurro. La expresión de

sorpresa de William no la molestó, porque sabía que lo sorprendería —. Por favor —Pidió de nuevo. Y él lo hizo.

Labios suaves como pétalos de rosa se posaron sobre los suyos, amables como el toque de un niño pero calientes como las brasas de una hoguera. Melanie se aferró a él con ganas, se puso en puntillas y fue ella la que irrumpió con la lengua sólo para sentirse tan mareada que perdió el equilibrio, pero los brazos de William la sostuvieron y la apretaron más a él. Las cadenas fueron rotas.

El beso se convirtió en una experiencia alucinante, su cuerpo entero convulsionó en brazos de ese hombre que absorbía su lengua y sus labios con hambre propia del que lleva meses en ayunas, con tiranía y soberbia porque se sabía dueño. Y lo era. William se había apoderado de ella y la atraía como *El flautista de Hamelín* a las ratas. *Uy, qué mala analogía* —pensó ella.

Aire. Le estaba faltando el aire, pero ¿quién lo necesitaba realmente? Algo parecido a un "wow" le dio la pauta de que de alguna forma, aunque sus labios lo sentían aún besándola, William se había separado. Ella tomó un poco de aire, pero no mucho antes de que estuviera otra vez a merced de esos labios pretenciosos. Las manos de William empezaron a moverse por su espalda y se estremeció por el rastro de las esposas, quería liberarlo y que se moviera a placer…

—Melanie… —Le dijo William cuando volvieron a separarse, ambos con la respiración acelerada—, me habría gustado hacer las cosas de otro modo, en otro sitio…

—No tienes que decir nada —Apuntó ella—. Fue perfecto —Lo besó de manera breve de nuevo—. Completamente perfecto.

—Melanie Rice: Eres la luz de mi oscuridad.

—Prefiero ser la luz que te guíe hacia la salida de esa oscuridad. Y lo haré, William. Voy a sacarte de aquí.

—Y todo será diferente.

—Sí —Se abrazó de nuevo a él, todavía tenían cinco minutos más para seguir soñando.

Para Melanie los demás pacientes comenzaron a ser simples borrones entre sus notas, no estaba descuidando los casos pero básicamente le dedicaba los sesenta minutos exactos a cada uno, ya no pensaba en los casos camino a casa o en su tiempo libre. Esos momentos eran sólo para William. Esa noche le había vuelto a escribir a Carlie, supo, por las noticias, que el caso en Francia estaba tornándose cada vez más complicado, pero debía insistir.

Cuando despertó sabiendo que era miércoles de nuevo, se paró de la cama como si tuviese un resorte, todo lo hizo rápido: bañarse,

desayunar, dejar la cocina limpia, recoger su casa, ir al auto. Llegó a San Severo más temprano que nunca y el tiempo hizo de las suyas, jugando en su contra, arrastrándose como una babosa.

En su oficina fue más llevadera la espera, pero cuando terminó su almuerzo y el reloj marcó las dos de las tarde fue como planear sobre nubes. Tocaron, e impulsada por la adrenalina llegó a la puerta casi saltando sobre el escritorio. William estaba allí, y fue maravilloso cerrar la puerta, ambos fueron en completa coreografía hasta su espacio: brazos de ella arriba, brazos de él atrapándola, un abrazo, un suspiro, una mirada cómplice. Un beso.

Fue como volver a respirar cuando se está a punto de ahogar, cuando finalmente comprendes con detalle cuan vital es el aire. Los labios de William eran oxígeno en medio de una corriente que te arrastraba al fondo del mar. Y eran a la vez la corriente misma.

—Hola, doctora —Saludó cuando finalmente pudieron separarse.

—Hola, Señor Richards.

—Definitivamente, prefiero que me digas William.

—¿Cómo has estado?

—¿Te perturbaría si te digo que he estado extrañándote todo el tiempo?

Melanie sonrió.

—Para nada. Yo he estado igual.

—Entonces, me alegro —Ella le rozó los labios con la punta de los dedos.

—¿Quieres que hablemos?

—¿Podemos hacerlo así, abrazados?

—Sí. Claro.

Decidieron rodar el mueble un poco más. William se sentó en su sillón habitual y ella en sus piernas.

—Hoy quiero que me cuentes de ti.

—¿De mí? —Preguntó ella, sorprendida por la petición.

—Sí, cuéntame todo de ti.

Melanie se sorprendió, siempre solía ser ella la que hacía las preguntas, la que investigaba sobre el otro.

—Si sientes que es invasivo, entonces no lo hagas.

—No. No es eso, es sólo que se me hace extraño ser yo la interrogada.

—Me imagino. Pero intenta.

Melanie se acomodó más en el regazo de William y comenzó a hablar de su niñez, de sus padres, de su tía, de la casa, de la universidad, de los títulos, en resumen pero concisamente.

—Con todos esos cursos que has hecho, parece que te has

olvidado de vivir —Comentó William.

—Sí, así fue, pero ahora, en tus abrazos, estoy viviendo.

—Mis brazos son afortunados.

Melanie sonrió y lo besó brevemente.

—¿Qué me has hecho? —Preguntó ella con su corazón bombeando como loco.

—Nada diferente a lo que tú me has hecho a mí.

Ambos miraron el reloj con resignación.

—Nos veremos el lunes.

—Voy a pensar en ti cada segundo de estos días —Dijo él. Melanie se inclinó para besarlo de nuevo y en esa posición pudo sentir en su muslo como iba apoderándose el deseo de William. Gimió. Maldito tiempo. William se separó y viendo su propia reacción se sonrojó—. Parece que será una larga noche para mí.

Melanie sonrió y le lamió los labios.

—Y para mí. Voy a pensar en ti todo el tiempo —Y no se refería a algo romántico, hablaba directamente de lo que pasaba entre sus muslos, donde se estaba acumulando la humedad de su centro. El sonido en la puerta volvió a explotar la burbuja. Se pusieron de pie y por un breve momento de locura, aquella situación de ambos excitados y frustrados le pareció graciosa. Tenía que encontrar el modo de solventar eso. Aunque irremediablemente esa noche tendría que poner en movimiento a su imaginación y capacidad de recrear la imagen de William en la oscuridad de su habitación.

Antes de irse, Melanie recibió el memo de manos de Josh y cuando llegó a su casa, mucho más tarde que de costumbre, no podía creer en su suerte.

Capítulo

17

Melanie bajó corriendo las escaleras, con la toalla medio envuelta alrededor de su cuerpo, casi pierde el paso al llegar al piso de abajo, pero logró, por lo menos, llegar al teléfono antes que se perdiera la llamada.

—Hola.

—*¿Mel?* —Melanie cayó en el sofá más cercano presa del alivio.

—¡Carlie! ¿Cómo estás? —Logró decir emocionada.

—*A un paso de morir, pero bien, tú sabes, todavía respiro.*

Melanie sonrió.

—¿Te está absorbiendo tu súper caso?

—*Sí* —Contestó sin preámbulos—. *Recuérdame ¿Por qué soy abogado?*

—Porque si sabes a quien defiendes y cobras tu diez por ciento serás millonaria en menos de diez años.

—*Gracias* —Contestó Carlie al otro lado.

—Y porque te encanta pelear y hacer justicia. Eres la mujer maravilla en blazer —Completó Melanie.

—*Ah, sí, ya recordé.*

—¿Cuándo crees que salgas de eso?

—*Nunca. Mel, esta gente está loca, todos, mis clientes y la contra parte. Locos totalmente.*

—¿Quieres abandonar?

—*Ni en sueños* —Dijo su amiga. De hecho era eso una de las cosas que tenían en común. Ellas jamás se rendían—. *Así que, ya que tienes de primera mano la crónica de mis tragedias, hablemos de los cuatrocientos mails que he recibido en el último par de semanas.*

—¿No fueron quinientos? —Bromeó Melanie.

—*Sí, eso es un aproximado bastante acertado.*

—Lamento la presión, pero no quería que mis mail naufragaran en tu *trash mail.*

—*Entiendo. Entonces, Melanie ¿Quién es este tal Richards y por qué estás* tan *interesada en que estudie su caso?*

Melanie trató de calmarse y poner su mente fría para darle a Carlie una explicación profesional, si cometía un error, por mínimo que fuera, su amiga podría deducir toda la verdad.

—*¿Mel?*

—Es un paciente que tengo.

—*Sí, leí eso.*

—La verdad, Carlie, es que su caso me parece que es de esos que te gustan, toda una parte acusadora con ventajismo, circunstancias complejas que señalaron a Richards como el único culpable, pero todo un montón de hechos obviados porque lo querían encarcelado.

—*¿Has tenido acceso a su expediente?*

—¿Puedo hacer eso?

—*Por supuesto que no, pero lo que me has ido informando por mail me hizo creer que era un resumen de su expediente, por los detalles.*

—Ah. No. Eran sólo mis notas.

—*¿No se supone que estás ahí para ayudarlos con su vida en prisión?*

—Sí. Para eso estoy.

—*Mel, tú quieres sacar a este tipo de la cárcel.*

—¿Y no lo querrías hacer tú, si supieras que es inocente?

—*¿Es inocente? ¿Te lo dijo él? ¿Cómo puedes estar segura?*

A Melanie le molestó el tono de Carlie.

—Soy psicóloga ¿se te olvida? No tiene el perfil de un asesino. Sólo es un hombre que estuvo en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Silencio. La línea se quedó muda, pero Melanie sabía que su amiga seguía allí.

—Carlie, si no estuviese totalmente segura de que Richards es inocente no te habría llamado, lo sabes.

—*No lo sé. Mel, estoy realmente en el clímax de este caso, podría ver si al terminar viajo para allá y ver qué se puede hacer. ¿No estás apresurada, cierto? No creo que tu amigo vaya a ninguna parte…*

—Eso fue cruel.

—*¿Puedes esperar?*

—Por Carlie DeVoux, esperaría la vida entera.

—*Idiota.*

—Gracias.

—*Hazme llegar cualquier información nueva que puedas conseguir, y te avisaré si puedo viajar o no. De momento, voy a pedirte que le solicites a Richards todos los detalles posibles, incluso que te cuente todo de nuevo. ¿Cuándo vuelves a verlo?*

—El próximo lunes —Contestó, al menos en consulta sería el próximo lunes—. Gracias, Carlie.

—*Todo un gusto, Doctora Rice.*

Cortaron la comunicación y Melanie subió a su habitación. Todo estaba listo. Sólo debía entrar en el portal web que había usado sólo una vez, hacía cuatro años para sacarse un ID con veintiún años para poder ir a tomar con Carlie, y de allí en más, sólo podía confiar en Dios.

Melanie se sentó en el último puesto del autobús que iba hasta la prisión, todavía estaba oscuro, así que no en vano se asombró con el reflejo que le devolvía el cristal de la ventana, se ajustó la peluca en la parte de la nuca y roció dos gotas de lubricante en sus ojos, puesto que los lentes de contacto le estaban asesinando las pupilas.

Una mujer se sentó en el puesto de adelante haciendo que Melanie se sintiera más intimidada, si es que eso era posible. Se volvió a mirar en la ventana del autobús; esperaba que haberse maquillado tanto no fuese en vez de un encubrimiento un estigma para identificar que ahí había algo extraño.

Cuando veinte minutos más tarde el autobús estuvo tan lleno que las mujeres se apretujaban en el pasillo, Melanie supo que no había forma de echarse atrás, y que Dios la ayudara a no ser descubierta. Cuando se pudo bajar del autobús, tuvo que hacer fila, se situó en medio con las manos entrelazadas al frente.

—Tengan a la mano sus identificaciones —Dijo Josh, el miembro de seguridad que hacía guardia en su piso, tenía la tonfa policial bien sujeta. ¿Acaso pensaba usarla en contra de ellas?—. Cuidadito con quererse pasar de listas —Dijo casi murmurando. Mientras que recorría la fila de principio a fin. Tras él y más rezagados, iban Castillo y Peter, seguridad de patio, revisando la identificación y preguntando algo que Melanie no alcanzaba a escuchar, Peter anotaba. Castillo revisaba las ID. El corazón se le aceleró tanto que temió que la delatara.

Peter y Castillo estaban a dos personas de ella, las piernas comenzaron a temblarle de tal manera que sintió que perdía el equilibrio, tuvo que hacer un esfuerzo para sostener con firmeza su falsa ID.

—¿Recluso? —Preguntó Castillo mientras veía la ID.

—Richards. William Richards.

—¿Primera vez? —Preguntó Peter mientras anotaba.

—¿Primera vez de qué? —Contra preguntó ella. La mujer a su lado, disimuló una risa.

—Silencio —Le dijo Castillo a la otra mujer que asintió y apartó

la mirada de ella—. La primera vez que vienes.

—Sí— Dijo ella.

—Número de recluso.

—Lo siento, 9—1—3182126.

Castillo la miró.

—Es extraño ¿No se supone que está aquí porque mató a su esposa? —Melanie se paralizó—. Esto podría interesarle al juez si hacemos la acotación al expediente del 2126.

—Nos conocimos antes de que se casara y teníamos muchos años sin vernos, retomamos la amistad poco después de que lo condenaran.

—Sí, lo que digas, zorra —Apuntó Castillo, dando un paso hacia la siguiente mujer. Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Melanie comenzó a respirar aceleradamente, lo que menos quería era dificultar el caso si iban a buscar una apelación de sentencia, era obvio que la visita conyugal iría al historial de William y si no había forma de demostrar que ellos habían desarrollado un romance en los últimos meses, entonces… ¿¡Pero de qué rayos estaba hablando!?, si la referencia de la visita conyugal iba del historial al expediente de William y era revisado en el juicio, verían que Jessica Carrow no existía, o en su defecto, que la verdadera Jessica no había pisado jamás la Prisión de máxima seguridad San Severo de Rávena. ¿En qué estaba pensando? tendría que dar media vuelta e irse, esa visita iba a perjudicar en mucho a William.

Había parecido una señal divina ese memo informando que por visita conyugal el fin de semana, todo el personal que no fuera seguridad o directiva a primer nivel jerárquico no debía asistir a las instalaciones el día viernes. Llegar al límite de su crédito comprando ropas góticas, pelucas y maquillaje le había parecido un mero sacrificio para algo que, sabía, ambos querían. Sólo que ahora, en esa fila, y cuando Castillo había hablado del expediente, su pequeña “sorpresa” podría resultar una gran catástrofe.

Pero antes de siquiera poder pensar en qué excusa pondría para irse sin haber cumplido con la visita conyugal estaba siendo empujada con poca delicadeza contra una pared mientras el personal de seguridad femenino de la prisión la requisaba cual delincuente, golpeando fuerte en busca de algún arma encubierta. Pasó la prueba y tuvo que entrar por el detector de metales. Cuando hubieron pasado unas veinte mujeres, Moore, la jefa de seguridad de visitas, las hizo pasar por un estrecho pasillo. Bajaron unas escaleras y ahí estaba Melanie frente a veinte puertas de madera, las mujeres aceleraron el paso para ponerse cada una frente a una

puerta, la mujer que estaba a su lado en la fila y que se había reído de ella la agarró del codo.

—No querrás quedar en las últimas habitaciones —Le susurró, haciéndola dar zancadas y quedando entre las primeras diez puertas, las más alejadas de las escaleras—. Usualmente a ellos los molestan más. Lamento lo de risa en la fila, se me olvida que todas pasamos por nuestra primera vez. Ellos —Señaló con la boca a Moore—, siempre la querrán hacer más horrible de lo que ya es.

—¡Hey, nada de peleas! —Gritó Moore con su voz de mujer autoritaria, mientras separaba con la tonfa a dos mujeres que estaban peleándose en las últimas puertas—. Si quieren coito les recomiendo que se comporten decentemente y no como las perras que son a diario —Les espetó dándole un golpe en la parte trasera de la rodilla con la tonfa a cada una. Después de eso, la tensión se podía percibir más de la cuenta. Entraron otras agentes: Mary Shell y Jules Stewart.

—¿Recluso? —Preguntó Stewart mirando de arriba abajo a cada mujer frente a cada puerta, como verificando que la requisa y el detector de metales no se hubiesen equivocado. Melanie, por instinto, se pasó el cabello detrás de la oreja, sintiéndose extraña por la falta de largo—. Estás bonita, Carrow —Dijo Stewart en tono de burla, mirando el distintivo adhesivo que llevaba pegado en la ropa, y que no tenía idea de cuándo se lo habían puesto allí. Stewart miró a Shell que estaba anotando algo, se le acercó hasta el oído y le susurró:— Si el 2126 no puede venir por alguna razón, no te preocupes, puedo sustituirlo —Le dijo y le pasó con mucho disimulo la punta de la tonfa por el vientre. Mientras iba a la siguiente mujer. Melanie estaba horrorizada, no sabía que a Stewart le iban las mujeres, y le importaba poco, pero su actitud para con las visitantes era repulsiva. La actitud de todos era asquerosa, no tenía idea de cómo los vería de nuevo a la cara, cuando tuviesen que volver a llamarla: Doctora.

El silencio se hizo entre las visitantes, en tanto, Moore, Shell y Stewart las vigilaban con ojo clínico, la última mujer de la fila comenzó a llorar en silencio, pero los espasmos que tenía no daban pie a duda de que lloraba con ganas.

Repentinamente se escucharon nuevos pasos por las escaleras, a Melanie se le aceleró aún más el corazón, empezaron a llamar a los reclusos en orden a como estaban ellas, les quitaban las esposas de los pies a medida que los llamaban y se ponían frente a su respectiva mujer con toda seriedad. Aún iban esposados por la espalda.

—¡2126! —Stewart soltó una risa burlona—. Estamos de estreno —Dijo por lo bajo y con una sonrisa de desprecio, mientras William caminaba, más guiado por la incertidumbre que por cualquier otra razón. Melanie ya no escuchó nada más, sólo miraba a William caminar hacia ella, cada vez más inseguro, con su uniforme de color naranja, llevaba las manos atrás, esposadas, pero llegó hasta ella. La miró a los ojos y ella intentó sonreírle. La reconoció de inmediato, sus ojos azules se agrandaron por la sorpresa. Melanie sólo quería lanzársele encima y abrazarlo con todas sus fuerza, miró apenas de reojo a la mujer de la última fila, tal vez por esa sensación tan frustrante era que estaba llorando, amaba a un hombre que tenía siempre y cuando el sistema penitenciario lo permitiese, y no es que Melanie se pusiera a pensar que los criminales no merecían castigo, pero el dolor de la mujer de un recluso era indescriptible. Ella lo estaba experimentando en ese preciso momento.

Tras lo que para ella fue una eternidad, finalmente Shell y Stewart caminaron tras la fila de reclusos. Shell se quedó a mitad de camino y ambas comenzaron a abrir las esposas de ellos, era una reacción en cadena, cada vez que un par de manos eran sueltas daba lugar a un abrazo apretado, apasionado, y las mujeres casi siempre eran quienes lograban abrir las puertas de las habitaciones. Cuando Melanie abrió la suya supo lo mal empleado que estaba siendo el término: Habitación. Ella no esperaba una suite presidencial, pero un catre tampoco había pasado por su mente.

—Los de la siete, cierren la puta puerta, no queremos ver sus culos desnudos —Exclamó Moore.

William cerró inmediatamente.

—Lo siento, no sé cómo funciona —Dijo él. Cuando se los hubo tragado la oscuridad Melanie se quedó pegada al borde del catre sin atreverse a sentarse. Pasaron dos minutos, tal vez tres en los que ninguno dijo nada—. Melanie, ¿qué haces aquí… así? —Melanie supuso que la estaba señalando.

—Yo…Pues… yo —Para ser una persona con un vocabulario rico y fluido la falta de elocuencia era como una piedra en el zapato —. En este momento creo que debí haberlo discutido contigo, antes de querer sorprenderte, esto es una completa locura.

—Vaya si me sorprendiste. No podía creer cuando me llamaron a visita conyugal. Prácticamente me obligaron a andar —Dijo William, por el sonido ahogado de su voz Melanie supuso que estaba además de sorprendido, entusiasmado con la idea.

—¿Te sientes incómodo? —Preguntó.

Él dio un leve respingo.

—La verdad sí —Melanie se sintió avergonzada—. La perilla de la puerta se me clavó en la espalda —Terminó de decir aparentemente sobándose la parte afectada, los resortes del catre resonaron, indicio inequívoco de que William se había sentado, ella lo imitó y al instante sintió sus manos atrapadas en las de él—. Estoy sorprendido, de buena manera —Le besó la frente.

Iba a decirle que esta visita iría a su expediente y eso complicaría las cosas, se tuvo que morder la lengua y decidió que lo que haría al salir sería idear un plan para eliminar esa visita del historial de él.

—En momentos así es cuando me pregunto: ¿Cómo obtuve mi título?

—¿Por qué? —Preguntó William riendo.

—¿Me preguntas por qué, en serio, William? Soy una psicóloga que está disfrazada, que pagó por un ID falso para tener una visita conyugal porque resulta que tiene un romance con uno de sus pacientes que está… —Se interrumpió.

—Preso.

—Sí, pero que es inocente —Dijo apretándole las manos—. He quebrantado tantas reglas que… Empiezo a dudar de mi juicio.

—Melanie, te entiendo, yo sería capaz de planear una fuga masiva sólo para meterme en tu casa y estar contigo —Melanie no debía sonreír pero lo hizo.

—Pero no lo harás, esto lo haremos de forma correcta, si no termino yo enjuiciada por todos los delitos que he cometido en las últimas horas.

William la abrazó con un sólo brazo.

—Está bien, Melanie. No tienes que hacer esto de nuevo, aprecio el gesto.

Melanie se acurrucó contra el pecho de él.

—Ni siquiera podemos vernos. No fue así como la imaginé —Dijo ella con la voz apagada.

—No necesito luz para verte. Conozco de memoria tus rasgos, tu perfil —Mientras William iba hablando sus dedos la iban tocando— … La distancia exacta entre tus cejas, tus pestañas más claras que tu cabello, tu bonita nariz, el diminuto lunar en tu mejilla derecha… —Besó el lugar exacto donde tenía el lunar—. Y por supuesto, tus labios —La besó casi imperceptiblemente—. No importa si no tenemos sexo, en todo caso no tengo protección —Bromeó.

—Estamos de suerte —Contestó Melanie sacando los preservativos que había llevado, lo abrazó por el cuello para hacerlo

caer sobre ella que se recostó del colchón del catre sin importar el rebote de cabeza que le produjo la fuerza con que se acostó.

No le sorprendió que William la apretara con fuerza por la cintura y que de inmediato comenzara a empujar sus caderas hacia adelante.

—Espera, espera —Dijo separándose un poco—. Dame un segundo, no puedo comportarme como un animal —Acotó cuando de ambos lados del cuarto se empezó a escuchar claramente lo que hacían sus inquilinos.

—No los escuches —Pidió Melanie acariciándole el rostro—. Sólo seamos tú y yo… Sé como quieras, sé salvaje, sé brutal… Pero sobre cualquier cosa, sé mío —Susurró con anhelo, ella lo quería con desesperación, con obsesión.

—Mi dulce Melanie —Dijo el besándole las mejillas—. Soy tuyo —Le susurró mientras le besaba el lóbulo de la oreja, Melanie gimió tras el cosquilleo que le causó el gesto y fue ella la primera en dar el paso para deshacerse de la camisa naranja de William, pasó sus manos por debajo de la camiseta blanca, mientras él hacía lo propio con la camisa que ella llevaba, le subió el brassier por sobre los pechos y los apretó con fuerzas, arrancándole otro gemido que se intensificó en cuanto William barrió con su lengua haciéndola sentir presa de un ardor febril.

Melanie buscó a tientas el pantalón del uniforme de William, y dio gracias porque no fuesen de cierre porque sus manos temblaban tanto que dudaba poder haber sacado siquiera el botón, en cambio William, con total destreza, se deshizo del botón y el zipper de su jean.

—Las botas —Dijo ella cuando los jeans no salieron por sus pies.

—Lo siento.

—¡Diez minutos! —Gritó alguna de las oficiales afuera, golpeando una a una las puertas.

Ambos se quedaron paralizados un momento, William se impulsó para levantarse, haciendo que Melanie se enfureciera.

—No hice todo esto por nada, William, tendremos nuestra visita *conyugal* —Dijo abrazándolo de nuevo, él cayó sobre ella que se había bajado la prenda interior hasta las rodillas y buscaba la forma de hacer lo mismo con las de William, él, con mucha más calma que ella se lo bajó también y sin preliminares, porque no había tiempo, irrumpió en su entrepierna haciéndola gritar de dolor, fue incómodo, fue violento, cruel y brutal, pero fue perfecto porque después de pasado el dolor, William se movió dentro de ella suave y

deliciosamente, ambos gemían sin descanso, los resortes del catre rechinaban a la par y entonces William soltó un gemido prolongado, indicio de que había logrado la satisfacción plena.

—¡Cinco minutos! — Gritaron desde fuera.

Melanie rodeó a William con los brazos.

—¿Estás bien? —Preguntó porque él temblaba incontrolablemente.

—Sí —Soltó en un susurro apenas audible—. Melanie —Dijo besándole el cuello, ella acarició la espalda de él.

—Te a…

—¡Vamos saliendo, o los sacamos desnudos! —Gritaron otra vez.

Ambos se pararon para arreglarse las ropas, no fue una ceremonia, no fue romántico, sólo rápido, lo suficientemente pronto estuvieron fuera de aquel patético cuarto, William imitó a sus compañeros poniéndose frente a ella y con las manos atrás, Stewart y Shell pasaron ahora a volverlos a esposar.

—Huele a suciedad —Comentó la primera cuando le puso las esposas a William. Cuando terminaron de esposarlos a todos, los apresuraron para perderse de nuevo por las escaleras, William volteó a mirarla antes de que él subiera el primer escalón y fue entonces cuando Melanie comprendió porqué aquella mujer del último cuarto había llorado, era inevitable, ella también lloró, y a su vez el resto de las mujeres que acababan de despedir a sus parejas hasta la próxima visita, a la cual tal vez no podrían asistir por tener que cuidar a sus hijos, por trabajo o cualquier otra razón de una vida normal, una vida normal regida por las reglas de la prisión.

Al menos ella podría ver a William el lunes siguiente, y por Dios, que habría dado todo por verlo mucho más que una hora.

Capítulo

18

snsvr12345rvn6789

Melanie estaba temblando cuando introdujo la contraseña de acceso a los archivos de informe de los reclusos, ese era el sistema interno de la prisión y eran anexados cada fin de mes a los expedientes legales.

9–1–3182126

Introdujo en el código del recluso y de inmediato apareció la foto de William, de frente y ambos perfiles, sintió que se le humedecían los ojos. Al hacer clic sobre el botón de siguiente lo primero que vio era lo que buscaba, el registro de la visita conyugal, justo arriba de su última sesión en el departamento de psicología. Accedió a la visita conyugal, donde figuraban los datos de ella, es decir, de Jessica Carrow. Fue cuestión de probar un par de opciones hasta encontrar la de eliminar actividad. Irónicamente no le tembló el pulso y cuando el sistema preguntó: ¿Está seguro que quiere eliminar esta actividad? Melanie alzó una plegaría para que al aceptar, todo desapareciera.

Algunas veces Dios estaba esperando el repique porque al regresar a la página de actividades la visita conyugal había desaparecido. Salió y entró otra vez al sistema para comprobar, había funcionado.

Todo era tan ilícito que sintió un remordimiento punzante que la acompañó hasta pasada la hora de almuerzo.

Con las manos como garras apoyadas en la pared Melanie tembló de anticipación cuando William se situó detrás, que con dificultad le bajó los pantalones de un tirón, los de él ya estaban arremolinados en los tobillos. En el punto ciego habían ido a parar casi antes de que ella cerrara la puerta, estaban desesperados de

deseo. Melanie se encontraba atrapada entre la pared y el cuerpo de William, cuando las manos de él bajaron por su vientre y los dedos se hundieron en los pliegues empapados de su sexo, ella se mordió el labio para no gritar.

—Te extrañé tanto —Le dijo William con la voz entrecortada. Ella gimió, porque no se atrevía a emitir palabra. No sería capaz. Separó más las piernas y fue allí cuando sintió el sexo erecto abrirse camino hasta el centro de su intimidad, que lo acogió de inmediato porque estaba listo para él. Gimió de nuevo y escuchó con detalle cómo iba acelerándose la respiración de William mientras el embate iba estableciendo un ritmo determinado y placentero. Las rodillas comenzaron a temblarle, por lo que tuvo que concentrarse en el apoyo en la pared, a diferencia de la visita conyugal, ahí ella estaba sintiéndolo todo, a William entrando en ella completamente, las manos, las piernas, el pecho… Todo de él en ella y se sintió plena… llena.

Sus manos resbalaron unos quince centímetros, haciéndola inclinarse más y de esa forma fue que William comenzó a moverse más rápido, hacia adelante y atrás, friccionando, golpeando la pelvis contra sus nalgas, le apretó el nudo de nervios y se desconectó de la realidad, todo se nubló en su mente, llevándola lejos, a una galaxia desconocida donde en vez de caminar, flotaba.

Los besos en su cuello y espalda la fueron bajando lentamente hasta la Tierra de nuevo, se dejó caer poco a poco porque sus pies no soportaron el peso de su clímax y el estado laxo post coito. Se pasó las manos por el rostro y cuando lo despejó el rojo de la sangre en sus dedos la hizo sonreír incrédula.

—Me mordí el labio para no gritar —Dijo levantando la vista hasta William, era él el que estaba apoyándose ahora en la pared, la cabeza la colgaba como un péndulo y el rostro estaba perlado por el sudor. Lentamente Melanie bajó la mirada—. No te viniste —Señaló mirando como el sexo de William seguía tan firme como un soldado, pero en vez de desilusionarse, ella se apoyó en sus rodillas —. Tenemos que hacer algo al respecto —Dijo ahogando el sonido del látex al quitarlo. Sin mucha ceremonia lo dejó a un lado. Paseó las manos desde los tobillos, pasando por las pantorrillas y muslos, acarició los glúteos de él, que abrió los ojos, encontrándose con los de ella, sonrió.

—Doctora, ¿Qué cree que hace?

Melanie se lamió los labios y sonrió con malicia. Soltó el duro y redondeado trasero para situar ambas manos en la base del sexo de William. Respiró profundo al ver la punta casi púrpura a sólo dos

centímetros de ella y abrió la boca, dando una primera probada.

William empujó las caderas hacia adelante, al menos cinco centímetros más se hundieron en su boca. Melanie abrió más los ojos por el embate, pero de inmediato comenzó a absorber… y jugueteó, la lengua hizo un recorrido entero desde la base hasta a la punta y viceversa. Los brazos de William temblaban y el empuje fue más notorio.

—Melanie… por favor… —Jadeó. Ella sonrió y volvió a tomarlo con la boca hasta el punto de sentir la arcada, ahí apretó fuerte y succionó tanto como pudo, fue el turno de William de morderse el labio. Melanie sintió la vibración previa al clímax, abrió la garganta e hizo de ella ese orgasmo, sólo entonces liberó a William.

Lo sintió caer a su lado.

—¿Estás bien? —Preguntó Melanie sonriendo.

—Más que bien —Respondió y alzó los brazos para que ella se apoyara en su pecho, luego la abrazó y ella comenzó a juguetear con las esposas.

—Cuando tus manos estén libres quiero que me toques por todas partes.

—Lo haré —Ambos sonrieron, ella besó las manos de él unos minutos, él le besó la coronilla—. Te amo, Melanie —Le susurró William, tan bajo que ella no supo si él quería que lo escuchara. Ella se quedó paralizada un segundo, pero luego alzó la cabeza y buscó los labios de William.

—Voy a sacarte de aquí, William. Haré lo que sea para lograrlo o moriré en el intento.

—Gracias, pero ahora estamos aquí y quiero aprovechar cada segundo.

—Lo haremos, pero quiero que sepas que hablé con una amiga que es abogado. La mejor de todas, y va a estudiar tu caso. Ahora no está aquí, pero sé que va a venir y vamos a apelar.

—¿En serio? —Preguntó él y la sonrisa que se dibujó en su rostro fue tan hermosa que Melanie quiso detener ese instante para contemplarlo por mucho tiempo. Ella asintió.

—Cuando te saquemos de aquí, te quedarás en mi casa y luego…

—Iremos sobre la marcha —Completó él.

—Sí —William la besó.

Tocaron la puerta.

—¡Un minuto! —Gritó Melanie saliendo del abrazo de William, se pusieron de pie lo más rápido que pudieron. Ella lo ayudó a arreglarse el uniforme y como pudo se arregló a sí misma. Se besaron rápido y luego fueron hasta la puerta.

Ella observó cómo se llevaban a William y el deseo de que Carlie la ayudara se hizo más potente.

Fue hasta su escritorio y vio la ficha del paciente que seguía: Cruz. Pero habían pasado varias sesiones en la que no lo veía. Sabía que el tema de la violación iba a ser delicado, pero lo había perdido. Cruz ya no volvería.

—Doctora, ¿recibe a su siguiente paciente?

Capítulo

19

Melanie se puso de pie cuando vio entrar a Cruz. Desencajado y pálido.

—Señor Cruz, ¿qué le pasa? —Preguntó ella en cuanto cerró la puerta.

—¿Puede recibirme, doctora?

—Por supuesto. Pase y siéntese —Dijo yendo hasta su escritorio, pero Cruz fue hasta el sofá de los pacientes—. ¿Qué pasa, señor Cruz?

Cruz estaba sentado con las manos en el regazo, la vista clavada en sus dedos entrelazados.

—Dígame ¿Qué ocurre?

—Anoche… —Cruz negó con la cabeza.

—¿Qué pasó anoche?

—Anoche violaron al recluso de la celda que queda al lado de la mía. Lo escuché todo…

Melanie ahogó un grito.

—Por Dios.

—¿Dios? ¿Dónde está Dios cuando eso pasa, doctora? —Preguntó viéndola—. ¿Dónde está ese Dios misericordioso cuando a alguien lo humillan de esa forma? ¡Era un niño, doctora!

—Señor Cruz, sé que lo que le pasó…

—¡No hablo de mí! —Interrumpió—. El recluso, llegó la semana pasada, tiene veintidós, se peleó en un bar con un niño rico y el otro terminó con un corte en la frente. Le dieron dos años. Y anoche un hijo de puta decidió que estaba bien violarlo —Melanie no sabía qué decir y Cruz prosiguió—. La mamá del muchacho está buscando dinero para sacarlo, tal vez lo consiga y saque al chico, pero él ya no va a ser el mismo, doctora. Nunca más.

—¿Pasa a menudo eso?

—No en las celdas. Normalmente es en las duchas y otras tantas

en el patio. Pero en las celdas del sector nueve, donde estoy yo, hay un fallo en las puertas, los engranajes se sacan con facilidad. Normalmente nadie se pone con esa porque todo el mundo quiere dormir en paz. Pero anoche no fue así. El chico gritó en el primer momento pero luego… supongo que lo amordazaron porque sólo escuché los gritos ahogados. Ese chico estará dañado…

—¿Usted se siente dañado, señor Cruz?

Cruz la miró y asintió.

—Fui violado por mi hermanastro cuando tenía diez años. Era un martes, en verano. Cruz siempre tenía cerveza en el sótano. Ese día nos habían dejado solos a Dylan y a mí un par de horas y vi a Dylan subir una cantidad considerable de cervezas hasta su habitación. Sabía que no debía decir nada, y no lo hice.

>>Estaba dormido, era más de media noche. Y Dylan me despertó, me dijo que quería que jugáramos juntos. Imagínese, él nunca jugó conmigo, pero estaba tan borracho, sabía cuando alguien lo estaba por Cruz y me alegré cuando me invitó a jugar y no a golpearme como hacía su padre. Dejó caer una revista pornográfica sobre el colchón, la mujer estaba atada a la cama y tenía el culo levantado, fue repugnante. Sentí las cuerdas en mis manos, cuerdas de saltar y cinta de embalaje. Le dije que no quería jugar, pero él me dijo que iba a gustarme. Me selló la boca con la cinta y me ató a la cama…

—Señor Cruz… —Comenzó a decir pero la voz le sonó quebrada.

—… El dolor me hizo llorar, más que cuando Cruz me golpeaba… Me dijo cosas sucias —Los ojos de Cruz se humedecieron, pero no dejó que salieran lágrimas. Su mirada era ausente—. Recé para que terminara, pero ese bastardo no se detuvo. Lo hizo dos veces. Cayó sobre mí y lo escuché respirar entrecortado en mi oído. Luego me dio vuelta y dijo que me quitaría la cinta de la boca sólo si le prometía no gritar. Asentí. No gritaría de todas maneras porque no tenía fuerzas. Me arrancó la cinta y pasó las páginas de la revista. “Si me muerdes te voy a sacar los malditos dientes” me dijo. Y lo haría porque en una de sus golpizas ya lo había hecho —Cruz se señaló los incisivos, uno lo tenía a la mitad —. Supongo que se hace una idea de lo que hizo entonces.

—¿Qué lo hizo no decir nada, señor Cruz?

—¿A quién? ¿A Cruz? ¿A mi mamá que tenía más miedo que yo? No se conoce la justicia a esa edad. Los que podían ayudarme no lo harían.

—¿Hasta qué edad sufrió el abuso?

— Un año y medio. Ese maldito bastardo… Sí, hasta los doce años, aprendí a repartir golpes de verdad y él tenía quince años, supongo que había encontrado una chica.

—¿Se detuvo simplemente?

Cruz sonrió con la ironía resaltando.

—No. Por supuesto que no. Él sí tenía un patrón. Cada martes. Sin error a las 12:06 de la mañana se metía a mi habitación.

—¿Tantas veces… lo siento. Continúe.

—Sí. Fueron muchas veces. Pero no sabía qué hacer, hasta que en la secundaria empezamos a ver prácticas de biología y tuve acceso a un bisturí. Diseccionamos una rana y me imaginaba que podía hacerle eso a Dylan. Así que ese día, cuando terminamos la práctica, guardé el bisturí entre mis libros y fui a casa. Lo esperé despierto. Aún recuerdo su cara, cuando presa de la adrenalina lo tiré al piso y puse el bisturí en su garganta. Le dije que si volvía a tocarme, de cualquier forma, le cortaría su maldito pene en pedacitos. Aún así me dijo que no me atrevería. Y lo corté a sólo centímetros… —Cruz sonrió satisfecho por un breve instante—. Su cara, nunca la voy a olvidar. Fue un rasguño solamente, pero el muy cabrón salió arrastrándose de mi habitación y nunca más volvió.

Melanie y Cruz se miraron.

—Fue entonces cuando se dio cuenta que podía ser el victimario y no la víctima.

—Supongo que sí.

—Pero eso no lo liberó.

—No. A partir de entonces siempre tenía el bisturí a la mano. Nunca duermo los martes…

—Dylan ya no está, y ese niño que sufrió abuso se hizo fuerte para enfrentar a su agresor.

—Y estoy aquí.

—Ya llegaremos a eso.

—¿Se acabó la hora? —Preguntó sorprendido y eso hizo sentir a Melanie que estaba haciendo su trabajo.

—No. Tenemos diez minutos, pero quiero que coma algo, y si se siente preparado, le diría —Ambos iban hasta el escritorio—, que hable con ese chico. No tiene que decirle absolutamente nada de lo que le pasó a usted, pero tal vez pueda decirle algo que lo ayude a superar lo que le ocurrió anoche.

Cruz comió galletas de avena, hasta que fue la hora.

—Gracias, doctora.

—Siempre es un placer recibirlo, señor Cruz.

Los días pasaron y Melanie estaba muy entusiasmada, había recibido un email de Carlie comentándole que el caso había tenido un gran avance la última semana, y que probablemente le dieran un receso de dos o tres días y ella podría revisar un poco las notas que había recibido por su parte.

Todo iba bien y ese lunes vería de nuevo a William. Estaba a punto de entrar a su oficina después del almuerzo cuando una silueta conocida apareció en el fondo del largo pasillo.

—¡José! —Exclamó yendo hasta él al trote—. ¿Cómo estás?

José la saludó con un movimiento de cabeza.

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien. Contenta de verte de regreso —Dijo honestamente, y sin pensarlo le puso una mano sobre el antebrazo a José, que se quedó viendo el gesto—. Lo siento —Se disculpó soltándolo. Recordando que hacía unas semanas ellos habían tenido una especie de "Cada quien por su lado"—. ¿Cómo sigue tu mamá?

—Mejor. Ahora está en casa de mi tía. Tenía tiempo queriendo ir a visitarla y con lo que hice con la guardia pude pagarle el pasaje y unas pequeñas vacaciones.

Melanie sonrió.

—Eres un gran chico, José.

—Otros lo llaman: no importa lo que tenga que hacer para intentar enmendar mi error.

—¿Has hablado con tu mamá sobre esto?

—¿A qué te refieres exactamente con "esto"?

—A tus sentimientos por lo que ocurrió.

José bajó la mirada.

—No. ¿Para qué?

—Vamos a mi oficina —Dijo. José la siguió. Cuando estuvieron adentro ella se dirigió al escritorio, José tomó asiento frente a ella —. ¿Por qué no le has dicho a tu madre como te sientes al respecto de su infarto?

—No hay palabras suficientes para pedirle perdón por casi matarla. Ya sé lo que me dijiste, pero eso no cambia las cosas, Melanie. Lo que hice le causó su primer infarto. No hay nada que cambie eso.

—Estoy de acuerdo, eso no cambiará, pero no puedes pasar tu vida haciendo las cosas por remordimiento o para alcanzar algún tipo de redención. ¿Qué hay de tus sueños?

—¿Sueños? Melanie, tengo una vida real, donde lo único que quiero es darle a mi madre la mejor vida posible, para eso tengo que salir y trabajar cada día. Y si sueño no podría hacerlo.

—Todos tenemos sueños.

—No. No te mientas. Sueños tienen los inocentes, otros tantos, como yo, sólo queremos ser personas con una moral medianamente decente y tener un empleo que te permita sobrevivir, y si lo hacemos bien tal vez algún día podamos tener una familia. Pero no son sueños, son necesidades y el instinto de supervivencia y reproducción.

Melanie se cruzó de brazos y paseó por la oficina.

—¿Qué ha ocurrido en estas semanas que regresaste tan pesimista?

Oyó bufar a José.

—Ocurrió la vida, Melanie. Eso ocurrió.

—Quiero que pienses en tus palabras de hoy. Y en un par de días me digas si piensas igual.

José se puso de pie y fue hasta ella.

—¿Y si sigo pensando igual, qué pasa?

Melanie sonrió resignada.

—Buscaremos la forma de hacerte cambiar de parecer.

José la miró alzando una ceja.

—Melanie…

—Buenos días, doctora. Le traje a su primer paciente de la tarde.

Melanie se quedó paralizada, la mano de José suspendida hacia su mejilla. La puerta de la oficina estaba abierta de par en par con Josh bajo el umbral y tras él: William.

Capítulo

20

No estaba segura si el nombre había salido de sus labios o sólo lo había pensado, pero José se puso tenso como cuerda de guitarra. Josh parecía desconcertado y William estaba en neutro, sin quitarle la mirada de encima.

—Gracias, Josh. Por favor pase y siéntese, señor Richards —Dijo alejándose lo más que pudo de José. Todos se movieron a la vez. Josh salió de la oficina, William entró y José se dirigió a la puerta, no sin antes lanzarle una mirada a Melanie que la dejó asustada, o tal vez el susto era por el silencio que se apoderó de la oficina cuando cerró la puerta.

No fue sorpresa que ni ella ni William fuesen a su rincón. Él estaba sentado en el sofá, inmóvil y callado.

—William… Yo…

—¿Cómo estás? —Preguntó él.

—Estoy bien —Contestó con un suspiro.

—Me alegro.

—Mira, lo que pasó es que…

—¿Te estoy pidiendo alguna explicación? —Melanie se quedó callada abruptamente—. No.

—Pero quizá…

—¿Quizá qué, Melanie? ¿Quizá vernos dos veces por semana no es suficiente para ti? ¿Quizá sólo estás confundida con lo que sientes por mí? ¿Quizá…

—¡Detente! —Soltó Melanie—. Nada de lo que dices es verdad, sé perfectamente lo que siento por ti, y sí, verte dos veces por semana me parece que no es suficiente, quiero estar contigo todo el tiempo —Se inclinó hacia él—. William, aquí no pasó nada con José, él sólo…

—¿Qué sientes por mí? —La interrumpió serio. Melanie buscó las manos de él y lo dijo:

—Te amo. Realmente lo hago.

William le sonrió.

—¿Lo dices en serio?

—Lo juro: Te amo —Los dos se pusieron de pie y fueron al punto ciego, se dejaron caer en el piso y se abrazaron sin decir palabras.

—Yo también te amo, Melanie.

—Entonces eso quiere decir que ¿estamos enamorados?

—Creo que sí —Contestó William sonriendo.

—Y así he roto todos los códigos de ética que aprendí… Pero se siente bien —William la besó de nuevo.

—Algunas veces romper las reglas se siente perfectamente bien.

—Lo certifico —Se recostó en el pecho de él—. Te extrañé.

—Yo también.

—Háblame de Clare. Hablar de ella te pone de buen humor siempre…

El miércoles, dedicó su sesión con William a recapitular los hechos de la muerte de Kate, no hubo error, ni algo nuevo que acotar. El informe para Carlie coincidiría con lo escrito en los e-mails.

Así se encontró el viernes llegando a su casa, emocionada en cierta forma porque el lunes se volvía a acercar y ambos remediarían la falta de romanticismo de la última sesión.

Y hablando de romanticismos.

—Hola, Melanie.

José estaba en la entrada de su casa, con ropa de civil: jeans negros, camisa gris, suéter con capucha a juego con los jeans y el cabello al natural, negro como la noche misma. Apetitoso en muchos sentidos.

—Ho-Hola, José —Saludó ella, era imposible dejar pasar que José era un hombre tremendamente atractivo.

—Es extraño, ¿sabes?

—¿Qué cosa? —Preguntó, buscando las llaves para entrar a casa.

—Me has rechazado un par de veces y aún así, no quiero rendirme —Melanie abrió la puerta y no supo que decir—. ¿Qué dice eso de mí, doctora? —Preguntó él entrando tras ella, sin cerrar la puerta.

—José, por favor…

—Pero ¿sabes qué es lo más curioso?

—No, no lo sé —Respondió tratando de sonar neutral, cerró las carpetas sobre la mesa ratona y sintió la mirada de José sobre su trasero.

—Que te gusto.

—¿Qué? —Preguntó enfrentándolo finalmente.

—Afuera, te sonrojaste al verme y te saboreaste.

—Bueno, José, no soy ciega.

—Entonces, explícame cómo es que teniendo un novio, este imbécil no se ha mudado contigo, es más, explícame cómo es que ni siquiera te visita.

—Tiene mucho trabajo —Dijo cruzándose de brazos.

—Así que su trabajo es más importante que tú.

Melanie rodó los ojos.

—Tal vez sólo está trabajando mucho para ahorrar y venirse, o llevarme con él.

José rió.

—Yo ahorraría para *venirme* contigo, o llevarte, pero no podría aguantarme el no verte al menos los fines de semana —Se le acercó. Melanie retrocedió un paso—. No tocarte —Siguió acechándola, hasta llevarla a la pared—. No besarte —José apoyó las manos en la pared, a los costados de su rostro, rozó sus labios con la punta de la lengua—. No hacerte el amor tantas veces como pueda durante cuarenta y ocho horas —Melanie le ordenó a su cuerpo no reaccionar ante las palabras de José, un susurro suave, una caricia tentadora…

—¿Por qué está la puerta abierta, Melanie? —Ambos, José y ella giraron la vista hacia la puerta, sacándose el abrigo Carlie DeVoux dejó las maletas en el piso y posó su mirada oscura sobre ellos. Melanie salió de la trampa de José y abrazó a su amiga.

—¡Carlie! ¿Qué haces aquí?

La hermosa mujer se agarró la larga melena color azabache en una cola de caballo, y sin dejar de mirar a José, contestó:

—Por lo visto: interrumpir algo realmente candente —Dijo, sin un ápice de disculpa o vergüenza en su voz.

—Oh. No, no es lo que crees —Aclaró Melanie—. Él es José Maldonado, un compañero del trabajo. José, ella es Carlie DeVoux, una amiga.

Ambos se acercaron y se dieron las manos.

—Un placer —Dijo José.

—Eso está por verse —Bromeó su amiga sonriéndole. Melanie sonrió la broma, así era Carlie: atrevida, honesta, cínica y agresiva. Tras varios segundos de silencio, volvió a hablar—. Bueno, si quieren les miento y digo que estoy muy cansada del viaje y los dejo solos para que continúen con su asunto en la pared.

José sonrió.

—Creo que mejor me voy —Dijo— Fue un gusto, Carlie.

—Como te dije, ya veremos, José.

—Buenas noches, Melanie.

—Hasta luego —Se despidió ella en la puerta. Antes de cerrar, José se giró y le susurró.

—Lamento haber sido tan… imprudente, pero creo en cada una de las palabras que te dije —Se volvió y caminó a paso rápido. Melanie lo miró hasta que desapareció en la esquina de la cuadra. Cuando entró en la casa Carlie estaba sentada sobre la maleta y la miraba con una expresión traviesa.

—Lo siento, Mel. No quería arruinarte la noche con ese bombón.

Melanie sonrió.

—Olvídate. No arruinaste nada, de hecho, tu llegada fue un milagro.

—¿En serio? Podía oírte jadear mientras entraba y el bombón te comía con la mirada —Ella no dijo nada—. Bien, entonces, el señor José ¿está disponible? —Preguntó Carlie poniéndose de pie y yendo a la cocina.

—Totalmente —Contestó Melanie siguiéndola.

Carlie, como siempre, comenzó a revisar los cajones.

—Dime que tienes algo fuerte para tomar.

—Afuera en la alacena de mi tía.

Carlie tomó dos vasos de la despensa, le agregó hielo y salió. Melanie no tuvo que ver cuál era su decisión, el trago de whiskey estuvo en su mano en menos de un minuto. Carlie bebió la mitad del contenido.

—Acabo de renacer —Comentó con un suspiro. Ambas ocuparon los extremos del sillón de tres plazas, con las piernas enrolladas.

—¿Qué haces aquí?

Carlie tomó otro sorbo de su trago.

—¿No se supone que tengo que ayudarte a sacar a Richards de San Severo? Creí que el montón de mails que me has enviado iban de eso.

Melanie sonrió.

—Pero ¿Y tú caso en Francia?

—¿No ves las noticias, Mel? La semana pasada se dio el fallo.

—Lo siento, he estado ocupada.

—Lo supuse, creí que me llamarías de inmediato para demandar mi presencia. Pero como no lo hiciste, decidí darte la sorpresa.

—¿Ganaste? —Preguntó.

—Pregúntaselo a mi cuenta bancaria, acaba de recibir un cheque con seis hermosos ceros, después de una decena.

—Vaya, felicidades, señorita DeVoux.

Hicieron un brindis.

—Así que cuéntame, Melanie. ¿Qué hay detrás de todo el asunto con Richards?

—¿Detrás?

—Sí, y ten cuidado con la elección de tus palabras, porque todo lo que digas podrá ser usado en tu contra.

Melanie tuvo que reír.

—No hay nada detrás, Carlie. Sólo es un caso de un hombre que está injustamente encarcelado. Se trata de hacer justicia, que si no me equivoco, es lo que haces para que te den cheques con seis hermosos ceros.

Carlie terminó su trago.

—Es un caso bastante curioso, Mel —Ella asintió—. Voy a ir a conocer a ese tal Richards.

—Lo supuse. Las visitas son los jueves.

—Me parece bien, tiempo suficiente para adaptarme otra vez a estar aquí.

—Y descansar.

—Y disfrutar, y si es con ese maravilloso espécimen, al que has rechazado, mucho mejor.

Melanie soltó una carcajada, pero una parte de ella quiso replicar. Ella adoraba a Carlie, pero sabía la capacidad que tenía su amiga para dejar en desgracia a un hombre, no quería eso para José.

—¿Estás de acuerdo, no? ¿Puedo meterme en esos pantalones?

—Sólo si prometes que lo dejarás intacto.

Carlie se sirvió otro vaso de whiskey.

—¿Qué tan intacto?

—Ya sabes, no dejarlo en ruinas, arrastrándose por ahí cuando lo dejes.

—No es mi culpa tener ese efecto sobre los hombres, una vez que me prueban, no pueden dejarme.

—No lastimes a José. Te estoy hablando en serio.

—Vale, entonces iré con cuidado con el bombón, pero no prometo nada.

Melanie suspiró.

—¿Tienes hambre?

—Obvio. ¿Has comido en un avión? No importa que vayas en primera clase, te sirven como si fueras anoréxica.

Volvieron a la cocina, Melanie preparó pasta con salsa y queso, y antes de la medianoche, ya Carlie estaba instalada en la habitación que había pertenecido a su tía y Melanie sabía que Carlie DeVoux lograría aclarar el caso de William, porque Carlie era la

mejor.

Capítulo

21

El sábado junto a Carlie hizo que Melanie se sintiera nuevamente una adolescente, pero con dinero, habían gastado una pequeña fortuna en ropa, habían comido en los mejores restaurantes y paseado, sólo en la noche del sábado, por seis de los ocho locales nocturnos más concurridos de la ciudad. El domingo fueron a almorzar en casa de los padres de Melanie donde Carlie había sido acogida como una hija.

Pero la vida real volvió el lunes. Carlie iba a terminar de instalarse en la casa, ponerse al día con algunas cosas y el jueves iría a visitar a William, pero Melanie no tendría que esperar y cuando William entró en su oficina, ella cerró la puerta de golpe y lo llevó arrastrando hasta el punto ciego donde lo abrazó con fuerza.

—Hola —Saludo él, después de besarla.

—Hola. Lo siento, estoy demasiado emocionada.

—¿Por qué?

Melanie soltó el agarre y alzó los brazos, William la apretó contra él.

—Porque estás aquí —Sonrió—. Y porque conseguimos a la mejor abogada del planeta —William la miró dudoso—. Carlie DeVoux, es una amiga de la infancia, crecimos juntas y ha venido para llevar a cabo la apelación.

—¿Estás hablando en serio? —William palideció y Melanie supo que era por la buena noticia.

—Lo sé, parece una locura que podamos ponernos en eso tan pronto.

—¿Y por qué tomó el caso?

—¿Además de porque llevo meses suplicándoselo? —Preguntó sonriendo.

—¿En serio?

—Sí, te lo había dicho antes.

—Sí. Lo recuerdo, pero… —Pobre William, estaba lívido, sin poder creer que eso estaba pasando.

—Vendrá a visitarte el jueves, debes darle todos los detalles, ella sabe lo que hace.

—¿El jueves?

—William, ¿Qué ocurre? —Preguntó—, parece que en vez de decirte que estamos listos para empezar a sacarte de aquí, te estoy diciendo que doblaron tu sentencia.

William de pronto negó con la cabeza y sonrió.

—No es eso, Melanie. Es sólo que… no creí que lo lograras tan pronto.

Melanie sonrió.

—La verdad, es que Carlie me sorprendió. Llegó el viernes, sin avisar.

—Gracias, por hacer todo esto por mí —Melanie le sonrió y le acarició el rostro.

—Te amo —Le dijo.

—Yo también te amo.

—Quiero que sepas, que aunque no me hubiese enamorado de ti, te ayudaría de cualquier forma.

—Pero nos enamoramos.

—Sí.

El resto de la sesión fue tan hermosa que Melanie, por primera vez lloró cuando William salió de su oficina.

—¿Qué te ocurre, Melanie?

—Nada —Contestó revolviendo la ensalada—. Fue un día pesado, nada más.

Carlie se situó frente a ella.

—Has estado llorando desde que llegaste, Mel.

—No es nada, es sólo que a veces el ambiente en el que trabajo resulta muy deprimente.

—Bueno, si quieres que sea honesta contigo —Melanie bufó en broma—. No deberías estar allí, Mel. Ni siquiera puedo imaginarte en ese sitio, mezclándote con gente tan incorrecta cuando tú eres tan correcta.

—Puedes darte la mano con José. Dice que soy muy blanda para la prisión.

—A José le daría más que la mano, pero como me lo vetaste… —Se encogió de hombros.

—No lo veté, simplemente te pedí que no lo dejaras hecho un guiñapo.

—Veto —Ambas sonrieron—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Bueno, si te interesa, ya encontré el permiso para visitar a tu

paciente favorito, armaré algunas preguntas y veremos que tan inocente es ese tal William.

—Creo que es bastante inocente.

—Déjame eso a mí, ¿vale? —Asintió.

Adoraba a Carlie, era su mejor amiga, la hermana que nunca tuvo y siempre quiso. Ojalá pudiera decirle toda la verdad sobre William.

El miércoles, fue Cruz su primer paciente. Llegó con una sonrisa en el rostro.

—Buenos días, doctora.

—Adelante, por favor, siéntese.

—¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, señor Cruz. Y no me atrevo a preguntarle a usted, porque se nota que se encuentra muy bien.

Cruz volvió a sonreír.

—Hablé con el chico, doctora.

—¿En serio? ¿Y cómo lo encontró?

—Bastante bien, le dije que podía superarlo, que no sería fácil, pero que lo haría.

—Estoy orgullosa de usted.

—Gracias —Dijo con un leve sonrojo en sus mejillas bronceadas.

—¿Por qué no vino la sesión pasada? —No fue una pregunta por reproche, sólo curiosidad.

—Estaba castigado.

—¿Por qué?

—Lecciones de vida.

Melanie lo miró alzando una ceja.

—¿Qué clase de lecciones?

—Como le dije, hablé con el chico, me dio nombres.

—Señor Cruz…

—No maté a nadie, doctora.

—Pero…

—Me ofrecí para ser el victimario, el chico tiene ganas de salir adelante, no quise que se dañara para vengarse, él estará bien.

—No sé si eso esté bien.

—Un alma podrida por un alma inocente, creo que está más que bien.

—Pero…

—¿Tendrá de esos deliciosos muffins con chispas de chocolate? No he dejado de pensar en ellos en días.

Melanie sonrió y abrió la fuente, en el resto de la sesión Cruz comió todos los muffins que pudo y ella no pudo enojarse con él.

La tarde de miércoles, pasó rápida en los brazos de William, ambos demasiado nerviosos o ansiosos para hablar, pero fue lindo para Melanie estar en los brazos de él, recibiendo sus caricias distraídas y besos esporádicos.

Carlie pasó por su oficina antes de ir al encuentro con William, por mucho que quiso, no le pidió acompañarla y cuando salió de San Severo, estuvo segura que irrespetó todos y cada uno de los semáforos en rojo que se atravesaron en su camino.

Cerró la puerta de la casa, apresurada y entró a la cocina como si se estuviese incendiando. La cena estaba servida sobre la isla y Carlie con un vaso de whiskey miraba unos papeles frente a ella.

—Hola —Saludó Melanie intentando desacelerarse.

—Hola, Mel —Respondió Carlie mirándola fijamente.

—¿Có-cómo te fue con Richards?

—Bien. Un hombre bastante atractivo si me lo preguntas, muy audaz y un completo mentiroso.

—¿¡Qué!? —Exclamó Melanie. Por respuesta, Carlie sólo le entregó el expediente y Melanie sintió que moría, allí, en su cocina.

Capítulo

22

No importaba cuantas discusiones había tenido con Carlie en toda su vida, ninguna había sido como esa, Melanie se negaba en redondo a creer que William le hubiese ocultado algo tan grave como aquello. Había leído el expediente al menos treinta veces y esas líneas, que Carlie tuvo a bien resaltar en color amarillo chillón, la persiguieron hasta en sueños.

Cuando la puerta de su oficina se cerró, Melanie ni siquiera volvió la mirada, estaba apoyada en su escritorio mirando la pared llena de reconocimientos.

—Hola, Melanie —Cruzó más fuerte los brazos y reprimió la apremiante necesidad de llorar—. ¿Melanie? —Insistió William, ella finalmente lo enfrentó.

—¿Cómo pudiste? —Preguntó con la voz quebrada.

—¿Qué pasó? —Contra preguntó él con expresión de incertidumbre.

—¿Qué crees que pasó? —William negó con la cabeza—. Me mentiste. ¿Cómo pudiste mentirme?

William la miró incrédulo.

—¿De qué hablas? No te he mentido en nada.

—¿No? —Soltó con ironía. Sacó la copia del expediente de William y le lanzó la página marcada. Él leyó y dejó caer la hoja.

—No recordaba esto… —Dijo él.

—¿No recordabas que el arma homicida, era tuya? —Escupió Melanie apoyando las manos sobre el escritorio—. ¿Cómo no recordaste que tu esposa murió por un disparo que salió de *tu* arma?

—Melanie, no es lo que parece. Sabes que todas las circunstancias fueron extrañas.

Melanie empezó a andar por la oficina porque tenía demasiada adrenalina corriendo por sus venas, cuando había leído que el arma homicida pertenecía a William Richards se había sentido morir, y ahora, ahí, sólo quería que él le dijera algo, lo que fuese, que explicara ese hecho. Ella no podía estar enamorada de un asesino.

—El arma era mía —Confesó William y ella sollozó, yendo casi en piloto automático hasta el punto ciego—. Pero no es lo que piensas, Melanie —Ella no podía hablar, estaba ahogada por el llanto. William fue hasta ella, guardando la distancia—. Mel, yo tenía un arma, la guardaba en una alacena en el comedor, donde fue encontrada Kate, los forenses me encontraron a mí camino al comedor. No tuve oportunidad de buscar el arma —Melanie lo miró secándose algunas lágrimas—. Meyer la encontró, porque el permiso iba a expirar y yo tenía que llevar el arma para renovarlo, no estaba guardada bajo llave, estaba en un estante, a la vista. No teníamos niños por los que temer, sé que no fue prudente, pero la tenía allí para recordar ir a renovar mi permiso. Momento equivocado, lugar equivocado.

Melanie recostó la cabeza en la pared, mientras más lágrimas abandonabas sus ojos.

—Tú no me lo dijiste…

William se ubicó a su lado.

—Cuando yo llegué abajo, te había dicho que vi a Kate desangrándose y luego Meyer me atacó y me dejó inconsciente, no escuché el disparo. Lo negué tantas veces en el juicio, que supongo que lo borré…

—¿Lo borraste?

—Melanie, no quiero grosero, pero tú sólo puedes hacerte una idea de los efectos que generan estos traumas en sus víctimas, pero nunca, nunca, sabrás lo que pasa realmente en sus mentes. Llámalo bloqueo. No tengo otra explicación para no habértelo dicho.

Pasaron unos minutos en silencio, Melanie absorbió una a una las palabras de William.

—No me siento con ganas de verte hoy. No puedo —Dijo Melanie poniéndose de pie y William la imitó, ella fue directamente a la puerta, se secó las lágrimas y abrió.

—Josh, por favor, puede escoltar al señor Richards —Dijo.

—Claro, doctora.

De alguna manera, algo se había roto entre ellos y Melanie no sabía si podían recuperarlo alguna vez.

Capítulo

23

Melanie fue a la puerta de su casa antes de que volvieran a llamar, Carlie estaba arriba, al parecer duchándose, llevaban casi una semana de monosílabo en monosílabo, salvo cuando ella le había dicho las acotaciones de William, que Carlie anotó sin entusiasmo.

—Hola, José —Dijo al abrir la puerta. José iba nuevamente de civil.

—Buenas noches, Melanie, ¿Cómo estás?

—Bien —Contestó, alegrándose de verlo—. ¿Quieres pasar?

—Seguro —Dijo.

—Siéntate, voy a servirte una limonada de las que tanto te gustan.

—Gracias.

Cuando Melanie volvió a la sala, ocupó el puesto más cercano a José.

—¿Qué va mal? —Preguntó él.

—Nada. Estoy cansada, eso es todo.

José se acercó.

—Dime que no tengo que ir a buscar al imbécil de tu novio para patearle el culo, por tenerte así.

Melanie lo miró.

—¿Mi novio?

—Sí, el idiota que trabaja tanto que nunca viene a visitarte.

—Ah, mi novio. Sí. No, no es él. Es en serio que estoy cansada, esta semana ha estado muy cargada en la prisión.

—Y que lo digas, esta semana hubo tantas riñas que casi lloré de emoción cuando llegó mi hora de salida. Me alegra poder salir esta noche para distraerme.

—¿Distraerte en mi casa? Al menos déjame ofrecerte una película.

José se sonrojó.

—Voy a salir con Carlie.

Melanie se quedó de piedra.

—¿Con Carlie?

—Sí, nos encontramos ayer en la tarde y me dijo que estaba un poco aburrida, así que vamos a salir. Si quieres nos acompañas.

—¿Y jugar a la tercera rueda? olvídalo —Dijo poniéndose de pie y yendo a la cocina, por alguna razón no le gustaba en absoluto la idea de que José saliera con su amiga.

—Melanie, ¿Qué pasa? —José la había seguido.

—No pasa nada.

—No lo parece. Ahora estás molesta.

Melanie comenzó a limpiar la isla de la cocina bajo la atenta mirada de Maldonado.

—Si quieres le cancelo —Dijo él, y sonó honesto. Melanie siguió limpiando.

—¿Por qué querría eso?

La mano de José detuvo el restregar frenético sobre el mármol de la isla.

—No lo sé. Dímelo tú.

Se miraron. José era su amigo y ella necesitaba un amigo ahora que se sentía tan desprotegida, Carlie, al hacer su trabajo y resaltar lo del arma en el expediente de William le había quitado algo a su relación, Melanie se sentía frustrada, engañada y necesitaba a un amigo, pero Carlie también se lo estaba quitando.

—Te juro que si dices una sola palabra cancelo con Carlie.

Melanie no retrocedió cuando José se le acercó peligrosamente. Era incorrecto querer decirlo, querer exigirle a José que cancelara con Carlie, era injusto porque ella estaba en una relación y estaba segura de estar sumamente enamorada de William, pero ahí, con José mirándola tan intensamente no podía dejar de sentir su sangre calentarse y fluir en olas hasta su vientre, porque José representaba algo muy distinto a lo que tenía con William. José era un Oasis.

—Melanie —Le susurró José—. Quiero quedarme contigo —Le dijo—. Puedo encontrar a un amigo que salga con Carlie, y en lo que ella cruce la puerta voy a desnudarte y mantenerte despierta toda la noche. Sólo dilo.

Por un momento Melanie pensó en las posibilidades, en dejarse hacer lo que José quisiera, que se entregaran al sexo durante horas y olvidaran al resto del mundo, solo ellos. Los tacones resonaron contra las escaleras. Carlie estaba bajando.

—Diviértanse —Murmuró ella, soltándose de José y yendo a las escaleras, Carlie se despidió con la mano y Melanie se encerró en su habitación dejándose atrapar en una vorágine de confusión.

El taxi se detuvo frente a la casa y Melanie juntó más las cortinas, Carlie y José bajaron del auto y caminaron hasta el porche, la ventana abierta permitía escuchar la conversación.

—La pasé realmente bien, José —Dijo Carlie deteniéndose en la puerta.

—Yo también, te agradezco mucho la conversación —Ambos rieron, como si se tratara de un chiste entre ellos.

—Deberíamos salir de nuevo —Apuntó Carlie en ese tono seductor que Melanie le conocía, tuvo que rodar los ojos.

—Cuento con ello.

—Entonces, nos vemos. Llámame mañana y vemos si salimos en la noche.

—Seguro.

Melanie se asomó lo justo para ver donde besaba José a Carlie, cuando fue en la mejilla no pudo evitar sentirse aliviada, pues sabía que si José besaba a su amiga, como la había besado a ella, Carlie no se detendría hasta tenerlo pidiendo clemencia en su cama.

La llave de Carlie entró en la cerradura y ella corrió hasta la puerta trasera en puntillas para no hacer ruido, cuando la puerta principal se cerró, Melanie ya estaba en el lateral de la casa.

—¡José! —Exclamó por lo bajo, llegando hasta la mitad del camino donde estaba Maldonado mirándola, por un momento sorprendido, hasta el segundo siguiente, cuando sus ojos la recorrieron entera, Melanie se miró a sí misma, las solapas de la salida de cama se habían abierto y se veía claramente la franela y short de algodón con las que iba a dormir, se abrazó juntando la bata y la mirada de José se posó en sus ojos.

—¿Qué pasa? —Preguntó acercándose más a ella, ambos miraron hacia el segundo piso, Carlie había encendido la luz de su habitación, aguardaron en silencio hasta que otra vez la habitación estuvo a oscuras—. ¿Qué haces despierta a las tres de la mañana?

—No podía dormir —Respondió sin mentirle.

—Ya veo.

—¿Vas a volver a salir con Carlie?

José sonrió.

—Lo estoy pensando —Contestó y Melanie quiso golpearlo.

—Ya veo.

—Pero como te dije, una sola palabra tuya bastará.

Melanie bajó la mirada, era egoísta querer prohibirle a José salir con Carlie, pero ella realmente quería hacerlo, vetarlos el uno al otro, que no salieran *nunca más*.

—Tal vez necesites un poco de persuasión —Dijo José de pronto

y la pegó a su cuerpo, para luego besarla como él solo sabía hacerlo. Fueron dando tumbos hasta llegar a la puerta de la casa, pero ninguno buscó la manija, sólo tantearon con sus manos hasta encontrar apoyo en la pared. José le apretó el trasero y ella enrolló una pierna en torno a él mientras se aferraba con los brazos por el cuello.

La lengua de José era ardiente y penetrante, la saboreaba, la seducía… Ella gimió cuando las manos de él migraron hacia adelante y entraron bajo el algodón de su camisa, manos fuertes le apretaron los pechos. Jadearon.

—José, no me toques así, por favor —Suplicó ella.

—¿Por qué? —Preguntó él sin apartarse de su boca y apretándole las puntas con más fuerza.

—… Me duele —Jadeó arqueándose, le dolía porque quería más, más fuerte, pero no podía terminar de hablar. José sonrió y fue dejando besos por su cuello, bajó, lamió los últimos trozos de piel que delimitaban con la camisa, siguió bajando y se apoderó de uno de sus pezones a través de la tela, ella se contorsionó y hundió los dedos en el cabello de Maldonado—. José… no podemos… —Dijo, pero su cuerpo la desengañaba, quería a José por todas partes y por debajo de la tela, una de sus manos buscó el borde de la camisa y se la subió hasta donde pudo, dándole espacio a José para alternar de uno a otro, las manos de él bajaron otra vez. Melanie quería parar, conscientemente quería detener aquello, pero le era imposible, quería tenerlo, quería que la tomara allí, casi en la calle, sin importar los vecinos, que eran compañeros de trabajo, que ella estaba enamorada de otro hombre, lo que sentía por José era química pura, atracción genuina de hembra a macho. Sin lógica, Instinto puro.

Melanie comenzó a tener espacios en blanco en su mente cuando José llevó una de sus manos hasta el centro de su cuerpo, la tocó en el punto exacto, haciendo que el sonido desapareciera, se movió contra esos dedos y José volvió a besarla.

—Detente —Susurró, pero como el gemido con el que lo dijo la hacía sonar como si quisiera todo lo contrario, José no se detuvo.

De alguna forma, Melanie sabía que eso estaba mal, no podía seguir haciendo eso, no podía permitir que José siguiera tocándola de esa forma, pero no quería dejarlo de nuevo al borde del precipicio, una parte de ella quería satisfacerlo… verlo llegar al orgasmo, que disfrutara y no se olvidara lo que *ella* podía hacerle. Con determinación detuvo las manos de José antes de que fuese demasiado tarde. Rompió el beso logrando obtener su atención.

—Necesito que mantengas tus manos fuera de mí.

—¿Por qué haría eso? —Preguntó él pasando el dedo índice por su apretado pezón.

—Porque te le estoy pidiendo —Para entonces el ritmo de su voz estaba más controlado, el jadeo iba disminuyendo—. Pon tus manos en la pared —José dudó un breve momento pero lentamente fue subiendo las manos hasta dejarlas a los lados de la cabeza de Melanie—. Y no las muevas, porque me detendré inmediatamente.

—¿Qué vas a… —Pero Melanie no lo dejó terminar, con rapidez hundió las manos dentro de la cinturilla del pantalón de José, encontrando de inmediato lo que buscaba. Él siseó y Melanie apretó la mano en torno al sexo creciente de Maldonado.

—Quiero hacer esto por ti —Le murmuró, pero él parecía no escucharla, ya que ella había comenzado a mover la mano de arriba abajo sin importarle que la presión de la cinturilla del pantalón le estuviese cortando la circulación en las muñecas. Siguió sus acciones y una de sus manos se hundió más, encontrando las hinchadas gemelas, el cuerpo de José estaba ardiendo bajo su mano y era un espectáculo que le quitó la noción del tiempo, aumentó el ritmo y él dejó caer la cabeza a un lado de su rostro, gimiéndole al oído.

—Mel… Detente o voy a… a correrme en tu mano —Gimió José sin dejar de mover las caderas con ritmo frenético.

—Hazlo —Dijo ella apretando más—. Hazlo *ahora*, José.

Él lo hizo, el gemido fue un grito ahogado y prolongado; Melanie tuvo que sostenerlo por unos segundos y tuvo que poner toda su fuerza de voluntad en no dejarse arrastrar por el cálido aliento de José en su cuello, mientras se recomponía.

—Se supone que esto es todo, ¿no? —Le susurró él recuperando el ritmo natural de su respiración.

—Sí.

—No, Melanie. Déjame entrar en ti… *necesito* estar dentro de ti.

Melanie gimió.

—No puedo, José. Esto es incorrecto. Yo estoy con alguien y lo que acaba de pesar me va a torturar por siempre. Sólo quise… compensarte por…

—¿Sexo por compasión?

—No hemos tenido sexo.

—Sólo porque justo ahora estamos hablando, porque en lo único que estoy pensando en abrirte las piernas y follarte toda la puta noche, pero tú no quieres.

Melanie soltó un suspiro. Imaginando a José todo desnudo sobre

ella…

—No —Repitió—. No sé lo que me haces, José, pero debe parar. Yo estoy con alguien —Insistió—, y lo quiero y respeto… Lo amo —Dijo comenzando a sentirse sucia.

—¿Lo amas?

—Lo siento. Me dejé llevar, pero no se va a repetir.

José le acarició la mejilla.

—Si me amputan las pelotas va a ser sólo tu culpa.

—Lo siento —Se disculpó con una media sonrisa. Se quedaron en silencio. José la miraba casi sin parpadear.

—Y como el estúpido que soy, voy a esperar a que cambies de parecer, Melanie Rice, porque lo harás. Lo sé. Vas a ser mía y entonces, no te dejaré ir. Nunca.

Melanie no esperó a que José desapareciera en la esquina de la cuadra, entró a su casa cuando él le dio la espalda, porque de alguna forma sentía que si lo veía un segundo más iba a olvidar su resolución y entonces todo estaría perdido con William.

Capítulo

24

El susto que se llevó Melanie cuando entró a la casa casi le acarrea un infarto.

—A alguno de los dos nos estás mintiendo, Melanie —Carlie estaba en el sofá, con ropa de cama, mirando en su dirección, pudo distinguirla por la luz que se filtraba por la ventana. Encendió la luz —. Entonces, ¿me mientes a mí o a José?

Melanie caminó hasta el sofá.

—No sé de que hablas.

—Bueno, primero, ¿Quién es el tipo con el que estás saliendo? Y ¿un compañero de la Universidad? Lamento tener que dudar, pero éramos unas asociales y no creo que te refieras al hippie porque eso terminó bastante mal —Carlie se puso de pie y caminó por la casa, como si de una sala de juicio se tratase—. Y si le estás mintiendo a José, la pregunta es ¿por qué? si es evidente que quieres follártelo desde el crepúsculo hasta el amanecer.

—Qué gráfica —Comentó.

—Melanie, soy abogado, tengo una mente cochina que piensa lo peor de todos, es mi trabajo —Fue hasta ella—. No quiero pensar algo que no es sobre ti. Eres mi mejor amiga. En realidad, mi única amiga y tú no eres así. La Melanie que conozco estaría escribiéndole cartas de amor a José, porque él te gusta, jamás se hubiese inventado un novio, no habría maquinado una historia tan burda. Así que quiero saber qué pasa, porque si pienso como abogado, tendría que atar cabos y todo me lleva a San Severo.

Melanie tragó fuerte.

—No quiero una relación ahora. José es una buen tipo, pero no estoy… no quiero una relación.

Carlie se cruzó de brazos.

—Júrame que William Richards no tiene absolutamente nada que ver con esa decisión.

Melanie desvió la mirada.

—Como ya te he dicho, el caso de Richards me pareció

interesante para ti y sólo lo quiero ayudar.

—Mel, no me mientas.

—No te estoy mintiendo —Soltó entre dientes.

—Creo que estás un poco conmovida con William.

—¿Conmovida?

—Eres una buena samaritana. Siempre has tenido *debilidad* por el débil. En este caso, con Richards en prisión y tú, creyéndolo inocente, da para el perfil.

—Si no quieres tomar su caso, sólo dímelo, pero no estés buscándole la quinta pata al gato.

Carlie soltó una carcajada.

—¿Cuándo escuchaste que abandoné un caso?

—Siempre hay una primera vez, si Richards no te cayó bien, perfecto. Deja el caso y ya veré quien lo quiere tomar.

—¡Ahí está! ¿Por qué tanto interés, Melanie? El tipo está perdido, encontraron a la mujer muerta, con un tiro de gracia disparado de su propia arma, múltiples puñaladas con un cuchillo que tiene sólo sus huellas y ¿adivina qué? ¡La mujer acababa de comprar un seguro!

—Él no lo sabía. Ya te contamos lo que pasó, tu deber es creerle, es tu cliente, no tu contra parte, debes apoyarlo y tu premisa debería ser “inocente hasta probar lo contrario”

Se miraron la una a la otra por largo rato. Carlie fue hasta las escaleras.

—No busques a nadie más, te dije que tomaría el caso y lo haré, pero créeme, justo ahora no confío en ti, en absoluto —Sin decir nada más y sin darle chance a replicar, Carlie la dejó sola.

Todo estaba mucho más complicado de lo que imaginó.

Aunque Melanie estaba acostumbrada al silencio de su casa, saber que Carlie estaba allí pero no le hablaba la hacía sentir malísimo. Afuera en la sala, su amiga tenía su portátil y montones de papeles, que leía, resaltaba algunas partes y volvía a leer.

—Melanie, ¿puedes venir, por favor? —Le llamó a final de la tarde, Melanie tomó unas galletas, un vaso de leche para cada una y fue a la sala—. ¿Qué es eso? ¿Una ofrenda de paz?

Melanie se encogió de hombros.

—Siempre te gustaron las galletas.

—Gracias —Dijo aceptando un par.

—¿Qué pasó?

—Me preguntaba lo mismo. Tengo todos los informes de tus sesiones con Richards y me llamó la atención ver que en las primeras reuniones le sacaste toda la información que es *casi* la

misma que está en el expediente, pero luego no hay mucho, más allá de que en cada sesión hablaron de Clare.

—Él fue muy abierto conmigo desde el comienzo y una vez que me contó sobre ese episodio, hemos venido haciendo un repaso de su vida, lo que por supuesto me ayuda a delinear su personalidad y en algunos casos a encontrar algún vínculo de un hecho de su infancia con sus actitudes del presente.

Carlie comió otra galleta.

—¿Por qué lo ves dos veces a la semana?

La estaba acusando de nuevo. No directamente, pero lo hacía. Tenía que salir ilesa otra vez.

—A él le gusta hablar y como en mi cuota de pacientes de este período quedaba un espacio vacante, se lo di.

—Ya —Soltó Carlie.

Volvieron a caer en el silencio.

—¿Vas a salir esta noche? —Preguntó Melanie, tratando de sonar lo más despreocupada posible.

Carlie sonrió con ironía.

—No lo creo.

—Deberías.

—¿Y con quién saldría?

—Llama a José.

—Estás de broma, ¿verdad?

Melanie se puso de pie.

—No. Creo que ambos la pasarían muy bien juntos.

—Melanie…

—Por mí está bien. Si te sentiste vetada, te quito el veto. Salgan.

Melanie se puso de pie y subió a su habitación. Le había costado decidir qué hacer con José y llegó a la conclusión que la única alternativa posible para ella poder concentrarse en William, era darle a José algo que lo alejara, no había nada mejor que los dos metros de piernas de Carlie DeVoux, esas piernas sabían mantener a un hombre bajo su completa disposición.

Capítulo

25

Mientras más pasaban los días, peor se iba sintiendo Melanie. En principio por lo que había ocurrido con José, algo que a todas luces no debía haber sucedido, un engaño, había engañado a William y él a ella, aunque en ámbitos diferentes. Todavía no sabía qué pensar sobre el arma, cómo William había "olvidado" un detalle tan crucial.

No sabía cómo pero pasó una semana entera y ella no habría podido decir qué hizo, qué comió o si había faltado al trabajo un día. Lo único que podía registrar fue un par de salidas de Carlie y la ausencia, que pesaba sobre sus hombros, de William en sus sesiones. Cuando regresó el siguiente lunes, no sabía qué hacer, aunque ella y William estuviesen peleados o hubiesen roto su relación, eso no debía influir en el hecho que ellos tenían que resolver el sacarlo de San Severo.

Dejó todo sobre el escritorio y buscó en el pasillo, por suerte la guardia era de Josh.

—Buenos días, doctora —Saludó el centinela levantando su gorra.

—¿Cómo le va? —Respondió ella amagando una sonrisa. Cuando los saludos terminaron se plantó delante del guardia y con la voz más neutral que pudo, hizo la pregunta que le aceleró el corazón—. Josh, ¿sabe por qué el recluso, Richards, no ha venido más a mis sesiones? ¿Qué pretexto ha puesto?

Josh se rascó la cabeza.

—¿Richards?

—El 2126.

—Ah, la semana pasada estuvo en su celda todos los días, creo que estaba enfermo. Y hoy, está castigado.

Melanie disimuló lo mejor que pudo su preocupación.

—¿De nuevo? —Josh se encogió de hombros—. ¿Cuándo lo castigaron?

—El jueves.

—¿Está en la celda de castigos desde el jueves? —Esta vez no logró que su voz sonase neutra, pero ya no le importaba.

—Sí, y estará allí una semana.

—¿Por qué?

—Estuvo feo el asunto… —Melanie no escuchó más, dejó a Josh hablando solo y bajó las escaleras como si el edificio estuviese en llamas. Tenía un destino fijo y haría lo que fuera necesario para llegar allí.

Habría sido la decisión en su voz o la furia de sus ojos, pero el celador del área de castigos le dio paso sin hacer demasiadas preguntas, la vez anterior que había estado allí no le había parecido tan lúgubre el lugar, daría crédito a José, que la había acompañado, sintió que su corazón se oprimía un poco, tal vez por el recuerdo de esa visita a William o por echar en falta la compañía y protección que José le proporcionaba, sea como fuere, sacudió la cabeza alejando esos pensamientos, empujó la puerta 4 justo después de activar el interruptor de luz que estaba afuera.

—Melanie —Exclamó William al verla entrar, para sorpresa de ella, no tenía un solo rasguño. Se veía que llevaba ahí varios días, pues una sombra de barba se dibujaba en lo bajo de su rostro, pero estaba intacto.

Contra todo lo lógico entre esa ilógica situación, caminó hasta él y se dio cuenta de lo que hizo sólo cuando William se sobó la mejilla que ella había tenido a bien abofetear.

—Eso fue por no aparecer en mi oficina en toda la semana —Sin pensar lo abofeteó otra vez—. Y eso por estar aquí, de nuevo.

—Y yo que creí que había sido astuto para que no me dieran de nuevo en la cara —Dijo él volviendo a sobarse la mejilla que se enrojeció de inmediato.

—¿Por qué razón, y más vale que tengas una justificación creíble, estás aquí otra vez?

William se alejó de ella.

—Tuve una pequeña discusión, nada extraordinario.

—Eso no fue lo que me dijeron —Replicó ella queriendo golpearlo de nuevo.

—En San Severo se dicen muchas cosas.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó a la defensiva.

—Tú me dijiste que no querías verme.

—Tuvimos una discusión, ¿qué iba a decirte?

—Melanie, nosotros no somos típicos para creer que después de una discusión tú me vas a despachar como si yo tuviese opción de darme una vuelta y regresar en quince minutos. Me dolió que me

dijeras que no querías verme.

Ella se cruzó de brazos.

—Prefería que te fueras, a decir algo de lo que pudiera arrepentirme después.

—¿Algo cómo qué? ¿Cómo que querías romper conmigo?

Melanie lo miró y por un momento sintió que todo sería más fácil si ellos rompían.

—¿Por qué estás aquí?

—No vale la pena decirlo.

Ella se exasperó aún más.

—Recuerda que estamos así por hacer exactamente eso, ocultar cosas.

Esta vez William apretó los labios y cerró los ojos, como buscando calmarse.

—Te lo dije, fue un mecanismo de defensa. Llámalo memoria selectiva si eso quieres. Lamento no haberlo dicho, pero no fue intencional.

—Le dije a Carlie lo que me contaste, y no te cree.

William la miró casi con ironía.

—Ella no cree absolutamente nada de mí.

—Pero es tu abogada y debes confiar en ella.

—Melanie, agradezco que la hayas traído pero lo único que me importa es que tú me creas, el resto… Ya no interesa. Estoy resignado a quedarme aquí por el resto de mi vida, pero que tú no me creas es peor que la pena de muerte.

—¿Por qué estás aquí? —Volvió a preguntar.

—No quiero decírtelo —Respondió William dándose vuelta.

—Te exijo que me lo digas —Presionó.

—Por favor, Melanie…

—¡Dilo! —Demandó tomando a William del brazo para que le diera la cara.

—¡Un maldito depravado se estaba masturbando diciendo tu nombre! —Exclamó enfrentándola— Ahí lo tienes, volví a mentirte, te había dicho que no me metería en problemas por ti, pero aquí estoy —Soltó con ironía—. Estoy tan enamorado de ti que actúo como un idiota, pero lo único que te importa es que, por una maldita vez en mi vida omito algo tan sumamente terrible que preferí darle olvido, no te dije lo del arma.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. De nuevo, William había salido en su defensa sin importarle nada. Sin importar que estaría una semana recluido en un hueco putrefacto y aislado.

—Lo siento —Dijo él tras un silencio muy largo—. No pude

evitar escucharlo ni que me hirviera la sangre y me volviera loco, ya sabes, se trata de ti. Y cuando es sobre ti, no pienso lógicamente, para nada.

Melanie sopesaba qué decir cuando el guardia de la entrada interrumpió.

—Doctora, la vinieron a buscar.

—¿Cómo? —Preguntó sorprendida.

—La buscan.

—¿Quién?

—Maldonado.

Capítulo

26

Melanie sentía que iba directo al paredón cuando visualizó a José en la entrada del área de castigo, una suerte que el guardia que la escoltaba fuese tan ancho como un camión de cargas porque pudo secarse las lágrimas con facilidad. Al llegar a la puerta, se sorprendió, la expresión de José era una mezcla escalofriante entre la sorpresa, la decepción y la más pura rabia.

Él la tomó del brazo y la llevó a zancadas hasta la salida, allí en vez de tomar hacia arriba en las escaleras, siguió hasta los pisos inferiores, cada vez la oscuridad se hacía más patente y el silencio abrumador. Dos o tal vez tres pisos por debajo de la tierra José se detuvo, encendió una luz disminuyendo apenas la oscuridad. Él no dijo nada, comenzó a caminar de una lado a otro sin salir del débil haz de luz, se mordía el labio inferior y fruncía el ceño, sacando cuentas, supuso Melanie, atando cabos… Descubriéndola.

—José… —Comenzó a decir, pero la mirada directa de él la silenció en el acto.

Más idas de un lado a otro.

—Dime que no es verdad lo que estoy pensando —José habló con una nota decadente de tristeza tan profunda que Melanie se sintió aún peor.

—No-no sé qué estás pensando —Dijo ella, su voz sonó demasiado culpable.

—Pienso que no existe ningún novio que trabaja mucho porque está ahorrando para llevarte con él, creo que me has ocultado demasiadas cosas y creo que todo tiene que ver con el recluso por el cual saliste corriendo a la celda de castigos.

Nada. No podía decir nada.

—¿Estás enamorada de un paciente, Melanie?

—No —Dijo tan pronto y convincentemente que se sorprendió.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué? —Contra preguntó.

—Melanie, ¿qué te está pasando con Richards? ¿Qué te movió a

llamar a Carlie para que viniera a desempolvar su caso? —La expresión de sorpresa en su rostro le dio la pauta a José para seguir con sus demandas—. Trabajo aquí, lo recuerdas. La vi. Vino la semana pasada. Nos cruzamos y aunque intentó no hacerlo, me dijo a qué vino. No pudo hablar con su cliente porque estaba castigado. La deducción no fue tan difícil después de todo.

—Sólo se trata de querer ayudar a alguien que, según todo lo que he logrado estudiar en nuestras sesiones, es completamente inocente.

Maldonado soltó una risa despectiva.

—Recuerda que estás tratando con hombres que son expertos en mentir, recuerda que además de eso tienes esa cualidad tan particular de creer que todos en el fondo tienen sentido de contrición. Tú piensas que soy un buen hombre, pero no es así, soy un hombre regular, lo que me demuestra que puedes tener más fe de la que la gente se merece.

—Eso es ridículo.

—¿Ridículo? Tan ridículo como que me hayas dicho que tu novio es un ex compañero de universidad, cuando según sé, eso es imposible. Y sí, todo eso me lo dijo Carlie.

—Carlie. ¿Y crees en todo lo que te dice Carlie? Supongo que sí —Dijo sin darle tiempo a contestar—, ya que has estado saliendo con ella.

Para su consternación, Maldonado rió irónicamente.

—¿Vas a hacerme una escena de celos? —Preguntó caminando hasta invadir su espacio personal—. Créeme, habría dejado que me frieran los huevos por eso hace dos días, pero ahora… —Negó con la cabeza. Y a ella no le gustó en absoluto.

—No estoy enamorada de Richards, sólo quiero ayudarlo. Y sí, soy una especie en peligro de extinción que cree que puede hacerse justicia.

José soltó el aire, evidentemente molesto.

—No se trata de justicia, sino de que esto te lo estás tomando demasiado personal.

—Sólo hago lo que creo correcto.

—¿Y crees que es correcto ir a meterte en la celda de castigos con un recluso… sola? —Recalcó la última palabra.

—¿De eso se trata, José? ¿De que estuve sola con él?

—Una parte.

—Entonces el que está haciendo una escena de celos, eres tú.

Maldonado la miró unos segundos y sin decir nada la agarró de los brazos con brusquedad hasta pegarla a su cuerpo.

—Sí. Te estoy haciendo una maldita escena de celos porque ¿sabes qué? Estoy que me reviento. ¿Qué hiciste con él? ¿Qué te dijo? Quiero saberlo todo, asegurarme que no tienes ni un maldito sentimiento inapropiado por ese hijo de puta que no te merece.

—José, me estás apretando.

Maldonado se relamió los labios.

—¿Qué me estás haciendo, Melanie? No puedo estar así de desesperado por ti. No quiero saber que ese tipo te hace sentir algo… Dime, ¿te gusta? —La miró con desesperación—. ¿Sientes cosas por él?

—Él necesita ayuda… —Dijo por lo bajo.

—¿Y eso es todo, Melanie, sólo quieres ayudarlo? —Ella asintió. Hubo más silencio—. Entonces ¿qué está mal contigo?

—¿Disculpa? —Preguntó al verlo sonreír.

—¿Por qué no quieres estar conmigo? Siento como se calienta tu piel cuando te toco —Dijo él mirándola fijamente—. Siento como se acelera tu pulso cuando estamos cerca —La mano de José se posó sobre su pecho, sintiendo los latidos de su corazón. Apretó—. ¿No fingiste ese gemido, verdad? —Ella cerró los ojos y se mordió el labio para acallar otro gemido—. Melanie, ¿qué pasa? ¿Por qué no quieres? Mira hasta donde he llegado tratando de encontrarle sentido a que te niegues a esto que sentimos.

—Simplemente no puedo —Soltó con los últimos vestigios de voluntad.

—Júrame que no es por él, Melanie. Júramelo.

—Por favor, suéltame y déjame ir.

—¿Es por él? —Insistió, soltándola lentamente. Ella simplemente esperó a estar libre del agarre de José y buscó las escaleras, debía escapar de Maldonado cuanto antes, él no podía saber la verdad.

Melanie se sumergió en una espiral de angustia esa noche, sola en su habitación, atrapada con la persona que más detestaba en ese momento: ella misma. No podía dejar de llorar, las lágrimas eran un torrente incontrolable y por más que se obligara no podía parar, tenía miedo y estaba del todo segura que era porque sabía que tarde o temprano terminaría hiriendo a William o a José, ambos hombres se habían clavado en su corazón. ¿Cómo, en nombre de Dios —y de la ciencia—, ella había quedado atrapada en esa trampa? ¿Cómo podía querer a dos hombres? Más importante aún, como podía salir de esto causando el menor daño posible, no, eso no era lo más importante, lo que era casi una urgencia era hablarlo con alguien, en esos momentos ella necesitaba una amiga.

Como si la hubiese convocado, los pasos de Carlie se oyeron en

los últimos tramos de la escalera, Melanie se puso de pie, dispuesta a contarle todo, suponía que al contarle la verdad entera a Carlie también entendería y aceptaría la inocencia de William, y teniéndola de su lado todo sería más fácil, más simple. ¿Cuán equivocada podía estar?

Carlie entró en su habitación sin darse cuenta de que Melanie salía de la suya mientras hablaba por teléfono, su amiga no cerró la puerta y ella se pegó a la pared para poder oír.

—…Me encantó lo de las esposas, pero para disimular las marcas tuve que llevar chaqueta todo el día y estaba haciendo un calor de los mil demonios —Dijo sonriendo mientras se desvestía, el celular lo apretaba entre su oreja y el hombro.—… Sí, qué pena que trabajes hasta tarde hoy —Melanie se llevó una mano al pecho, sintiendo un agudo dolor—… Te aseguro que eres el primer hombre al que le pido la segunda vez…— Ella rió de forma coqueta— ¡Claro que no! No quedé para nada insatisfecha, todo lo contrario, quedé tan complacida que quiero repetir —Carlie se lanzó en la cama y bajó el tono de voz, a un susurro sensual—. Claro que quiero salir, ¿te parece mañana?... Sí, no hay problema… Puedo llegarme directamente allí… Sí, por eso —Era José, Melanie lo supo, estaba arreglando una cita con José y se encontrarían en otra parte para no cruzarse con ella, sería incómodo—. Que sea una cena y si tienes suerte me quedo para el desayuno.

No necesitó oír más, con las manos aún sobre su pecho, volvió a su habitación casi arrastrándose, si lo que sentía no era su corazón roto, entonces no sabía qué era lo que le pasaba, pero la realidad era obvia, su dolor no era en el orgullo sino en su corazón: Estaba enamorada de José Maldonado, y era como si siempre lo hubiese sabido, él, con su peculiar personalidad, con su instinto protector y su insistencia, se había filtrado en su corazón y ella se había negado a aceptarlo porque… amaba a William ¿verdad?

—Ay, por Dios —Sollozó echándose a llorar sobre su cama.

Melanie estaba demasiado alterada y confundida, pero saber que José ahora estaba con Carlie… La estaba matando de dolor.

Capítulo

27

Pasaron un par de días, Melanie recibió un memo informando de visita conyugal ese fin de semana. Tal vez si fuese a ver a William, podría… ¿Arreglar algo? ¿Olvidar a José? Se rió de esa idea absurda. José era como un tatuaje: doloroso e indeleble.

Y así llegó el sábado, la peluca sobre su regazo era la confirmación física de que su corazón había elegido, la devolvió a la bolsa negra, salió del auto y colocó el paquete en la maleta.

El depósito estaba cerca el basurero de la zona, por lo que el olor era repugnante, no obstante, Melanie se acomodó la ropa y se dirigió a la caseta de seguridad con su credencial de San Severo apretada en el puño. Enterarse de cuál era el depósito donde llevaban las pertenencias de los reclusos fue sencillo, con un par de preguntas fue suficiente.

—Buen día —Dijo al hombre encargado, de bigote y sudoroso la miró de reojo.

—¿Estás perdida, muñeca? —Preguntó volviendo la vista al televisor en blanco y negro.

—No. Necesito ir a un depósito —Dijo Melanie con la voz firme.

El guardia finalmente apartó la mirada de la pantalla y volvió su atención a Melanie.

—No creo que tengas algo que buscar aquí.

Melanie le mostró su credencial de San Severo.

—Trabajo en la prisión y necesito entrar al depósito de William Richards.

—Aquí no trabajamos por nombres, doctora Rice —Dijo el hombre viendo la credencial con desconfianza.

Ella recitó los números que había aprendido de memoria, le habría dado el nombre completo, el color de ojos y hasta la talla de zapato de William si el hombre se lo hubiese pedido, porque conocía todo de William, incluso su corazón, un corazón que ella iba a tener que hacer sufrir porque ya todo había cambiado.

Enamorarse, suponía ser algo hermoso, que te hacía flotar y sonreír sin motivo, para ella, saberse enamorada era romper el

corazón de un hombre que necesitaba cariño, pero ella no podía seguir con William si no estaba enamorada de él, aunque en realidad no estaba segura de qué sentía por él, tal vez los amaba a los dos y eso la convertía en algo peor que una perra egoísta, ególatra e inmadura.

Dios, tenía que acabar con esa situación, con José todo estaba perdido, porque él ya había sucumbido al encanto de Carlie y Melanie sabía como de destruido quedaba un hombre después de eso.

El hombre se rascó la cabeza.

—Doctora, lo siento, pero no creo que esté autorizado para dejarla pasar sólo con su credencial de empleado. Tal vez si vuelve cuando esté el dueño…

—Señor… —Melanie miró la placa del hombre—. Señor Lowell, San Severo paga el 70% de los depósitos de este lugar, le aseguro que no quieren perdernos como clientes, así que si no me deja pasar, voy a hacer un informe y esta asociación se va a diluir en menos de 24 horas y usted se quedará sin empleo.

Lowell pareció pensarlo.

—Está bien —Dijo—. Pero yo la acompaño.

Ella lo siguió con el corazón latiendo fuerte contra su pecho.

—Sólo 5 minutos, doctora —Le dijo mientras abría la puerta, Melanie miró dentro, la verdad no había muchos objetos, sólo cajas y un par de lámparas de mesa en muy mal estado. Tras revisar una docena de cajas encontró lo que buscaba—. Debemos irnos —Apremió Lowell. Melanie miró la foto en su mano, la guardó y se llevó la caja con ella. Antes de salir de allí entregó un par de billetes al guardia y lo dejó atrás.

Al llegar a casa ya caía la tarde, Carlie ya estaba lista para su cita, un vestido hecho para sacar con toda facilidad, sus largas piernas se veían aún más largas con los tacones de al menos 15 centímetros y su exuberante melena oscura reclamaba a gritos: Sexo.

—Hola —Saludó sin ánimo.

—¿Dónde estabas? —Preguntó Carlie.

—Fui a dar unas vueltas por ahí.

Carlie miró la caja que llevaba en las manos y alzó una ceja, pero no preguntó sobre eso.

—Necesito ir a hablar con tu amigo.

—No es mi amigo, Carlie. Es un paciente —Aclaró molesta.

—Bueno, tengo que preguntarle un par de cosas y así tal vez pueda hacer la petición de apelación la próxima semana.

—¿Qué?

—Me escuchaste.

—Puedo hacerlo ir a mi oficina el lunes a primera hora y obtener la información para ti.

Carlie rió de forma irónica.

—No, Mel. Tú cometes siempre el mismo error cuando le pides información.

Melanie miró a su amiga extrañada.

—¿Qué error?

—Creerle —Sentenció. La expresión de Melanie tuvo que decirle algo a Carlie porque la alcanzó y la señaló acusadoramente—. Estás equivocada, Melanie. Equivocada —Su amiga se dio la vuelta, tomó su bolso y salió de la casa. Melanie no le daría la razón, William era inocente y saldría de San Severo.

Mucho más tarde, con la casa en silencio y casi en total oscuridad, Melanie dejó la caja sobre la mesa y abrió la tapa. En efecto, la foto era de Clare y William, ella reconocería esos ojos entre millones de pares de ojos. Tenían algo hipnótico, incluso desde niño.

Era tal vez un golpe bajo llevarle la foto de su hermana para tratar de compensar lo que iba a hacer, no iba a seguir engañándolo, sus sentimientos habían cambiado, pero trataría de hacer el menor daño posible. Los dedos de Melanie acariciaron el papel brillante, para después dejarlo a un lado y sacar una carpeta naranja, tenía gomas para cerrarlas, no tuvo cuidado y las ligas cedieron.

La carpeta pareció explotar y con ello la horrible verdad le salpicó en un revuelo de recortes de periódicos.

Capítulo

28

A un año de la muerte de Angela Hubber, siguen sin pistas de Charles Barrow.

Eran dos completos desconocidos los implicados en los titulares, pero la foto…

—Dios mío —Susurró Melanie, mirando de cerca el trozo de papel, ese hombre que aparecía junto a una mujer, en su boda… Dejó el artículo y tomó otro. Su corazón bombeaba de forma estrepitosa.

La madre de Margareth Simons clama justicia y acusa al desaparecido John Thompson del asesinato.

Este artículo llevaba también una fotografía, esta vez parecía la de alguna identificación, el hombre llevaba bigote. Melanie miró dos artículos más relacionados, no los leyó, sólo veía las fotografías. Otro nombre apareció, ahora el de: Grace Green, el esposo Joey Meyer también estaba desaparecido.

—Joey Meyer… —Fuera de sí, Melanie alineó los artículos, diferentes tamaños, algunos impresos a color, otros en escala de grises, pero todos ellos tenían algo en común, todas las mujeres tenían algún parecido con Clare, ya fuese el color de cabello, la forma de los ojos, el color de piel…

Kate Brown vio su vida arrebatada la pasada noche, su cuerpo sin vida fue hallado junto al del que fuera su esposo, William Richards, inconsciente tras lo que los expertos declararon "un campo de tortura". La joven presentó múltiples contusiones, 16 puñaladas y un una herida de bala, que causó la muerte inmediata (…)

La familia de la víctima se encuentra consternada y no han dado declaraciones, pero se pudo saber que en horas de la mañana su representante legal introdujo la demanda en contra de Richards, quien se encuentra recluido en la prisión local.

—Esto no puede ser cierto… —Dijo negándose—. ¡No puede ser cierto! —Gritó arrastrando un par de recortes de la mesa y tirándolos al piso—. ¡No! —Repitió pero esta vez un sollozo se le escapó de la garganta. William no podía haberla engañado así. Él no

podía haber cometido todos esos crimines. Su estómago se revolvió —. No es él…

—Amo tu fe en mí, Mel.

Se le heló la sangre, a Melanie en el momento en que la voz de William llegó a sus oídos verdaderamente se le heló la sangre, se giró bruscamente dándole la cara a ese asesino. William, llevaba el uniforme de los guardias de la prisión. Pero lo que más aterró a Melanie fue la mirada de él: había maldad pura, esos ojos que la habían cautivado, en ese momento la hacían temer.

—¿Qué haces… cómo… —Melanie caminó a un lado intentado poner la mesa en medio de ella y William.

Los ojos de él se arrastraron por los recortes.

—Creí que estaríamos solos esta noche —Dijo en tono lúgubre —. Pero veo que decidiste conocer a las que pronto serán tus amigas, antes de reunirte con ellas —En el rostro de él apreció una sonrisa llena de ironía, ella jamás la había visto—. Hubo una fuga, ¿no te enteraste? —Preguntó—. No lo creo, sólo han llamado al personal armado —William dio un paso más y Melanie intentó organizar su cerebro, limitar el pánico y buscar la forma de salir de allí.

—William…

—No me llames así. No hoy.

Melanie tuvo a bien soltar una sonrisa derrotada.

—Por supuesto que ese no es tu nombre real.

—No, Mel. Me llamo Nathan —Dio otro paso. Una mesa no serviría de barricada. La puerta era el objetivo—. Un placer conocerte —Soltó una risita idiota.

—¿Nathan? ¿Quién eres? —Tenía que distraerlo de lo que fuera que él tenía pensado hacer, que aunque no lo había dicho abiertamente, era bastante obvio al ver su mirada desquiciada.

—¿Quiere hacerme hablar, doctora? —Preguntó sonriendo—. Como en las películas. El discurso del villano al final, así da tiempo de que llegue el héroe —Melanie dudó que llegara algún héroe. José estaba con Carlie, sólo Dios sabía dónde—. ¿Tienes un héroe, Mel? —Preguntó William… Es decir, Nathan, con burla en el tono de voz. De pronto se impulsó en la mesa haciendo a Melanie saltar y dar contra la pared. Los ojos de Nathan se posaron en ella con malicia—. Ahora… corre.

Melanie sólo dio dos zancadas antes que un brazo la atrapara por la cintura, mientras el otro servía para taparle la boca, justo cuando iba a lograr gritar.

—Era una broma, doctora. No puedes huir de mí. *Yo* soy tu

héroe —William la pegó a la pared con una brutalidad inusitada. Melanie podía sentir los latidos de su corazón en los oídos y la sien, cuando él se le acercó supo que el final había llegado para ella.

—¿Vas… —Comenzó a preguntar, pero terminó por soltar una afirmación—. Vas a matarme.

William sonrió de forma espeluznante, se acercó tanto que ella se estremeció con su aliento.

—Puedes apostarlo —Susurró.

Y tras esto, la agarró de los brazos con una sola mano mientras con la otra la dominaba con el cabello.

—No te atrevas a gritar o te cortó la maldita lengua —La amenazó William y estampó su cara sobre la mesa, haciéndola ver luces de colores por el dolor—. Te presento a Margareth Simons —Le dijo William presionando su cuerpo contra la mesa, liberó su cabello para acercarle un recorte—. Duramos un año y medio casados. Murió casi de inmediato —Dijo él con decepción—. Sólo aguantó un par de puñaladas y con un golpe mal dado quedó ahí. Muerta —Él soltó un bufido—. Siempre lo arruinaba todo, ¿no crees, Mel?

Sin darle oportunidad, la levantó con brutalidad y dio un rodeo a la mesa.

—Esta es Grace Green —Dijo volviendo a repetir la acción de golpearla contra la mesa y aprisionarla con fuerza—. Era una dulzura de mujer. Con ella fui más cuidadoso, no quería otro mal golpe que arruinara el momento —William la levantó y le susurró —. 12 puñaladas, dejó de respirar como a la quinta, pero yo necesitaba más.

¡Boom! De nuevo contra la mesa y esta vez sintió como de alguna parte de su cabeza resbalaba la sangre.

—Angela… La dulce y devota Angela Hubber —William suspiró en el oído de Melanie—. Era un dolor de culo. Nos hacía ir a la iglesia todas las noches. No aguanté más de 3 meses con ella. Le di 5 puñaladas y un disparo. ¡Justo en el centro de su religiosa cabeza! Ella se fue rezando.

William volvió a separarla de la mesa y otra vez estamparla contra la superficie, mucho más fuerte que las veces anteriores. Un quejido salió de él.

—A Kate ya la conoces —Melanie cerró los ojos con fuerza, ella había sentido celos de Kate y el amor que este hombre decía sentir por ella—. Y como ya la conoces, te confesaré algo que no sabes: Esta perra peleó por su vida. Se defendió de una manera excepcional. Casi no podía apuñalarla. ¡Ella logró herirme! Y ese

fue el error, Mel. Logré dispararle después de que ella me hirió en la pierna, pero perdí mucha sangre y me desmayé. El resto ya lo sabes.

Ambos quedaron en silencio unos segundos hasta que William la tiró al suelo, Melanie intentó pararse pero él le pisó la espalda.

—¿Qué dirá tu titular, Mel? —Preguntó agachándose, aún con el pie sobre la espalda de ella—. De múltiples puñaladas es encontrada muerta la Dra. Melanie Rice, ¿cómo suena eso? —Le preguntó como si ella le fuese a contestar—. ¿No te gusta?

—Por favor, no…

—*Shu, shu, shu* —La acalló—. Es mi turno, doctora —Dijo y la volteó con fuerza para dejarla boca arriba, se sentó a horcajadas sobre ella y le tapó la boca—. No te imaginas, Mel, cuantas veces imaginé este momento. Incluso cuando follamos únicamente pensaba en todas las formas que podía matarte. Sólo recordarlo me hace querer correrme de nuevo.

—¡No! —Gritó volteando la cara, empujó a William y trató de impulsarse. Él la retuvo, le agarró las muñecas contra el piso y se acercó a lamerle la mejilla—. ¡Déjame! —Movió la cara y su boca quedó justo al nivel de la oreja de William, ella lo mordió.

—¡Maldita perra! —Exclamó él agarrándose la oreja de donde manaba sangre. Melanie aprovechó la sorpresa y el descuido de él de haberla soltado, sacó las piernas debajo del cuerpo de William, se impulsó para correr y comenzaría a gritar por la calle para alertar a los vecinos, pero no lo logró.

William se lanzó a agarrarle las piernas, haciéndola caer al piso, nuevamente la giró y se montó a horcajadas sobre ella, con una mano le agarró la cara, apretando sus mejillas.

—No, no, no. Eso no se hace, Mel.

Y entonces Melanie, tuvo que pelear por su vida, pero conoció el dolor físico en su máxima expresión.

Capítulo

29

Al recuperar la conciencia estaba en la peor situación posible, atada con cables de sus propios electrodomésticos a una silla de su propio juego de comedor, las partes de su cuerpo golpeadas latían, el dolor se propagaba como una enfermedad, el sabor a sangre estaba en toda su boca y el espeso líquido resbalaba por su barbilla mezclándose con las lágrimas que le nublaban la vista.

William… Nathan, caminaba a lo largo de la mesa arrastrando los dedos por los recortes de periódico hasta que llegó a la fotografía de Clare, Melanie gimió al ver la expresión en el rostro de él, el odio era casi palpable, un odio desmedido y desproporcional por una niña de 5 años que además estaba…

—Dios mío… —Sollozó y William centró su atención en ella.

—Creo que le mentí un poco, doctora —Confesó el hombre sin ápice de arrepentimiento en su voz.

—Fuiste tú —Sollozó Melanie —. ¡Tú mataste a Clare! —Gritó, y la rabia que sintió la hizo dar un tirón para liberarse aporreando sus extremidades atadas. William llegó hasta ella y se situó detrás de la silla, hablándole al oído.

—No grites, Mel —Le susurró, tratando de taparle la boca—. No todavía.

—¡Eres una bestia! ¡Un maldito psicópata! —La voz se le quebró, ella había dejado que él la engañara y no sólo eso… Quería vomitar.

—Mi dulce, Melanie — Le susurró acariciando su cuello—. Ella debía morir. Me ponía enfermo —Dijo rozando los labios en el hombro de ella.

—¡No me toques! —Melanie estaba fuera de sí. Eso era una pesadilla y tenía que despertar—. ¡Quítame tus asquerosas manos de encima!

William rió en tono grave.

—Recuerdo que hasta hace poco querías exactamente lo contrario —Melanie lo miró con odio—. Parecías una perra en celo —Escupió William, jalándola del cabello y echando su cabeza hacia

atrás—. ¡Eres una perra! —Le dijo con los dientes apretados jalando más fuerte y soltándola con violencia, la silla se tambaleó y cayó al piso. William no tuvo ningún cuidado cuando pasó sobre ella rumbo a la cocina. Melanie oyó como registraba los gabinetes—. Bonito juego de cuchillos, Mel —Los pasos volvieron y con una fuerza asombrosa William recolocó la silla.

Indudablemente ya no había rastro de razón en él, William estaba completamente desequilibrado… e iba a matarla. Aún así, Melanie quería aferrarse a la vida.

—¿Por qué yo? —Preguntó con una mezcla de emociones en su tono. William no le respondió, sólo la miraba de forma penetrante e hipnótica. Era esa mirada la que la había llevado a ese momento, a caer bajo un brumoso encanto, a amar a un hombre inexistente. William la había hecho dudar de su cordura y ella necesitaba saber por qué—. ¡Maldita sea, me lo debes!

William se detuvo frente a ella y sus dedos fueron suaves cuando le recorrieron la línea de la barbilla hasta hacerle levantar la cara para que lo mirara.

—Me la recuerdas demasiado —Soltó él de pronto, Melanie apenas reaccionó cuando William volvió a tirar de su cabello y un grito ahogado de espanto abandonó su garganta cuando los mechones irregulares de cabellos iban deslizándose por su cuerpo hasta el piso. William le estaba cortando el cabello con el cuchillo. Los sollozos empezaron a salir de manera incontrolable—. ¡Cállate, maldita perra! —Le dijo pateándole las piernas—. Siempre estás hablando, siempre quieres dar tu maldita opinión y demostrar que eres muy inteligente. ¡Eres igual a ella!

—Déjame ir, por favor —Pidió—. No diré nada. Incluso puedo ayudarte a escapar, pero…

—¿No te mato?

—¿Cómo puedes hablar con tanta facilidad de matar?

—Con la misma que los demás hablan de vivir —Melanie sollozó, dio gracias a Dios por lo hermoso de su vida y alzó la mirada para enfrentar a su verdugo.

—Creí en ti. Moví cielo y Tierra para ayudarte… —Sollozó de nuevo—. Arriesgué todo para ayudarte, mi carrera, mi reputación… mis amigos…

—¿Tus amigos? —Preguntó—… la abogada. Ella sí que no cayó. Tal vez deba buscarla luego de que termine aquí. Sabe demasiado —William hablaba como si todo aquello fuese divertido para él y Melanie sólo podía esperar que Carlie y José se estuviesen divirtiendo tanto como para no regresar, si a ellos les ocurría algo

sería sólo su culpa—. ¿Ahora vas a rogarme que no le haga nada a tu amiga?

—Por favor… —Pidió con un gemido de dolor.

William sonrió.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿Y por tu otro amigo? —Melanie se tensó más y miró a William directamente a los ojos—. Las paredes tienen oídos, doctora Rice. ¿Cómo no saber sobre lo que ocurría entre la psicóloga y uno de los guardias de San Severo? —William se colocó frente a ella—. ¿Cómo era su nombre? Ah, sí, Maldonado ¿cierto? —Melanie no se movió, su corazón estaba a punto de explotar— ¡Te hice una pregunta! —Exclamó William y Melanie sintió un agudo dolor en su brazo, el cuchillo ensangrentado reposaba en la mano de William— ¡Cuando te haga una maldita pregunta, debes responderme! —Y para afirmar su orden la golpeó con el dorso de la mano izquierda— ¡Tú eres mía! ¿Cómo te atreviste a engañarme con ese infeliz? No creas que hago esto por celos, es cosa de principios. Tú eres mi presa. ¿Dónde está él ahora, Mel?

—No lo sé… —Respondió entre sollozos.

—¿No lo sabes? Pero yo sí. ¿De dónde crees que saqué este uniforme?

Melanie lo miró de los pies a la cabeza, era sin duda el uniforme de los guardias, pero pensar que era el de José la hizo sentir que moría.

—Por favor, por lo que más quieras —Y ella no tenía idea de qué podía ser eso—. No le hagas daño —William sonrió—. Estoy aquí. Hazlo. Mátame, pero déjalo, por favor. Mátame.

William frunció el ceño.

—Estás arruinando la diversión, Melanie —Dijo negando—. Quiero verte sufrir —Le dio una bofetada que la hizo escupir—. Quiero que llores lágrimas de sangre —La volvió a golpear—. Cada mujer que maté, se lo merecía.

—¡Ellas te amaban, idiota! —Exclamó.

—¿Cómo me dijiste? ¿¡Me llamaste idiota!? —Gritó—. ¡No me llames idiota! —Exclamó. Melanie se encogió más en la silla presa del pánico cuando él se acercó de forma amenazante, pero William se alejó y comenzó a golpearse la cabeza con las manos—. ¡No me llames idiota! ¡No me llames idiota! ¡No me llames idiota! ¡No me llames idiota! ¡No me llames idiota! ¡Tú eres idiota, perra! —Exclamó, pero no se lo decía ella, William estaba en un trance—. Mamá no está aquí para defenderte —Dijo mirando un espacio vacío—. ¡Bien, vamos a casa! En nuestras bicicletas… No es tan

inclinado… Gallina —William rió maliciosamente—. ¡Dije que bajaremos en las bicicletas! —Gritó—. ¡No me llames idiota! —Volvió a gritar y sin más tiró una silla al suelo de una patada.

Melanie gimoteó, así había muerto Clare. Él la había empujado por la colina.

—No soy un idiota —Dijo sonriendo, él no parpadeaba. Se dio la vuelta hacia Melanie nuevamente—. Ellas no me amaban, amaban lo que ellas querían que yo fuese, amaban una fantasía… Como tú, porque tú me amabas ¿verdad, Melanie? Tú amaste la idea del hombre inocente, pero, mi dulce Melanie, tú querías amar la mentira.

El disparo la hizo gritar, William se agarró el brazo derecho a la vez que el cuchillo caía al suelo, la siguiente detonación le dio en lo bajo de la espalda y la tercera en la pierna, la cual lo hizo caer. José llegó hasta William, lo hizo girar de una patada y lo apuntó justo a la cabeza. Él se retorcía del dolor de las heridas, pero miraba el arma con temor.

—Ya acabó, Mel. Esta pesadilla terminó —Carlie la estaba desatando mientras le decía palabras reconfortantes que llegaban como una mala transmisión de radio—. La policía está por llegar… Fueron 5 prisioneros… Faltan 2… Este bastardo —La mirada de Melanie estaba en José, que no la había mirado directamente desde que entrara silenciosamente a la casa.

—¡No! —Exclamó en cuando vio la decisión en el rostro de Maldonado de acabar con la vida de William en ese preciso instante—. No lo hagas, por favor.

—Mel tiene razón —Apoyó Carlie.

José no bajó el arma.

—¡Mírala! —Dijo—. Mira lo que este maldito hijo de puta le hizo.

Melanie sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Ya lo tienes. Ahora, noquéalo y baja el arma.

—No iré a prisión por esto, Carlie. Tengo permiso para hacerlo.

—Pero no lo harás porque ya es suficiente con el lío en el que estamos metidos. Piensa en Melanie.

—¡En ella estoy pensado! —Gritó José, el disparo dio justo al lado de la cabeza de William, José cayó a horcajadas sobre él y lo golpeó con la culata repetidas veces.

—Ya déjalo —Dijo Carlie desatando el último cable que Melanie tenía en los pies—. Quedó fuera de combate con el primer

golpe —José se detuvo, se puso de pie y miró a Melanie con detalle. Ella no sabía cómo lucía, pero de acuerdo a la reacción de él, debía ser algo muy feo.

—Vamos arriba, Mel —Sugirió su amiga.

—¿Te tocó? —Melanie levantó la vista hacia José—. Me refiero a hoy, a ahora, él… ¿él abuso de… —Ella negó con la cabeza—. Bien, Carlie por favor, acompáñala a bañarse, cuando lleguen los demás probablemente querrán hacer fotos y luego no habrá tiempo, además se verán mejor las heridas si está limpia.

Carlie asintió y trató de ayudar a Melanie a pararse, pero ella no podía.

—Mel, ¿puedes ponerte de pie? —Para Melanie el aire se puso denso, su corazón comenzó a latir de forma irregular y el temblor de su cuerpo se hizo evidente. José la cargó en sus brazos y la llevó hasta el mueble de la sala. Se sentó junto a ella.

—No sé por qué la gente hace esta pregunta estúpida pero ¿estás bien?

Melanie miró a José y se quebró como una figura de porcelana.

—No —Sollozó. De pronto las sirenas comenzaron a sonar y las luces de las patrullas se filtraron por las ventanas—. No estoy bien…

Capítulo

30

La cama de la habitación estaba junto a la ventana y Melanie podía ver a las personas que ingresaban al hospital por la entrada principal. Gracias al cielo no daba la vista a la entrada de emergencia, había estado sedada al menos los primeros dos días, si sus cálculos eran ciertos había pasado una semana y media: el resultado de su encuentro con William fue de tres costillas y la clavícula derecha rotas, múltiples contusiones y hematomas por todo el cuerpo y una herida profunda en el brazo. Tuvo suerte.

—Mel, ¿necesitas algo? —Carlie le habló parada al lado de la cama. Ella negó. Su amiga respiró hondo, frustrada y salió de la habitación. Ella no había querido hablar, no sabía ni por dónde empezar. Sabía que William estaba ahora en las celdas de máxima seguridad, las heridas de balas se la trataban dos veces al día, bajo un séquito de guardias. Todo esto lo había escuchado en una de las conversaciones entre José y Carlie quienes se turnaban para cuidarla.

Sus padres no sabían nada, puesto que habían ido de viaje a visitar a unos viejos amigos fuera del país —obsequio de Carlie—, pero ella estaba segura de que en algún momento mirarían las noticias, no por nada había un pequeño grupo de periodistas locales y nacionales fuera del hospital, parecían un pequeño campamento. Ella trataba de no dirigir su vista allá, donde además estaba una patrulla de policías.

Melanie se movió un poco para alcanzar un vaso con agua, tenía la boca seca y tenía que ejercitarla en algo antes de que sus labios partidos se pegaran. José se adelantó y le alcanzó el vaso, ella lo miró un segundo y luego tomó un sorbo. Él esperó hasta que ella acabara con el líquido y luego volvió a su posición en la ventana.

Carlie cada tanto intentaba hacerla hablar, pero ella no podía, no sabía qué iba a pasar ahora, los recortes habían sido

conservados, se tomaron fotos de lo que encontraron en la casa de ella al llegar. Carlie ya estaba trabajando para introducir la demanda en contra de William o Nathan, como diablos se llamara; en el juicio sin duda se descubriría *toda* la verdad.

Ni Carlie ni José sabían toda la historia, podían tener sus sospechas, pero nada iba a ser tan horrible como la verdad…

—Dios mío —Exclamó cuando se dio cuenta de que sin lugar a dudas ella perdería su carrera, le quitarían su licencia—. No —Gritó, se sentó y comenzó a lanzar todo lo que tenía a su alcance —. ¡No! —José corrió hasta ella.

—Melanie cálmate —le dijo esquivando la jarra de agua. Llegó hasta ella y la abrazó—. ¿Qué pasa?

Ella se aferró a la chaqueta de Maldonado como si su vida dependiera de ello.

—Voy a perderlo todo, José. Me van a quitar la licencia.

Él no lo negó.

—Ya veremos que puede hacer Carlie.

Melanie negó.

—No hay nada que hacer. Lo que hice… —Bajó la mirada y se separó de él.

—¿Quieres que la llame? Ella va a necesitar saberlo, como tu abogada…

—No.

—¿Quieres estar sola?

—No, por favor —Le pidió agarrándolo del brazo, él miró el agarre de ella fijándose en los hematomas y subió hasta la herida del cuchillo. Melanie lo soltó—. Lo siento —Dijo pero José la agarró de vuelta.

—Tuviste que dejarme matarlo —Soltó José pasando sus dedos con suavidad por los golpes—. Si no hubieses dicho que me detuviera, lo habría hecho. Carlie no se habría negado, pero no me dejaste. Esa rata bastarda no merecía menos.

—No hables así, José. Tú vales más que eso —Afirmó.

Ambos se miraron un par de minutos hasta que José la soltó, ella lo vio moverse por la habitación, se detenía y hacía amago de decir algo, luego volvía a andar, su corazón se comprimió pensando en que a pesar de todo José seguía allí, con ella. No se había despegado de su lado. Melanie no tenía idea de cómo estaba haciendo con el trabajo pero él sólo abandonaba la habitación una vez al día para ir a cambiarse y luego volvía a acompañarla en su silencio. Incluso, dormía en el sofá de la habitación al lado de su cama.

Él no merecía aquello o cuanto menos, merecía saber porqué estaban allí.

—Fue por él, José —Confesó ella. Maldonado cerró los ojos con el dolor reflejado en su rostro.

—¿Qué me estás queriendo decir?

Ella sintió el llanto brotar de sus ojos y el arrepentimiento filtrarse en su sangre y propagarse como fuego. Pero como ni el dolor ni el arrepentimiento cambiarían nada tomó una bocanada de aire y lo dijo:

—Me enamoré de él —José apartó la mirada—. Lancé por la ventana el código de ética no sólo como psicóloga, también como empleada de la prisión. Hice locuras por él —Dijo secándose las lágrimas, si el dolor que sentía era su castigo, ella lo merecía—. Lo siento, José.

Maldonado la volvió a mirar.

—¿Y él? —Melanie no supo que decir—. ¿Sabía que estabas enamorada de él? —Ella asintió a la muda pregunta de José. Sí, ellos habían tenido una relación—. Entonces, siempre fue él, desde el principio.

—José, yo…

—Tranquila, Melanie. Escuché suficiente, no es como si no lo supiera, simplemente no quería que fuese cierto. Algunas veces simplemente no queremos encarar a la verdad —Dijo con una sonrisa triste—. Me siento estúpido, pero está bien, lo superaré, no tienes que preocuparte por mí, en absoluto. De igual forma, ¿no crees que es algo superficial hablar de esto ahora, cuando hay tantas cosas de las que preocuparse? —Dicho esto se fue hasta la puerta.

—José por favor…

—Voy a decirle a Carlie que venga a acompañarte.

—José… —Llamó de nuevo, pero él ya se había ido. Melanie no tuvo tiempo de hacer mucho, su amiga entró unos minutos después. No había sorpresa en su expresión, sólo decepción y eso era peor.

—Mel… —Dijo Carlie y luego la abrazó, pero ella no lloró, no merecía la compasión de nadie, menos de Carlie que había descifrado a William de inmediato y se lo había dicho, él mentía. Ella había fragmentado su amistad con Carlie por defender a William—. Vamos a salir de esto, Mel. Te lo juro.

Capítulo

31

El día que le dieron de alta —tres semanas después de su ingreso— estaba lloviendo a cántaros, Carlie se encargó del papeleo y José de llevarla a la salida en silla de ruedas por mera prevención, aunque tal vez el dolor en todo el cuerpo también era una causa válida para usar la silla.

—¿Puedes caminar? —Preguntó José cuando llegaron frente a las puertas de la entrada, afuera se aglomeraba el séquito de periodistas, tratando de romper las filas de los policías que abrían el paso hasta una camioneta. José la tomó del brazo y colocó el otro protectoramente sobre su hombro. Se volvió—. ¿Carlie? —Su amiga se colocó a su lado, ambos iban a escoltarla.

Cuando las puertas se abrieron se armó el pandemónium.

—Doctora Rice, ¿Declarará en el juicio?

—Dicen que ya han matado a Graw en la prisión, ¿lo puede confirmar?

—Señorita, DeVoux ¿Ya sabe quién será el fiscal designado?

Los periodistas hacían más preguntas, pero ellos tres sólo intentaban llegar a la camioneta casi a ciegas, pues los flashes de las cámaras y aquella lluvia de micrófonos eran como una muralla inquebrantable.

José empujó a todo lo que se les pusiera en frente y a tropiezos Melanie logró sentarse en el asiento de la ventana. Más periodistas asediaban afuera, José cerró la puerta de golpe y la camioneta arrancó rechinando los cauchos.

En un silencio pesado hicieron el trayecto, pero no iban a casa. La camioneta se desvió y fue por un camino de lodo hasta detenerse frente a un alto portón.

La casa que había parecía una cabaña del bosque de cuentos de hadas, pequeña y acogedora. José fue el primero en bajarse, ayudó a Carlie que se dirigió a la patrulla policial que

estaba al lado de la casa. Melanie se bajó también ayudada por José que tuvo que ver la incertidumbre en su rostro.

—Carlie la alquiló, tu casa está rodeada de periodistas y custodiada por más de una docena de policías. Todos los caminos hacia aquí están custodiados, así que de momento no debes preocuparte por el asedio.

—Gracias —Dijo ella, hizo una mueca pues el dolor al costado era persistente.

José la llevó dentro, donde apenas había muebles, la cocina se unía al comedor y las escaleras que daban al segundo piso parecían tan frágiles que se romperían si alguien intentaba subir, sin embargo algo había, quizá el silencio que rodeaba a la construcción, que de alguna forma Melanie se sentía segura.

—Vamos a subir, tienes que guardar reposo.

Después de 20 escalones Melanie llegó al rellano casi en brazos de José, él la dirigió hasta la primera puerta, a una habitación donde Melanie reconoció algunas de sus cosas: su portátil, algunos de sus libros; abrió la gaveta de la cómoda y encontró parte de su ropa interior, en la segunda estaban sus pijamas.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Hasta que Carlie decida. Fue su idea incluso antes de que los periodistas se apostaran en tu casa. Es una chica inteligente.

Melanie se abrazó, sí, Carlie lo era.

—Voy a bajar a chequear unas cosas, si necesitas algo, sólo llámame, estaremos aquí enseguida —Ella asintió. Se sentó en la cama y mirando al techo sólo podía preguntarse: ¿Cómo diablos podía terminar con todo eso? Quería que todo desapareciera, quería nunca haber conocido a Nathan Graw, nunca haber entrado a trabajar en San Severo… Quería que terminara… Ahora.

La conciencia volvió a ella cuando sintió dos dedos en su garganta que la hicieron vomitar, Carlie accionó el retrete antes que llegara la segunda ronda de dedos en la garganta y más vómito, repitieron el proceso hasta que ella sintió que lo que vomitaba no era más que bilis y entonces, Carlie la sacudió como a una muñeca de trapo.

—¿¡Qué mierda crees que hacías!? —Le gritó recogiendo el frasco de pastillas que Melanie había ingerido.

—Carlie, déjala —Pidió José, que era quien la sostenía y quien la había hecho vomitar.

—¿Es que no te das cuenta que trató de matarse?

¡Maldición! —Exclamó poniéndose de pie y lanzándole una toalla a José para que se limpiara—. ¿Es como si no se diera cuenta de la magnitud de este problema, que le parece divertido que además tengamos que vigilarla para que no se mate?

—Carlie… —El tono de José fue de advertencia.

—Perfecto, me callo, pero mañana, cuando venga Bob tú le dirás que a la primera de cambio su hija intentó matarse, pero que todo va a estar bien —Con un bufido Carlie salió del baño tirando la puerta.

Melanie vio los frascos aún en el suelo y fue consciente de que su intento de suicidio fue un fracaso.

—¡Quiero que todo acabe! —Sollozó—. ¡Quiero que acabe! —José la abrazó limpiándole la boca mientras ella seguía llorando y repetía incansablemente que quería que todo acabara.

Más tarde, cuando estaba en su cama, el remordimiento de lo que había intentado hacer parecía estar destruyéndola aún más. José habló con Carlie en el pasillo, su amiga le había dicho que era imposible volver al hospital, eso sólo volvería más morbosos a los periodistas, pero un doctor iría mañana escoltado por la policía.

—Melanie necesitas comer —Dijo José. La sopa ya no humeaba y las rebanadas de pan con mantequilla se veían tiesas por estar expuestas por mucho tiempo al frío. José se acercó a la cama tomó la bandeja de la mesa, el cuenco de sopa y la cuchara —. Abre la boca —Melanie lo miró y frunció los labios—. No voy a dejar que hagas esto, Melanie —Dijo decidido—. Sé lo que piensas hacer, dejarás de comer, no tomarás tus medicinas… Te echarás a morir.

Pero no voy a permitirlo. No. Te vi casi morir una vez — Los ojos de José se irritaron de pronto—. Y no voy a dejar que eso vuelva a pasar. Así que ahora abrirás la boca y comerás. A las 10 abrirás la boca y tomarás tu medicina, y repetiremos el proceso mañana y pasado mañana, hasta que te pares de esta maldita cama y seas la Melanie que conocí una mañana en San Severo de Rávena.

Nuevamente los brazos de José fueron su refugio mientras lloraba, no sabía cuántas lágrimas más iba a tener que derramar para extirpar el dolor y expiar las culpas, pero sabía que serían muchas, esto era apenas el comienzo.

Capítulo

32

En la mañana, Melanie se sorprendió al ver a José recogiendo unas colchas del piso, no supo a qué hora se había quedado dormida —luego de que Maldonado bajase a recalentar la sopa y la hiciera comer dos platos— y él se hubiese trasladado a su habitación a dormir a los pies de su cama, seguramente una medida de precaución para vigilarla de cerca, por si intentaba volver a atentar contra su vida.

A media mañana, después de que fuera examinada por un doctor, la puerta se abrió de golpe y Bob entró azorado mirando a todas partes buscándola. Sus miradas se encontraron y no hubo necesidad de palabras, su padre se sentó a su lado mientras la abrazaba y ella se refugiaba en sus brazos sintiéndose de nuevo una niña, la pequeña de su padre que siempre la había tratado como a una princesa; si él supiera que ella no lo era…

Bob comenzó a mecerla lentamente, arrullándola.

—Rossie te envía besos y espera que te recuperes pronto. Le dijimos que habías contraído una gripe severa y que en cuanto te recuperes iremos a visitarla.

Melanie se separó del abrazo de su padre.

—¿Iremos?

—Sí, Anie. Luego del viaje he decido llevarla a una casa de reposo, su memoria está muy mal, tanto que ha puesto su vida en riesgo y yo tengo que hacerme cargo de la librería. Carlie me recomendó la casa de reposo, no es muy costosa y con el dinero que pueda sacar de la venta de la librería y de la casa podremos estar allí.

Yo aún me tengo que quedar en casa porque no es fácil dejar todo en orden, pero al menos Rossie no está del todo sola.

—¿No?

Bob negó sonriendo.

—José también ingresó a su madre.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Hace poco más de una semana, vi las noticias. Regresamos cuanto antes.

Melanie bajó la mirada.

—Anie, ¿por qué no me habías dicho que trabajabas en una prisión?

—Papá…

—Cariño, soy tu padre, creí que podías confiar en mí.

Melanie sintió como sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Yo… yo sólo temía que te pareciera peligroso y quisieras que lo dejara.

—Y fue peligroso, Anie. Ese hombre casi te mata. ¿Y si José no hubiese desacatado la orden de ir a la Prisión en vez de irte a buscar? —Ella no sabía eso, de hecho aún no sabía cómo es que Carlie y José se habían enterado de la fuga y cómo habían decidido irse a casa. Ella tenía tantas dudas como los demás. Era como si todas las piezas del rompecabezas aún no encajaran o simplemente nadie había decido comenzar a armarlo—. Anie, no puedo perderte…

Melanie fue envuelta nuevamente por los brazos de Bob y así pasó horas, sintiéndose una niña a la que nada podía hacerle daño mientras ese héroe estuviese con ella.

Al pasar los días, Melanie se iba acostumbrando a una escasa rutina, se paraba temprano y Carlie la acompañaba para ayudarla en la ducha, pues la fractura en la clavícula le inmovilizaba el brazo derecho; cuando volvía a la habitación José la esperaba con el desayuno. Luego él bajaba y no tardaba mucho en regresar, los libros se iban amontonando en las superficies de la habitación; a mediodía José iba por el almuerzo, después veían películas viejas de comedia, aunque nunca arrancaran ni una sola sonrisa ni a ella ni a él. A media tarde uno de los analgésicos cobraba fuerza y ella dormía al menos una hora. Cuando se despertaba la cena ya estaba allí. José comenzó a cenar con ella, o mejor dicho, después de ayudarla a ella a comer. A Carlie no la veía demasiado durante el día y mayormente cuando iba a la habitación era para hablar con José en el pasillo, lo que hacía sentir a Melanie como si además de todo también estuviese arruinando la relación que su amiga y José tenían.

Esa noche, Melanie no había podido dormirse, estaba helando, aunque las ventanas estaban cerradas y había calefacción en la casa, la llegada del invierno estaba golpeando fuerte, ella ni siquiera podía acurrucarse por el brazo y las costillas. Encendió la

lámpara de mesa del lado izquierdo.

—¿José? —Susurró, si él estaba dormido no quería despertarlo, pero en menos de un segundo él estaba de pie junto a ella.

—¿Estás bien? —Preguntó él chequeándola rápidamente con la mirada.

—Tengo mucho frío —Dijo tiritando.

José inspeccionó en el closet, no había más colchas o fundas, sacó un suéter y se lo colocó por encima a Melanie, pero pareció no quedar satisfecho, pues tomó el amasijo de colchas donde dormía y la cobijó hasta el cuello. Él tomó su chaqueta de la única silla que estaba en la habitación, pero antes de que pudiese empezar a meter el brazo por la manga, Melanie susurró:

—Por favor, duerme conmigo.

En otras circunstancias la expresión de sorpresa de Maldonado habría hecho reír a Melanie.

—Hace frío y acabas de darme tus colchas para cubrirme, no quiero que te congeles.

Lentamente José dejó la chaqueta en la silla, tomó una bocanada de aire, Melanie levantó las capas de telas que la cubrían y le hizo espacio en la cama.

Entre ellos cabría otra persona, pero cuanto menos, ambos estaban más abrigados que antes; Melanie se preguntaba si él estaría tan tenso como ella y si el sueño se había esfumado en un parpadeo.

Los minutos fueron pasando, haciendo más pesado el silencio, moviendo los engranajes de su cerebro y despertando el deseo de saber… Melanie giró el rostro y allí estaba José, mirándola también.

—¿Qué has sabido de la fuga? —Preguntó Melanie.

José no desvió la mirada y ella tampoco.

—Sólo hay algunas teorías, todo está un poco confuso en San Severo. Se fugaron en realidad tres prisioneros no cinco, a uno lo siguen buscando y los dos que tienen no han querido hablar aún.

—¿Cuál es tu situación, José?

—¿Mi situación?

—Sí, ¿Cuál es tu situación ahora en la prisión? No sales de aquí.

—Tengo una licencia especial, estoy contratado en la

prisión por una empresa externa de seguridad, puedo volver cuando quiera a San Severo, pero ahora mi lugar es aquí.

—No quiero que pierdas tu empleo por estar conmi… con nosotras.

—No te preocupes.

—Mi papá me dijo que llevaste a tu mamá a una casa de reposo.

—Sí, allí tienen enfermeras. Los cuidan muy bien.

—José, ¿Cómo supiste de la fuga?

—Yo estaba cerca de la empresa de seguridad, llamaron para pedir refuerzos de urgencia, estaba en un local abierto y vi las camionetas salir. Fui a preguntar qué había ocurrido y quisieron que fuera en el último grupo.

—¿Y cómo fue que… Qué les hizo pensar que yo podía estar…

—Instinto. Lógica. Miedo… Cuando me dijeron que había habido una fuga llamé a Josh, él estaba de guardia y me dio los números de los reclusos que habían escapado. Sólo escuché el 2526 y eso fue todo. Tenía que saber que estabas bien.

—Yo no sé… No, sí sé. Sé cómo habría terminado todo si no hubieran llegado… Gracias —Terminó susurrando. José hizo amago de acercarse a ella, pero retrocedió.

—No sé qué habría hecho si hubiésemos llegado más tarde, Melanie. Cada vez que pienso lo que pudo pasarte… —José por primera vez apartó la mirada y miró al techo, parpadeando muchas veces.

—No sé si sirva de algo, pero lamento haber arruinado su noche.

—¿Ah? —Preguntó José viéndola con la confusión claramente plasmada en su rostro.

—A ti y a Carlie —Dijo Melanie bajando la mirada—. Yo sabía que estaban en una especie de cita y te juro que por un momento recé porque estuviesen divirtiéndose tanto que no volvieran esa noche, no sabía si dejabas a Carlie y él todavía estuviese allí, él amenazó...

—Un momento —Interrumpió José sacudiendo la cabeza — ¿Una especie de cita…?

—Oí a Carlie hablar contigo por teléfono el día antes, cuando se citaron. Tú no ibas a buscarla porque…

—¿De qué rayos hablas, Melanie? —Preguntó él.

—Las esposas… La cena con miras al desayuno…

José frunció el ceño y guardaron silencio por unos

minutos.

—Mira, no es que sea mi problema lo que ustedes hacen, es sólo que… Bueno me alegro que estuviesen juntos y les agradezco que hayan pensado en mí para ir a ver si estaba bien…

—Carlie y yo no estamos saliendo —Dijo José luego de unos minutos más de silencio—. Sea lo que sea que hayas escuchado, no fue a mí a quien se lo dijo. Si Carlie y yo llegamos juntos fue porque yo le recomendé el lugar, al cual fue con su cita. Encontrarnos fue casualidad…

Melanie se quedó de piedra, no es que eso cambiara algo a estas alturas, había demasiado desastre alrededor como para siquiera sentir alegría por la noticia.

—Lo siento, yo… —No sabía que decir.

—Está bien, no te preocupes —Dijo José, sus miradas se encontraron de nuevo, como si tratasen de decirse más cosas—. ¿Tienes frío todavía? —Preguntó él de pronto. Melanie asintió. José estiró el brazo sobre ella para apagar la lámpara de mesa, cuando quedaron a oscuras Melanie sintió como él se movía, pasando una pierna primero para impulsar el cuerpo sobre ella, él se quedó un breve instante así—. Buenas noches, Melanie —Le dijo a escasos centímetros de su cara antes de pasarse al lado izquierdo del colchón y sin una palabra más la abrazó con mucho cuidado, dándole calor.

Esa noche fue como un breve respiro en medio de un conjunto de desastres.

Capítulo

33

El respiro, en efecto, no duró demasiado, al despertar, Melanie encontró a Carlie lista para ayudarla con el baño, de regreso a la habitación José estaba de vuelta con el desayuno, ella se fue a la cama y comió todo lo que había. José la miraba fijamente y a veces podía ver como empezaba a nacer una sonrisa que moría demasiado pronto. Lo diferente de su rutina fue la presencia de Carlie, silenciosa…

Melanie estaba terminando el jugo de naranja cuando Carlie se puso de pie. José tomó la bandeja.

—Melanie, tengo que empezar a trabajar en el argumento. Ya asignaron al fiscal con el que voy a trabajar.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que el juicio puede empezar en cualquier momento y tenemos que estar preparados.

José se puso de pie y salió de la habitación. Melanie no se había fijado en lo que Carlie tenía en los brazos hasta que colocó una grabadora de audio sobre la cama, se sentó en la orilla y abrió un block de notas.

—Te lo voy a pedir no como tu amiga, Melanie, si no como tu abogada: Necesito que me cuentes *todo* lo que pasó con Graw.

—Carlie yo…

—No —Interrumpió su amiga—. No puedo permitirte titubear ni tenerte compasión. Melanie no sé si no tienes clara la magnitud de esta situación, pero estamos llenas de mierda hasta la nariz.

El fiscal defensor es una eminencia y por si fuera poco hay más de tres abogados privados que quieren defender a Graw porque este juicio es la noticia del momento, quieren sacarle provecho a esto y serían capaces de defender a la peor escoria del planeta y oh, sorpresa ese es Nathan Graw.

Melanie se estremecía de asco y odio cada vez que

Carlie mencionaba a Nathan.

—¿Crees que ellos… Ellos usen mi relación con él…

Carlie asintió.

—De hecho, estoy segura que se aferrarán a ello.

—Pero ¿Y qué hay con los asesinatos múltiples? ¿Acaso no cuenta eso? ¿Es más importante su vida amorosa que el hecho de que es un psicópata asesino?

—Sí, Melanie. Pero esto va a ser ridículamente mediático, ya lo es. Van a destruir tu reputación —Dijo Carlie con pena en su voz.

Melanie sabía que eso ocurría, su reputación iba a ser la primera en caer, pero pensó en: Margareth Simons, Grace Green, Angela Hubber, Kate Brown y en la pequeña Clare. Esos nombres la acompañarían por el resto de su vida.

—No me importa —Dijo tomando fuerzas de lo más profundo de su ser—. No me importa lo que pueda perder, Carlie. Quiero que Nathan Graw pague por las vidas que se cobró. No importa si caigo, pero quiero que pague. Con su vida.

Carlie y ella se miraron y asintieron. Su amiga accionó la grabadora.

—Cuéntame, Melanie.

Y ella lo hizo.

Capítulo

34

Al finalizar, Carlie anotó algo más en su block y soltó otra pregunta.

—Dices que fuiste a hacerle una visita conyugal, no quiero detalles, pero debo preguntarlo: ¿Tuviste sexo con él?

Melanie se abrazó y se estremeció del asco. Asintió, Oyó el suspiro de Carlie.

—¿Sólo una vez?

—En visita conyugal, sí. Sólo esa vez.

—¿Y?

—En mi oficina. Una vez.

—Melanie, necesito que estés preparada, porque después del juicio a Nathan ellos van a caer sobre ti por esto.

Carlie se paró y fue hasta a la puerta.

—¿Y vas a estar conmigo? —Preguntó Melanie antes de que su amiga saliera. Carlie la miró y asintió—. Gracias, Carlie… Por todo —Su amiga le sonrió y salió de la habitación.

El resto del día fue Carlie la que la ayudó a comer y la que le llevó sus medicinas.

José no había vuelto y ella sabía la razón, por eso pasada la media noche Melanie se puso de pie y trató de no hacer ruido al salir de la habitación hasta la puerta contigua. Entró y fue hasta la cama.

—Melanie, ¿qué haces aquí?

Ella se sentó en la orilla.

—Melanie… —Soltó José en un gemido.

—No quiero estar sola —Dijo ella.

—Ve con Carlie.

Melanie sollozó.

—Te necesito.

—Lo siento, pero no es un buen momento. No me siento…

—Por favor —Pidió.

José apartó las cobijas y ella se acostó, él le dio la espalda así que ella se acercó.

—¿Qué estás…

—Lo siento, José —Dijo ella entre lágrimas y se pegó lo más que puedo al cuerpo de él que se volvió—. Lo siento porque no te escuché, lamento haberte mentido…

—Melanie, no es necesario…

—Sí lo es. Necesito que sepas cuanto lo siento, cuanto lamento… todo esto.

—Está bien…

—No, nada de esto está bien, porque… —El llanto no la dejaba hablar. José se inclinó un poco sobre ella y secó las lágrimas con sus pulgares.

—Duerme, Melanie. Trata de no pensar en eso.

—No puedo —Confesó, y antes de que José dejara de secar sus lágrimas ella lo tomó de la muñeca para que no dejase de tocar su rostro—. No puedo porque esto ha contaminado todo… No creas que no sé porqué no volviste a mi habitación en todo el día. Ya sabes lo que pasó… —José dejó de tocarla y liberó la mano de su agarre.

—Eso no importa.

—A mí me importa —Dijo y haciendo un esfuerzo se inclinó sobre José y posó sus labios sobre los de él—. Lo siento —Susurró—. Lo siento —Volvió a besarlo pero él no correspondió y ella no esperaba que lo hiciera—. Buenas noches —Se recostó sobre la almohada, pero ni siquiera cerró los ojos. Tal vez debería irse a su habitación y dejar a José en paz. No podía obligarlo a aceptar su presencia. Se empezó a impulsar para salir de la cama, pero el brazo de José la rodeó, como la noche anterior.

—Buenas noches, Melanie.

—¿Por qué estás tan nerviosa con el juicio, Carlie?

Melanie se había despertado más tarde que de costumbre, José no estaba en la habitación y ella bajó, estaba cansada del segundo piso y del encierro. Se detuvo en la puerta de la cocina, oyendo a Carlie y él hablar.

—No son nervios, José, es que… Van a destruir a Melanie. Su relación con ese hombre la va a hundir. Vamos a salir de este juicio siendo la parte acusadora y entraremos a otro para ser la defensa.

—¿Por qué dices eso? ¿No crees que tengamos suficientes pruebas en contra de Graw como para ni tocar el tema

de Melanie?

Carlie suspiró.

—Danniel llamó hace 10 minutos. Peter Sinclair aceptó defender a Graw. Sé que no conoces a Sinclair, yo sí. Fue mi primer juicio y le gané. Él nunca había perdido hasta entonces. Esto va a ser una revancha. Él sólo sabe jugar sucio.

—Espera, estás diciendo que este tipo… ¿Cómo puede defender a Graw si tenemos todas las pruebas de que no sólo intentó matar a Melanie sino que además mató a otras personas, sin contar por la que ya estaba cumpliendo sentencia?

—No nos aceptaron los recortes de periódico como pruebas, José.

—¿Qué? —Melanie no soportó más y entró a la cocina.

Carlie y José la miraron.

—¿Qué acabas de decir? —Preguntó apenas con voz.

—Siéntate, Melanie —Ordenó Carlie. Ella hizo caso y tomó asiento al lado de José.

—Los recortes estaban en tu casa, Melanie, si hubiesen estado en el depósito podríamos probar que pertenecían a Graw, pero…

Melanie se hundió en su asiento.

—Pero está la foto de Clare y él. El encargado del depósito me vio allí. Él puede testificar…

—Aún si el encargado testifica y afirma que tú sacaste esa caja del depósito no significa que él haya visto el contenido. No podemos probar que Graw los coleccionaba —Concluyó Carlie—. Y si lo probamos tendríamos entonces que demostrar que él es la misma persona y para eso tenemos que pedir que se reabran los casos anteriores y una orden para obtener las pruebas de esos casos. Eso puede llevar meses y hasta años…

—¿Qué quieres decir?

—Que sólo podemos acusar a Graw de falsificación de identidad, allanamiento de morada e intento de homicidio en tu contra. Los otros asesinatos están descartados.

—Pero…

—Melanie, tenemos que trabajar con lo que tenemos.

—Él ya tiene una cadena perpetua, Carlie. ¿A qué pueden sentenciarlo por intento de homicidio?

—Sé lo que no quieres decir, Mel, y créeme, eso me enferma. Pero no podemos pedir pena de muerte por esto, a menos que obtengamos una confesión y no la obtendremos.

Melanie quería gritar y patear, Nathan Graw merecía

morir y pagar por las muertes que había causado.

—¿Estás segura que vamos a ganar esto?

—Absolutamente. El problema es el precio de ganar.

—Ellos van a poner el foco sobre mi relación con él.

—Sí.

—¿Y si lo niego? Ellos no tienen pruebas de nada tampoco. Es la palabra de Graw, un asesino condenado a cadena perpetua que se escapó para intentar matar a la psicóloga de la prisión, contra la mía, y créeme, puedo negar la relación.

José y Carlie se miraron.

—No es tan simple, Mel —Dijo Carlie—. Tú… tú fuiste a visitarlo.

—¡Pero esa visita no existe! Te lo dije, la borré de su historial antes de que fuese anexada al expediente.

—Sí, la borraste del historial de él, pero no del tuyo.

—¿Qué?

—El sistema de la prisión —Dijo esta vez José—, registra cada interacción de sus usuarios. Entradas, acciones y salidas. Y de ahí nada desaparece.

—Lo que quiere decir que cuando ellos no encuentren la visita en el expediente de Nathan, pedirán revisar el sistema interno —Dijo Carlie—. Lo siento.

—Tiene que ser una maldita broma…

Capítulo

35

Melanie corrió por las largas extensiones del jardín trasero, Carlie había sabido escoger la casa. Ella corrió hasta que sintió que sus pies no iban a poder más, hasta que el dolor en sus costillas y clavícula amenazaron con volverse a quebrar, pero fue suficiente. Cayó de rodillas y no lloró, sorprendentemente no había lágrimas, sólo… frustración y rabia… Y no sabía qué era peor.

—Corres rápido —Dijo José sentándose a su lado. Melanie no lo miró.

—No puedo creer que aún sigas por aquí —Dijo con tristeza—. No deberías. No te lo mereces —Confesó.

José medio sonrió.

—Carlie acaba de salir. El juicio empieza en dos días.

—¿Sabes que quiero, José? —Preguntó.

—¿Qué?

—No ser yo —Dijo—. En estos momentos quisiera ser otra persona. No yo, o al menos no ser esta yo.

—¿Por qué?

—Porque siento mucho odio ahora. Y no me gusta…

Ambos hicieron silencio por breves momentos.

—Acabas de decir que no debería estar aún por aquí. Sí, tal vez no debería, pero, tal vez, sólo quiero estar por aquí.

Melanie lo miró y le sonrió tristemente.

—Tal vez necesitas un psicólogo. Yo no, por supuesto, pero otro…

José sonrió.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —Ella asintió —. Ese día quería dejar el trabajo en la prisión. Me estaba consumiendo el ambiente de allí. Iba a hablar con el jefe de mi grupo y le iba a pedir que me cambiara a otro lugar, pero tú llegaste. Estabas cansada por subir las escaleras, te acercaste a mí. No recordaba que empezabas ese día, de lo contrario había estado

preparado, pero no, estaba leyendo las noticias y fuiste a saludar.

No puedo explicar lo que pasó pero sentí… Sentí… fuiste como una luz… lo más hermoso que había visto, quedé deslumbrado contigo. Y luego te conocí realmente, conocí a la mujer encantadora que moría por cambiar al mundo, que ayudaba a gente olvidada —Él soltó una risa baja—, que le llevaba muffins a los reclusos y compró una nevera ejecutiva para atibórralos con buena comida.

Esas son unas de las muchas razones por las que quiero estar por aquí —Hizo una pausa—. Porque espero que esa mujer resurja, quizá no ahora, pero pronto. Cuando puedas sacar todo ese odio de ti.

Melanie sintió un nudo en la garganta.

—Carlie y yo estamos aquí para ayudarte, de la forma que sea, de la forma en que lo necesites. Sólo tienes que decirlo…

José se puso de pie y la ayudó a hacer lo mismo, ella sin pensarlo se abrazó a él de inmediato.

—Todo lo que necesites.

En los brazos de José, Melanie supo que pronto perdería todo por lo que había luchado en su vida, pero había algo que podía retener, por lo que aún podía pelear, porque era lo que más quería.

—Todo lo que necesito eres tú —Se puso de puntillas buscando los labios de José—. ¿Todavía me quieres? —Preguntó en un susurró. José cerró los ojos y suspiró.

—Estás jugando sucio, Melanie —Murmuró él casi sin mover los labios porque ella estaba besándolos.

—Estoy a punto de perder muchas cosas, pero no creo que pueda soportar perderte.

—¿Es cierto lo que le dijiste a Carlie?

—¿Sobre qué?

—Que ibas a terminar con él —Melanie asintió—. ¿Por qué? ¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque… —Ella apartó la mirada— porque me di cuenta que tenía sentimientos por ti.

José la agarró de la mandíbula y levantó su rostro para que lo mirara.

—¿Qué clase de sentimientos? —preguntó con los dientes apretados, ella no sabía si él estaba molesto, pero que la otra mano la apretara más parecía una buena señal.

—Tú sabes…

—No. Yo no sé nada, Melanie.

—José…

—¡Maldita sea, Melanie! ¡Dilo!

—Me equivoqué. Siempre fuiste tú y yo… Luché contra eso, porque…

—¿Luchaste contra qué, Melanie?

Ella lo miró intensamente, de la misma forma que él lo hacía.

—Contra lo que me hacías sentir, contra las ganas de estar contigo, contra los celos que sentí cuando creí que salías con Carlie…

—¿Entonces…

—Siempre fuiste tú. No sé cómo explicarlo, José. Incluso cuando no parezca, creo que siempre supe que eras tú. Tal vez caí en la fantasía porque la realidad no podía ser tan buena para ser cierta. Tú eras el real —Soltó ella. José la miró unos segundos.

—No te creo —Dijo él, pero una sonrisa estaba empezando a dibujarse en su rostro. Melanie le acarició la mejilla y se dejó contagiar por la picardía en la sonrisa disimulada de José.

—Y como la estúpida que soy, voy a esperar a que cambies de parecer, José Maldonado, porque lo harás. Lo sé. Vas a ser mío y entonces, no te dejaré ir. Nunca —Entonces José la abrazó tan fuerte que ella sintió que eran uno y cuando él la besó, Melanie supo que todo estaría bien en cuanto él estuviese a su lado.

Epílogo

…Ha pasado un año desde que parte de mi vida dejó de ser mía. Mi nombre lo dicen extraños como si me conocieran, Nathan tiene adeptos y adversos, como si de una celebridad se tratase. Parece una broma cruel.

Cuando estoy sola una pregunta me atormenta: ¿Qué llevó a Nathan a ser tan cruel? No sólo conmigo, sino con su pequeña hermana y esas mujeres que lo amaron… Tal vez nunca lo sabré ó tal vez lo sepa pronto.

Robert Frost dijo: "Hay que amar lo que es digno de ser amado y odiar lo que es odioso, mas hace falta buen criterio para distinguir entre lo uno y lo otro" *Tal vez debí saber esto antes de entrar a trabajar en una prisión.*

Melanie guardó el documento y se puso de pie justo cuando tocaron la puerta de su habitación.

—Adelante —Dijo, mientras le enviaba el documento completo a Carlie, que se había ofrecido a revisarlo.

—Hola —Saludó José, Melanie volteó a verlo, llevaba jean negro y camiseta de manga corta blanca, ella también.

—Lo terminé —Dijo ella señalando la laptop.

—¿Y cómo te sientes? —Le preguntó Maldonado caminando hacia ella—. Mel, no tienes que hacer esto, fue una sugerencia de tu terapeuta no una orden.

—Me sentí bien, es como si… Bueno, puedo resumirlo como que llevo menos peso sobre mi espalda. Dejé salir algo oscuro de mi corazón.

José la tomó de la mano y la acercó a él para abrazarla.

—No hay nada oscuro en tu corazón. Todo lo contrario.

—José… —Dijo con un nudo en la garganta—. Escribí todo, cada detalle, cuando empecé ya no pude parar y reviví todo.

—De eso se trataba, ¿no?

—Tú vas a leerlo —Dijo apartándose para verle la cara —. Leerás lo que hice por él, en el juicio no pidieron detalles, pero los escribí todos aquí. Todos.

—Mel, no soy tonto. Sé que lo hiciste con él. Tú no estás asustada de que lea que usaste un disfraz, que compraste lentillas, que usaste un ID falso. Te preocupa que lea que tuviste sexo con él.

—No se trata de eso.

—Exacto. Si no puedo soportarlo dejaré de leerlo y nunca más hablaré del tema.

Melanie trató de sonreír.

—Ven aquí —Le dijo José y la besó con ternura—. Ya Carlie tiene el documento —José bajó los besos por el hombro—. Danniel está en la Catedral y dice que ya están allá todos los familiares de las chicas —Bajó un poco más hasta besar la cicatriz que había quedado en su brazo—, así que en teoría vamos un poco retrasados.

¿Por qué estás sonriendo así?

—Porque todavía sigues por aquí.

José le sonrió.

—Te lo dije: No te dejaré ir. Nunca —Tomados de la mano fueron hasta la puerta de la habitación.

Melanie sonrió, lista para ir junto a José hasta la Catedral.

—Dame un segundo —Dijo, volvió a la laptop y abrió el documento.

Hemos estado un año rastreando a las familias de las víctimas de Nathan, y hoy, después de la misa in memoriam *iremos al juzgado a introducir la reapertura de estos casos. No esperamos la pena de muerte, porque eso sería un premio para alguien tan cruel como él, pero las familias de: Margareth, Grace, Angela, Kate y yo en nombre de Clare necesitamos que declaren a Nathan Graw: Culpable.*

Melanie dejó la laptop nuevamente y se aferró a la mano de José. Todo iba a estar bien, a fin de cuentas, ella quería amar esa mentira.

FIN

Sobre Daphne Ars

Daphne Ars, nació en Caracas – Venezuela, en el año 1985. Desde pequeña estuvo en contacto con la literatura, pero es en su adolescencia cuando da los primeros pasos escribiendo *Fanfictions*. Profesional de la Informática, divide su tiempo entre el trabajo afín a su carrera y su pasión y vocación: la escritura.

Sus historias son un extraño cóctel de amor, drama y erotismo, que sólo tienen un fin: llegar al corazón de sus lectores.

Sus trabajos:

-El Manual de la mala escritora (2011)

-Sálvame (2012/ Segundo libro de la Saga: Ángel Prohibido)

-Los días que sabíamos amar (2012/Relato corto, perteneciente a la Antología: Amor en Latinoamérica)

-Rescátame (2013/ Quinto libro de la Saga: Ángel Prohibido)

-Compendio: Ángel Prohibido (2014 – Junto a Barb Capisce)

-Culpable (2014)

En la actualidad continúa escribiendo, esperando dar a conocer más de su trabajo.

Para mayor información puedes encontrar a Daphne Ars en:

Blog: http://daphnears.blogspot.com

Facebook: https://www.facebook.com/ars.daphne

Twitter: @DaphneArs

E-mail: daphnears@gmail.com

También puedes leer…

Ten cuidado con lo que deseas, podría convertirse en realidad.

Destrozada por el desamor Marta había decidido no volver a enamorarse jamás, el amor y sus inconvenientes los dejó encerrados para siempre en la puerta de atrás de su corazón, pero al conocer al hombre perfecto, ideal en todos los aspectos, era inevitable romper su propia promesa.

El día de su cumpleaños, acorralada por el tiempo y la desesperación, pide un deseo sin medir las consecuencias de sus palabras, es así, como toda su vida, como la conocía cambiará, el deseo y la pasión se apoderaran de ella sin camino de regreso, gracias al único: su ángel prohibido…

SAGA: ÁNGEL PROHIBIDO

Libro 01: MIÉNTEME
Libro 02: SÁLVAME
Libro 03: INSPÍRAME
Libro 04: LIBÉRAME
Libro 05: RESCÁTAME

Libro 06: PERDÓNAME

Ten cuidado con lo que deseas… Podría convertirse en realidad

Robert Gale ha conocido de primera mano lo que es perderse a sí mismo, su sufrimiento lo ha llevado al límite. Necesita desesperadamente renacer de sus cenizas, pero no sabe cómo, ni por qué hacerlo.

Cuando Dasha Pavón cruza el Atlántico para promocionar sus libros en Europa no tiene idea del cambio que esto significará en su vida, pero inmediatamente arriba a su primera parada es completamente seducida por un par de ojos iridiscentes, y es allí cuando ella sabe cuán peligrosa puede resultar esa aventura.

Dos almas destinadas a estar juntas, tendrán que afrontar obstáculos auto impuestos, y entre la risa y el llanto dos corazones se reconocerán uno en el otro. Pero dejar el pasado atrás no es tan fácil como parece… Para Dasha y Robert hacerlo será una experiencia tan fascinante como frustrante. La pasión los empujará a límites insospechados, y entre tanto, el amor los tentará con una fuerza titánica.

¿Podrá Dasha rescatar y devolverle sus alas a este Ángel Prohibido?

SAGA: ÁNGEL PROHIBIDO

Libro 01: MIÉNTEME
Libro 02: SÁLVAME
Libro 03: INSPÍRAME
Libro 04: LIBÉRAME
Libro 05: RESCÁTAME
Libro 06: PERDÓNAME